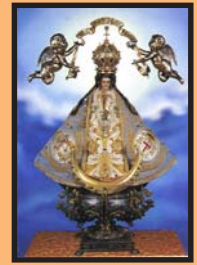




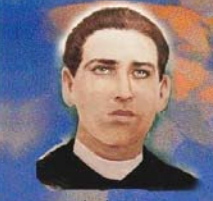
BOLETIN DE PASTORAL

REVISTA DIOCESANA MENSUAL



San Juan de los Lagos, Jal. Noviembre de 2007 N° 304

Valientes Mártires de Cristo REY



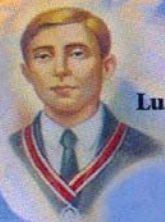
P. Toribio Romo González



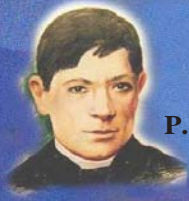
P. Pedro Esqueda Ramírez



Miguel Gómez Loza



Luis Magaña Servín



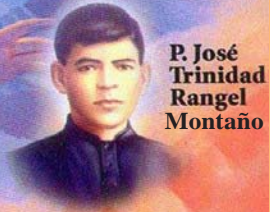
P. Sabás Reyes Salazar



P. Tranquilino Ubiarco Robles



P. Julio Alvarez Mendoza



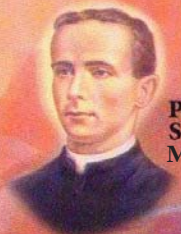
P. José Trinidad Rangel Montaña



P. Reginaldo Hernández Ramírez



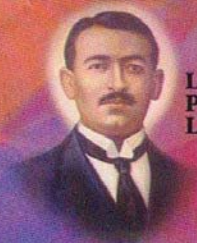
José María Escoto Ruiz



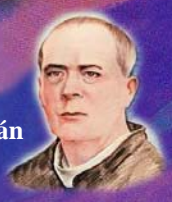
P. Andrés Solá Molist



Anacleto González Flores



Leonardo Pérez Larios



P. Román Adame Rosales

“Mártires diocesanos”

SUMARIO

Presentación	1
1. Beato Luis Magaña Servín, laico	2
Fundamento de la fama de martirio del Beato Luis Magaña Servín.	25
2. Beato Miguel Gómez Loza, laico	26
Fundamento de la fama de martirio del Beato Miguel Gómez Loza.	44

Mártires de San Joaquín:

3. Beato Leonardo Pérez Larios, laico	57
Fundamento de la fama de martirio del Beato Leonardo Pérez Larios.	60
4. Beato José Trinidad Rangel, presbítero	65
5. Beato Andrés Solá Molist, presbítero	66
Homilia en la Misa de Beatificación de Anacleto González Flores y compañeros mártires («Mártires de San Joaquín»).....	68

Martires en España:

La persecución religiosa en España	71
6. Beato Reginaldo Hernández, op presbítero	73
7. Beato José María Escoto Ruiz, O.Carm. religioso	75
Circular: Agradecimiento a Dios por la Beatificación	77
La Beatificación más grande de la historia	79

VARIOS:

Bodas de oro del Cardenal Juan Sandoval	80
Mons. Francisco Robles Ortega	81

Centro Diocesano de Pastoral

Morelos 34.

Apartado Postal 21

Tel. (395) 785-0020

Fax. (395) 785-0171

Correo-E: cpastoral@gmail.com

Messenger: cpastoral@hotmail.com

47000 San Juan de los Lagos, Jal.

Responsable:

Vocalía de Causas de los Santos

Diócesis de San Juan de los Lagos.

Presentación

Una de las recomendaciones de S.S. Juan Pablo II en vísperas del gran Jubileo del año 2000, fue la de conservar la “memoria de los mártires”, porque el testimonio martirial es la prueba máxima de las convicciones de fe, de amor a Dios y a la Iglesia, que animaban a estos hermanos nuestros.

Particularmente nuestra diócesis ha sido muy favorecida por Dios con el testimonio de sacerdotes y cristianos laicos que ofrendaron sus vidas al grito de “¡Viva Cristo Rey y santa María de Guadalupe!” por el derecho a la libertad religiosa: por Dios y por la Patria.

Al editar en este boletín la vida y martirio de estos cristianos, no es sólo para conocerlos y apreciarlos, sino para estimularnos en la generosa tarea del “martirio” de cada día en la auténtica vida cristiana; ellos son lo mejor de nuestra historia, son un “monumento vivo” de la presencia fortificante de Dios; ellos, que vivieron de manera heroica las virtudes cristianas y ahora nos impulsan a la conversión de nuestro aletargado cristianismo y a la santidad exigida en estos tiempos.

Así nos exhorta el Papa Juan Pablo I: “La santidad se ha manifestado más que nunca como la dimensión que expresa mejor el misterio de la Iglesia... la santidad representa el vivo rostro de Cristo: en el siglo que hemos dejado atrás, el Señor ha concedido a su Iglesia una gran multitud de santos y de mártires” (Novo Millenio Ineunte 7). “El camino pastoral es la santidad. Terminado el Jubileo, empieza de nuevo el camino ordinario; hacer hincapié en la santidad, es más que nunca una urgencia pastoral” (Novo Millenio Ineunte 30). “Las familias cristianas deben ir en esta dirección, de santidad adaptable al estado de vida de cada persona” (Novo Millenio Ineunte 31).

En el boletín de Pastoral de abril 2007 (número 297) se ofreció el testimonio de la vida y martirio del beato Anacleto González Flores, junto con su marco histórico; ahora queremos presentar a sus

“compañeros mártires” Miguel Gómez Loza (nacido en El Refugio) y Luis Magaña Servín (Arandas nacido en Arandas) del proceso arquidiocesano de Guadalajara; y de los “mártires de San Joaquín” (proceso de la arquidiócesis de León): Leonardo Pérez (nacido en Lagos), P. Andrés Solá (nacido en España) y Trinidad Rangel (Dolores Hidalgo). Todos ellos fueron beatificados en Guadalajara el 20 de noviembre de 2005, como bien sabemos.

En la diócesis de San Juan hemos venido considerando como “nuestros” a los mártires o que han nacido en alguna de las parroquias que comprende esta Iglesia particular alteña, o que han muerto aquí, como san Julio Álvarez, san Román Adame, san Tranquilino Ubiarco o santo Sabás Reyes. Por eso también hacemos nuestros a los padres Solá y Rangel, que no nacieron en estas tierras, pero aquí vinieron a derramar su sangre por Cristo en su glorioso nacimiento para la vida eterna.

El Papa Benedicto XVI nos exhorta: “Hay que dar gracias a Dios por tantos sacerdotes que han sufrido hasta el sacrificio de la propia vida por servir a Cristo. En ellos se ve de manera elocuente lo que significa ser sacerdote hasta el fondo. Se trata de testimonios conmovedores que pueden inspirar a tantos jóvenes a seguir a Cristo y a dar su vida por los demás, encontrando así la vida verdadera” (Sacramentum Caritatis 26). Y culmina diciendo: “El testimonio hasta el don de sí mismo, hasta el martirio, ha sido considerado siempre en la historia de la Iglesia como la cumbre del nuevo culto espiritual” (Sacramentum Caritatis 85).

Tampoco faltan hoy en la Iglesia mártires en los que se manifieste de modo superior el amor de Dios. Sin embargo, aun cuando no se requiera la prueba del martirio, sabemos que se manifiesta en el testimonio alegre y convencido ante el mundo de una vida cristiana coherente allí donde el Señor nos llama a anunciarlo.

Mártires Diocesanos



1. BEATO LUIS MAGAÑA SERVÍN, Laico

1. CRONOLOGÍA y RASGOS BIOGRÁFICOS DEL BEATO

a) *Breve cronología de los acontecimientos principales de su vida.*

24.VIII.1902 Nació en Arandas, Jalisco.

26.VIII.1902 Fue bautizado por el Pbro. Víctor Díaz en la parroquia de Santa María de Guadalupe en Arandas.

2.VII.1905 Fue confirmado por el Excmo. Sr. D. José de Jesús Ortiz.

25.XII.1909 Recibió la primera comunión de manos del Pbro. David Ruiz Velasco.

7.XI.1922 Quedó inscrito como socio activo y fundador de la Archicofradía de la Adoración Nocturna de Santísimo Sacramento en Arandas.

6.I.1926 Contrajo matrimonio con la señorita Elvira Camarena Méndez.

11.IV.1927 Nacimiento de su hijo Gilberto.

II.1928 Entraron las tropas federales en Arandas y se posesionaron de la iglesia parroquial y del curato.

9.II.1928 Fue aprehendido Delfino Magaña. El Beato se entregó a cambio de la libertad de su hermano y fue fusilado mientras se declaraba cristiano y perdonaba a sus verdugos. Su último grito fue: ¡Viva Cristo Rey! La gente que acudió a venerar sus restos mortales pedía reliquias.

Fue enterrado en el cementerio municipal.

VII.1928 Cinco meses después de su muerte nació su segunda hija, María Luisa.

1980 Sus restos mortales fueron trasladados a la capilla del seminario de los misioneros Xaverianos en Arandas, Jalisco.

b) *Rasgos biográficos del Beato Luis Magaña Servín.*



Nacimiento y ambiente familiar. El Beato fue el primogénito de los esposos Raimundo Magaña Zúñiga y María Concepción Servín

Gómez, quienes contrajeron matrimonio el día 14 de noviembre de 1901 en la iglesia parroquial de Ntra. Señora de Guadalupe, ante el Pbro. D. J. Refugio Durán, en Arandas, Jalisco, (Cabecera del municipio del mismo nombre. Centro agrícola, ganadero e industrial, su comercio es importante. Cuenta con una buena carretera que entronca con la de Guadalajara-San Luis Potosí, no lejos de Tepatitlán; con camino vecinal se une a Atotonilco y Ayotlán, sobre la carretera

Guadalajara-México, vía corta) municipio que siempre se ha distinguido por su firme religiosidad y por la laboriosidad de su gente. Los Magaña Servín se establecieron en la calle Vallarta, en una casa muy grande del barrio de arriba y tenían fama de ser católicos de abolengo. Engendraron tres hijos: Luis, Delfino y José Soledad.

Luis nació el 24 de agosto de 1902 a las 10 de la noche y recibió el sacramento del bautismo a los dos días de nacido de manos del Pbro. D. Víctor Díaz en la iglesia parroquial, (Summ., documentos personales, 31 p. 503). sus padrinos fueron Mariano Magaña y Francisca López. Fueron sus abuelos: Camilo Magaña y Cenobia Zúñiga, J. Guadalupe Servín y Secundina Gómez.

La familia Magaña era de clase media alta, diríamos que era gente acomodada. El padre tenía

fama de ser muy honrado, formal y trabajador, poseía una pequeña industria de curtiduría, era curtidor de pieles, y ahí se elaboraban toda clase de trabajos: monturas, coyundas, huaraches, zapatos, tiras de cuero, etc., era un trabajo duro y que requería mucha paciencia. Él supo transmitir el oficio a su primogénito al mismo tiempo que las virtudes de rectitud y responsabilidad.

Por otro lado, doña Concepción poseía todas las cualidades de una buena esposa y madre cristiana, destacaba especialmente por su bondad y su generosidad. Ella supo inculcar en el corazón de sus hijos sus mismas virtudes y en especial la piedad, un gran amor a la Eucaristía y a la Sma. Virgen María.

Los Magaña Servín sobresalían en el pueblo por su unidad y armonía familiar, asistían a la Eucaristía juntos, rezaban el rosario en familia cada tarde y todos solidariamente colaboraban en el trabajo de la curtiduría. Así lo recuerdan los testigos:

«Nació el Beato aquí mismo en Arandas el 24 de agosto de 1902, sus padres fueron don Raimundo Magaña Zúñiga y doña Concepción Servín. Eran todos ellos muy de la misa, iban a la misma misa que yo iba. Todos eran de comunión, de ésos que no fallan todos los días. Tenían su dinerito, vivían bien, al estilo de aquí del pueblo pero no les faltaba nada. Eran muy trabajadores, Luis tuvo dos hermanos más chicos que él, Delfino, José Soledad. Ellos se dedicaban al curtido de las pieles, de ahí sacaban piel para cinturones, para zapatos, para huaraches. Entre ellos se llevaban muy bien, todos trabajaban en la curtiduría». (Summ., Proc. G, Test. IV, p. 307, § 812; ver también: Proc. G, Test. II, p. 296, § 784; Proc. G, Test. XIII, p. 340, § 910; Proc. G, Test. XVI, pp. 354-355, § 952).

Infancia y adolescencia. El Beato recibió el sacramento de la confirmación el 2 de julio de 1905 de manos del Excmo. Sr. D. José de Jesús Ortiz, arzobispo de Guadalajara, en la iglesia parroquial de su pueblo natal.

Al cumplir los seis años, como se acostumbraba en aquel tiempo, Luis comenzó a asistir a la escuela parroquial fundada por el Sr. Cura D. Juan N. de la Torre, quien estuvo al frente de la parroquia de 1895 a 1908, siendo profesor en aquellos años el insigne Maestro Francisco Mora

Bustos, a quien el municipio condecoró con medalla de oro y dedicó una calle por su labor pedagógica.

El Beato manifestó desde pequeño una notable inclinación a la piedad y a las cosas de la iglesia. Dos veces a la semana iba al catecismo y con entusiasmo se empeñaba por aprender todo lo que la catequista le explicaba. El 25 de diciembre de 1909 recibió con gran fervor por primera vez a Jesús Sacramentado, de manos del Pbro. D. David Ruiz Velasco, en la iglesia parroquial. Así lo narran los testigos:

«[...] Aquí en Arandas pasó su infancia, fuimos compañeros como amigos, pero no de la escuela porque yo era muy pobre, yo tenía que trabajar. Todos los días nos estábamos viendo. Fue a la escuela de aquí del templo, era un buen muchacho, muy seguidor de sus padres. Ahí jugábamos de todo lo que se podía, nuestros juegos siempre fueron muy sanos. [...] Todos íbamos a la doctrina ahí a la parroquia. No me acuerdo del día en que hizo la primera comunión, para qué digo que sí, pero sí la hizo porque no le fallaba a la comunión, primero le faltaba la comida que la comunión y el ir a la misa». (Summ., Proc. G, Test. IV, p. 308, § 812).

«[...] Él frecuentó la primaria de aquí. Él siempre fue un muchacho muy responsable, tanto en la escuela como con sus papás, casi siempre desde muy chico se la pasaba en la tenería. [...] El Beato hizo su primera comunión aquí mismo en la parroquia y ahí mismo lo confirmaron. [...] Él era uno de los que más iban a la doctrina. Desde muy chico fue muy apegado a las cosas de Dios, yo no sé cómo no se fue al seminario». (Summ., Proc. G, Test. XV, pp. 349-350, § 936; ver también: Proc. G, Test. V, p. 313, § 826; Proc. G, Test. XII, p. 336, § 897; Proc. G, Test. XIV, p. 345, § 923).

La infancia y la adolescencia del Beato transcurrieron tranquilas entre su casa, la iglesia y la escuela. El horario familiar cotidiano era fijo y disciplinado: él se levantaba muy temprano y a las cinco de la mañana iba a misa a la parroquia acompañado de su papá, luego en casa se desayunaba y se iba a la escuela.

«Sí iba a la iglesia, era muy temprano, todos los días lo veía uno llegar a la iglesia con su papá, era un muchacho piadoso». (Summ., Proc. G, Test. V, p. 314, § 829).

«[...] Él era muy devoto, iba a la misa todos los días y era de la comunión diaria, en las fiestas

de la iglesia participaba mucho, ahí lo querían mucho». (Summ., Proc. G, Test. VII, p. 320, § 848).

Ya un poco más grandecito, el Beato empezó a ayudar por las tardes a su padre en la curtiduría, manifestando muy pronto cualidades de buen administrador.

«[...] Él era un buen niño, muy obediente sobre todo con su padre, se hizo al estilo de él, fue su brazo derecho en todo. El mismo Luis llegó a estar al frente de la curtiduría, le gustaban mucho las cosas de la iglesia, era una familia muy religiosa, muy unida. Él iba a la escuela del pueblo [...] a la de la parroquia, desde muy chiquito iba a la iglesia a eso del catecismo y de la primera comunión y lo que se organiza para los niños en la iglesia». (Summ., Proc. G, Test. VI, p. 317, § 837).

«Ahí en Arandas el Beato trabajó desde muy joven. Fue un excelente apoyo para sus padres, él estuvo al frente de la peletería y de la fábrica de huaraches. Él era muy reservado, le ayudaba mucho al señor cura, les daba como catecismo a los demás muchachos. Él era muy de rutina, su trabajo, su iglesia, de vez en cuando se iba al béisbol, así pues en un pueblo no hay mucho que decir. (Summ., Proc. G, Test. I, p. 292, § 771).

«[...] Sí, el Beato era buen hijo, era muy fino, muy trabajador. Primero les ayudaba ahí en la curtiduría y hasta que terminaba su faena salía a jugar con la bola. [...] Los sábados íbamos a la doctrina o nos juntaban en el salón de la parroquia y ahí nos daban el catecismo y nos contaban historias de los santos, de las cruzadas, de los primeros cristianos y de lo que sufrieron. [...] Era muy de la iglesia. No le faltaba a su misa y a sus devociones hasta el final». (Summ., Proc. G, Test. XVII, p. 360, § 964).

Luis era de temperamento tranquilo y noble, sensible y bondadoso, tenaz y muy constante en lo que emprendía, responsable y transparente en su actuar, era sencillo, modesto y reservado, pero con facilidad entablaba amistad con los demás, los testigos afirman que poseía una gran simpatía.

«[...] Su modo de ser era muy tranquilo, de mucha comunicación, aunque un poco reservado de primera vista. Muy activo en las organizaciones a las que él pertenecía. Era como muy entrón para todo, no se le rajaba a nada, no era de pleitos, eso sí él era muy trabajador». (Summ., Proc. G, Test. VII, pp. 321-322, § 851; ver también: Proc. G, Test. X, p. 331, § 882; Proc. G, Test. I, p. 295, § 780).

«El Beato era una persona normal, alegre,

amable, muy accesible, de muy buen trato, de palabra, serio, muy formal». (Summ., Proc. G, Test. IX, p. 330, § 877; ver también: Proc. G, Test. XVI, p. 355, ad 13).

«[...] Nunca le encontré una malicia. Él platicaba de todo, tenía una plática muy amena y muy interesante. Él venía a la plaza y ahí platicábamos. Ese hombre se veía bueno, limpio, le gustaba platicar de los problemas que había con el Gobierno, de las cosas del pueblo, de los problemas que vivíamos, era muy transparente». (Summ., Proc. G, Test. IV, p. 308, § 813).

«[...] Era un muchacho de fortaleza, de carácter, muy vivaracho. Él se proponía algo y lo hacía, viera que constante era para las cosas, no le temía nada a la vida. ¿De dónde se las ingeniaba para tener esa voluntad?, parte de su padre y parte de la confianza en Dios». (Summ., Proc. G, Test. VIII, p. 326, § 865).

«[...] Sí, siempre fue una personas muy sencilla, con una capacidad de adaptarse a lo que viniera, muy extraordinaria, de veras». (Summ., Proc. G, Test. XV, p. 353, § 948).

Juventud. El Beato desde muy joven destacó especialmente por la firmeza de su fe y su coherencia de vida cristiana. Los testigos aseguran que Luis se acercaba con frecuencia a los sacramentos y vivía lo que creía con gran sencillez y naturalidad.

«[...] Ese muchacho valía oro sólo con su pura fe». (Summ., Proc. G, Test. VI, p. 318, § 842).

«El Beato tuvo una fe muy grande y a prueba de todo y sobre todo». (Summ., Proc. G, Test. XIV, p. 347, § 930; ver también: Proc. G, Test. XVI, p. 357, § 958; Proc. G, Test. XII, p. 337, § 899).

«El Beato frecuentaba la misa y los sacramentos, era un hombre de mucha devoción, él dedicó su vida a Dios. [...] Siempre su fe fue la que motivó toda su vida y todo lo que él iba haciendo». (Summ., Proc. G, Test. XV, p. 352, § 946; ver también: Proc. G, Test. IX, p. 327, § 869).

«[...] Él tenía su fe bien puesta, iba a su misa y a otras cosas más. Usted lo podía ver con frecuencia en la calle acompañado por el señor cura o él lo acompañaba, lo cierto es que ahí andaban los dos. Yo creo que si no se hubiera quedado a trabajar con su familia, hubiera sido un buen cura, de esa calidad de persona era Luis». (Summ., Proc. G, Test. XIV, p. 347, § 930; ver también: Proc. G, Test. XVI, p. 350, § 939).

Además, los testigos declaran que el Beato vivió cada día con gusto lo que le tocó vivir.

«[...] El Beato fue un hombre muy sencillo, humilde, sin grandes pretensiones, simplemente vivió con gusto lo que a él le tocó vivir». (Summ., Proc. G, Test. I, p. 295, § 781).

«Yo creo que el Beato vivió la vida que le tocó vivir y lo que tuvo lo supo compartir cuando él veía que podía ayudar a alguien. [...] Él fue muy normal y sencillo, con un gran respeto a las autoridades tanto de familia como de la iglesia». (Summ., Proc. G, Test. III, p. 305, § 808).

Luis siempre fue muy amigo de los párrocos y vicarios de Arandas y de manera especial Luis colaboró con el párroco D. Amando J. de Alba, quien permaneció al frente de la parroquia durante 8 años, de 1918 a 1926, y fue un sacerdote y un pastor excepcional, fundó tres sindicatos: "Casa amiga de la obrera", "Liga católica arandense" y "Obreros católicos de Santa María de Guadalupe" que reunía a todos los artesanos, albañiles, zapateros, herreros y por supuesto curtidores. Ciertamente Luis Magaña perteneció a esta última asociación. Los testigos declaran que en todas las iniciativas parroquiales el Beato fue incondicionalmente el brazo derecho del párroco.

«Fue muy amigo del señor cura, casi siempre andaba con él, le ayudaba mucho en la iglesia, como que le gustaba oír mucho lo que se decía en la iglesia y ahí andaba siempre en juntas y pláticas con otros muchachos». (Summ., Proc. G, Test. II, p. 296, § 785; ver también: Proc. G, Test. VII, p. 321, § 849).

«El Beato pasó su juventud en Arandas, trabajó desde su juventud con su padre, le ayudó mucho en el taller de cueros. Asistía a la parroquia y ahí pasaba su tiempo ayudándole al señor cura Amando J. de Alba. Él tenía muchas inquietudes sociales, él trabajaba y se relacionaba con las actividades de la parroquia». (Summ., Proc. G, Test. III, p. 302, § 799).

«[...] Del señor cura era su brazo derecho, siempre andaba con él cuando había que hacer algo por la parroquia». (Summ., Proc. G, Test. I, p. 295, § 781; ver también: Proc. G, Test. XII, p. 337, § 898; Proc. G, Test. XIII, p. 343, § 919).

A su vez, el párroco D. Amando J. de Alba supo influir de manera positiva en el Beato forjándolo espiritualmente, avivando su piedad y orientando sus energías juveniles hacia el apostolado. En efecto, muy pronto Luis empezó con gran entusiasmo a dar catecismo y ayudaba eficazmente en lo concerniente a la formación espi-

ritual de los jóvenes, fue miembro activo de la Adoración Nocturna, dirigente de la ACJM y líder del movimiento obrero.

«Sí, el Beato fue uno de los primeros de la Adoración Nocturna y de la Acción Católica, él apoyaba mucho las cosas que organizaba el señor cura». (Summ., Proc. G, Test. XVII, p. 360, § 965; ver también: Proc. G, Test. XI, p. 333, § 886).

«[...] Su mundo de joven fue su trabajo, sus padres y el apoyo a la parroquia. Sé que el Beato perteneció a la ACJM y a la Adoración Nocturna, era muy modesto, muy apreciado por los muchachos. Era un líder». (Summ., Proc. G, Test. XV, p. 350, § 937; ver también: Proc. G, Test. II, p. 299, § 792; Proc. G, Test. XVII, p. 364, § 974).

«[...] El nos daba pláticas y mire usted, más de alguno después se fue al seminario gracias a su ejemplo». (Summ., Proc. G, Test. III, p. 300, § 794; ver también: Proc. G, Test. XVI, pp. 355-356, § 954).

«El Beato iba a la misa, a los rosarios, andaba en la Adoración Nocturna, frecuentaba pues las cosas de Dios. Le ayudaba mucho al señor cura J. de Alba, siempre nos daba muy buenos consejos para la vida, que nos servían de a de veras. A nosotros, ¿quien nos ayudaba así?, pues nadie, sólo Luis tenía interés porque anduviéramos bien». (Summ., Proc. G, Test. V, p. 315, § 832; ver también: Proc. G, Test. XVII, p. 361, § 967; Proc. G, Test. I, p. 292, § 773).

«[...] El entusiasmo con que participó en los diferentes movimientos a los que perteneció, creo, son la mejor prueba de lo que él siempre esperó». (Summ., Proc. G, Test. XIII, p. 343, § 917).

A Luis le apasionaban los temas de doctrina social cristiana e impulsado por la encíclica *Rerum novarum* que el Papa León XIII publicó en 1891, ponía en práctica la justicia social en el trato humano y amistoso con sus trabajadores. En efecto, el Beato igual que su padre y su abuelo se dedicó al curtido de pieles y una vez al frente de la curtiduría, trató generosamente a sus ayudantes y se preocupó por sus necesidades.

«[...] Era el brazo fuerte del negocio, casi todos los que eran sus mejores amigos trabajaban ahí en la curtiduría. Tenían muy bonito ambiente y se llevaban muy bien». (Summ., Proc. G, Test. XVII, p. 361, § 966; ver también: Proc. G, Test. V, p. 314, § 829).

«[...] Casi todos los amigos de Luis trabajaban ahí con él. Siempre los ayudaba, que yo le haya conocido jamás tuvo un pleito o un problema con los trabajadores. Él se metía en todo y ayudaba y trabajaba como si fuera mío de

ellos». (Summ., Proc. G, Test. IV, p. 309, § 815; ver también: Proc. G, Test. II, p. 300, § 794).

«El Beato fue un hombre de una pieza, muy íntegro, en él no había cabida para las chuecuras, que yo me haya dado cuenta, nunca tuvo ningún problema en su negocio, ni con sus clientes, ni con los que le llevaban el material para curtir, ni con sus trabajadores, con nadie. Él fue todo un hombre, tenía una voluntad fuerte». (Summ., Proc. G, Test. IV, p. 311, § 821).

Los testigos afirman que Luis fue un gran apoyo para sus padres y un hijo excelente. Destacó por su caridad hacia los demás, era desprendido de las cosas materiales y se preocupaba por los pobres. Con facilidad y generosidad el Beato prestaba ayuda a quien se la solicitaba, nunca hizo acepción de personas y sabía confiar en los demás. Cuanta gente tocaba a la puerta de su casa, salía siempre con algún detalle y la ayuda concreta que necesitaba en ese momento.

«[...] El Beato siempre ayudó a todos, a sus amigos que trabajaban con él en la tenería, a mí me ayudó siempre que acudí a él, no sólo me daba dinero sino que me aconsejaba, a uno le hacía falta ya que era huérfano nadie se interesaba de uno, pero Luis siempre me daba consejos, claro uno muy pobre pero para Luis no había distinción, no señor, Luis trataba a todos como si fueran él mismo». (Summ., Proc. G, Test. II, p. 299, § 792).

«[...] Mire usted, iba con Luis cuando necesitaba centavos y a la verdad nunca me los negó. Me trataba bien y aprovechaba para decirme cosas que me servían para mí y para mi familia o el negocio de la carnicería. Era un hombre derecho, así ayudaba a todos, no era nada apegado a las cosas». (Summ., Proc. G, Test. V, p. 315, § 832).

«[...] El Beato hizo muchas cosas, apoyó el movimiento, apoyó a la iglesia, convivió con sus trabajadores que eran sus amigos, ayudó mucho a sus papás. Fue un hijo extraordinario, cuanta gente tocaba las puertas de casa, jamás salía sin un detalle o ayuda, era una persona muy especial». (Summ., Proc. G, Test. I, p. 294, § 779; ver también: Proc. G, Test. III, p. 305, § 806).

«[...] Él sabía confiar en la gente y hacía que uno se sintiera responsable de la palabra, porque antes así era, sólo la palabra». (Summ., Proc. G, Test. X, p. 330, § 880).

En cuanto se fundó en Arandas la Acción Católica de la Juventud Mexicana que tiene como

fin coordinar las fuerzas vivas de la juventud para cooperar en la restauración del orden social cristiano, Luis se afilió a ella como socio fundador, fue miembro muy activo de esa asociación y con toda seguridad a principios de 1923 conoció y trató al Beato Miguel Gómez Loza, quien vivió una corta temporada en Arandas.

«[...] Él fue precisamente de los que aquí fundaron la ACJM». (Summ., Proc. G, Test. II, p. 297, § 787; ver también: Proc. G, Test. VI, pp. 317 318, § 839).

«[...] Luis perteneció a la ACJM de corazón, él hacía algunas reuniones en su casa y otras en los salones de la parroquia. También estuvo en la Adoración Nocturna que se organizaba en grupos para pasar la noche ante el Santísimo haciéndole guardia». (Summ., Proc. G, Test. XIV, p. 345, § 924).

«[...] Él perteneció a la congregación, a la Adoración Nocturna y la ACJM, ahí en su casa hacíamos las juntas y planeábamos todos los movimientos. Sí hacía muchas cosas por los pobres, daba catecismo en la parroquia, les hablaba a los jóvenes para invitarlos a la ACJM, juntaba cosas para los pobres primero y después para los cristeros». (Summ., Proc. G, Test. IV, p. 308, § 813; ver también: Proc. G, Test. XVI, p. 355, § 953).

El 27 de noviembre de 1921 se celebró en Arandas un acto de desagravio por el ataque dinamitero perpetrado en la Basílica de Ntra. Señora de Guadalupe en la ciudad de México; y días después, el 7 de enero de 1922, en la fiesta patronal todos los arandenses juraron solemnemente defender la sagrada Imagen Guadalupana.

El Beato amaba especialmente a la Sma. Virgen María y manifestó durante toda su vida un gran amor por la Eucaristía. El 7 de noviembre de 1922 al fundarse en Arandas la archicofradía de la Adoración Nocturna del Santísimo Sacramento con el objeto de hacer guardia y oración ante Jesús Eucaristía durante la noche como acto de reparación y desagravio por los ultrajes hechos al amor de Dios, Luis Magaña fue uno de los socios fundadores y miembro asiduo y piadoso, siempre fiel a su turno de la noche.

«[...] Era muy del culto de Dios. Le gustaba ir a participar en las cosas de la iglesia. [...] A mi padrino Luis le gustaba mucho la adoración nocturna y lo que yo supe es que le gustaba hacer la guardia en las horas más altas de la noche, como que ahí tenía más intimidad con

Dios». (Summ., Proc. G, Test. VII, p. 321, § 851; ver también: Proc. G, Test. III, p. 303, § 801).

«Él era un buen católico, yo creo que la adoración nocturna le abrió un espíritu de fe muy grande y de confianza para con Dios. El Beato esperó y confió mucho en Dios, se entregaba mucho a las obras del Señor. Él siempre tuvo la esperanza [en] que la defensa de la fe iba a beneficiar a mucha gente, él vivió con ese espíritu, lo supo compartir con todos sus familiares, sus amigos, sus trabajadores y las personas que se acercaron a él». (Summ., Proc. G, Test. III, p. 305, § 806).

«Luis no tenía ninguna clase de vicios, era un hombre muy entero y de una gran responsabilidad, su fuerte era la adoración nocturna, ahí se llenaba de Dios y su actividad era la ACJM donde le metía todo el valor para la defensa de la iglesia. Era alegre, muy activo, buen organizador, de grande fe y esperanza en Dios nuestro Señor. Un burro de trabajo. Bueno para tratar a las personas, gran amigo del párroco J. de Alba, ¡cómo le ayudó al señor cura!, era un líder entre la muchachada. Yo sí creo que haya tenido espiritualidad muy grande para hacer lo que hizo». (Summ., Proc. G, Test. XV, p. 350-351, § 940; ver también: Proc. G, Test. XII, p. 337, § 899; Proc. G, Test. I, p. 292, § 771).

Indudablemente que el Beato supo equilibrar muy bien toda su actividad de apostolado y apoyo parroquial con los asuntos de su trabajo y de su familia. Se entregó de lleno a ayudar a sus padres y era muy entusiasta en el trabajo, siempre estaba alegre y en su trato comunicaba paz a los demás.

«[...] Él se entregó de lleno a ayudar a sus padres. Trabajó mucho en la tenería, ahí se la pasaba todo el santo día, los mismos trabajadores eran sus amigos. Se juntaba mucho con los muchachos de la parroquia y en las diferentes actividades que ahí hacían». (Summ., Proc. G, Test. XIV, p. 345, § 924).

«[...] Yo nunca lo llegué a ver triste o desanimado, no, siempre fue muy constante en sus cosas. La opinión de la gente es que era un muchacho alegre, entusiasta, buen creyente, buen marido y buen padre, caritativo». (Summ., Proc. G, Test. XVII, p. 364, § 975).

«[...] Era muy serio y muy responsable, buen católico, muy humano, no era nada de creído, alegre y de muy buen carácter, de esos muchachos contagiosos que caen bien. De un coraje para el trabajo que no le paraba. Como que él vivía para su trabajo y para las cosas que se

organizaban en la iglesia». (Summ., Proc. G, Test. XIV, p. 346, § 926).

Luis viajaba regularmente con su padre a Atotonilco para vender los cueros curtidos. Por aquellos años los pueblos de Los Altos estaban comunicados entre sí por caminos empedrados, en el mejor de los casos, o por terracerías y brechas para comerciar los productos agroganaderos. La comunicación se hacía principalmente a través de diligencias de arrieros, incansables comerciantes y efectivos portadores de noticias. Uno de los testigos proporciona los siguientes datos en su declaración:

«[...] Yo trabajé en el correo veinte años. Él y don Raimundo se iban conmigo para vender cueros curtidos en Atotonilco. [...] Don Raimundo tenía tres hijos y Luis era uno de ellos, era el que más lo acompañaba a vender los cueros, se llevaban muy bien entre ellos. [...] Luis era bueno para vender desde muy chiquillo en que



su padre se lo llevaba, muy entusiasta, ahí lo fui yo viendo crecer hasta que se hizo ya todo un hombre. Ellos rezaban en el camino. [...] De jovencito era muy ameno en sus pláticas, yo lo buscaba para llevármelo con sus cueros. Ya después se iba él solo, nunca se regresaba con la mercancía». (Summ., Proc. G, Test. VIII, p. 324, ad 3 y § 860).

Testimonio del buen talento de Luis en sus actividades laborales y comerciales es una escritura de compra venta que todavía conserva su hijo Gilberto fechada el 18 de mayo de 1925 con la cual Luis Magaña Servín compró a la Sra. Adelaida Herrera viuda de Loza, una finca urbana en la calle Aldama y la pagó al contado con cuarenta pesos oro nacional, fruto de su trabajo y de sus ahorros.

«[...] Trabajaba mucho y él pronto hizo su dinero, ya desde joven tenía sus propias propiedades, era muy ahorrador y como no tenía ningún vicio pues todo se le quedaba». (Summ., Proc. G, Test. VII, p. 321, ad 13).

Los testigos por unanimidad mencionan que el Beato no tenía vicios, aseguran que era un muchacho sano, de gran entereza, muy íntegro en su persona y de vida ejemplar. A la hora de valorar concretamente lo que significó entregar la vida por la fe y para salvar a su hermano, consideramos estos rasgos de su personalidad sumamente importantes.

«[...] No, ¿qué vicios iba a tener el Beato?, ese hombre era íntegro, de palabra, muy recto, yo creo que tenía al mismito Dios adentro, ¿cómo le iba a caber otra cosa?, ni por el pensamiento. [...] El Beato era silencioso, tranquilo, un buen muchacho, él no decía palabras que ofendieran, no era bravucón, eso sí era valiente, pues no se le rajó ni a la misma muerte». (Summ., Proc. G, Test. II, p. 297, § 787; ver también: Proc. G, Test. III, p. 306, ad 41; Proc. G, Test. XII, p. 338, § 905; Proc. G, Test. XV, pp. 352-353, § 947; Proc. G, Test. XVI, p. 358, § 959).

«Fue muy completo en toda su persona, muy recto y honesto». (Summ., Proc. G, Test. IX, p. 329, § 874).

«[...] Vicios no tenía, era limpio, derecho, a él no había nada que lo descontrolara, a Luis no le conocí nada. Yo no le encontré falla ninguna, fue un modelo para mí, nunca aceptó ir a las cantinas, menos con las mujeres o cosas por el estilo. Cuando le decíamos que íbamos a ir, él aprovechaba para dejarnos un pensamiento bueno por ahí. Yo no le encontré falla alguna al

Beato, era muy responsable en sus cosas, muy buen amigo, no se imponía, sino que respetaba, sabía compartir con nosotros, no nos festejaba mucho las groserías que decíamos. Sabíamos que delante de él teníamos que ser cuidadosos, fue impecable, de esos hombres que da gusto el tenerlos cerca y más como amigos». (Summ., Proc. G, Test. IV, p. 309, § 815).

«[...] Él era muy íntegro, muy formal, muy entero. En Atotonilco yo lo vi ayudar a los pobres que pedían dinero, no era tacaño. El Beato era poco más alto que yo, blanco, güero, ojos claritos, bien vestido, sencillo, tranquilo, de esos hombres que no son capaces de enojarse, pero sí de voluntad y nada dejados, listo, vivaracho, no se le iba nada, como que en todo estaba. [...] Era un muchacho de simpatía natural». (Summ., Proc. G, Test. VIII, pp. 324-325, § 861).

«[...] Yo creo que Luis era de una entereza como pocos he visto en mi vida y, ¡vaya que yo he vivido! [...] Ir a cambiarse por su hermano a sabiendas que lo iban a matar. Él mismo se fue derecho a la muerte, dígame usted ¿quién hace eso?, para eso se necesita o estar loco o de plano querer mucho a Dios para que se lo lleve a uno allá con él». (Summ., Proc. G, Test. II, p. 299, § 793).

«[...] Yo quisiera saber quién tiene la fuerza de hablar con su padre, ir a comer, bañarse, cambiarse y tranquilamente ir por la calle a sabiendas que va al encuentro con la muerte y él mismo entregarse. [...] El Beato era todo un hombre de integridad, de buen equilibrio para todas las cosas, hombre de honor». (Summ., Proc. G, Test. XI, p. 335, § 893).

Además los testigos aseguran que Luis se dedicó a hacer el bien, desbordaba bondad con todos, era muy accesible, sencillo, servicial y comunicaba paz. Son varios los que afirman que tenía algo especial.

«¿Qué [si] el Beato fue heroico?, ay señor, ¿pero en qué mundo vive?, ¡claro que sí!, no le digo pues lo que hizo, ya vio usted cómo era él, con decirle, mire, era como un ángel de esos que se le escapan a Dios y aquí se la pasan haciendo [el] bien a quienes se puede y a quienes no, pues también». (Summ., Proc. G, Test. II, p. 300, § 795).

«[...] Fue un hombre muy equilibrado, alegre, muy constante en sus creencias y mostró mucha voluntad y mucha fe por la cual él entregó hasta su propia vida. [...] Tenía fama de trabajador y responsable, hombre de piedad con un apoyo incondicional a la iglesia y a sus sacerdotes, alegre y muy servicial. Trataba a todos por

igual, uno se sentía importante cuando estaba con él». (Summ., Proc. G, Test. XVI, p. 358, § 961).

«Yo considero que para como eran los hombres del pueblo, él sí fue un poco diferente, pues ni sus mismos hermanos eran como él. Él era todo un ejemplar que llamaba mucho la atención por su forma de ser. [...] Era un hombre de mucho valor, de mucha fortaleza, un hombre de fe, un cristiano completo, ejemplar como esposo y como padre, tranquilo, no de pleito, un hombre bueno». (Summ., Proc. G, Test. XII, p. 339, § 907).

«Yo creo que las virtudes no pueden darse por separado, generalmente unas jalan a las otras, así yo creo que Luis vino viviendo todas las virtudes juntas». (Summ., Proc. G, Test. XV, p. 353, § 949).

Noviazgo y matrimonio. Cuando Luis pensó seriamente en formar una familia, formalizó sus relaciones de noviazgo con la Srita. Elvira Camarena Méndez, quien vivía con su tío Margarito Gómez por haber quedado huérfana. Elvira fue su única novia, eran vecinos del mismo barrio y se conocían muy bien desde niños. Él siempre la respetó y fue muy atento con ella.

«No, Luis no tuvo más novia que Elvira Camarena que vivía con su tío, casi eran como de la familia, ella era huerfanita y se crió ahí con su tío. Se conocieron desde muy chicos, ya grandecitos se paseaban en la plaza en algunos fines de semana. Creo que ella tampoco tuvo más hombre que Luis. Ellos eran muy serios, muy respetuosos. ¡Qué pareja, válgame Dios!, todos los apreciábamos mucho, en aquel tiempo se era muy respetuoso de la mujer y de los tratos que uno tenía con ellas». (Summ., Proc. G, Test. IV, p. 308, § 814).

Algunos meses más tarde, en la parroquia de Ntra. Señora de Guadalupe, durante la primera misa el día 6 de enero de 1926, Luis y Elvira unieron sus vidas con el sacramento del matrimonio, (Summ., documentos personales, 32 p. 503). ante el Pbro. D. J. Refugio Durán, fueron testigos de esta ceremonia Benito y Emiliano Alvizo. Elvira tenía 18 años y Luis 24. Formaron una pareja muy bien acoplada y se les veía felices, todos los testigos aseguran que fue un matrimonio realmente ejemplar.

Elvira se incorporó sin dificultad al ritmo del trabajo del taller y ayudaba en lo todo que podía, sin descuidar sus deberes del hogar. Luis con su esposa asistía todos los días a la primera misa de

la mañana y juntos colaboraban con gusto en las iniciativas de la parroquia.

«[...] Luis y Elvira eran de los que juntos asistían a la misa de las cinco de la mañana. [...] Era de esos que llevaban a la práctica lo que creían». (Summ., Proc. G, Test. XI, p. 333, § 888).

«Se casó con Elvira Camarena que había sido huérfana. [...] Ellos se llevaron muy bien, iban los dos muy seguidos a la parroquia. El Beato fue un buen hijo y buen marido. Muy de dedicación a lo que traía entre manos. Era hombre de palabra, de esos de trato que decimos por acá, muy trabajador». (Summ., Proc. G, Test. XV, p. 350, § 938).

«Sí, el Beato y Elvira su esposa venían muy tempranito a la misa. Yo lo vi comulgar muchas veces. Sé que era de los meros iniciadores de la Adoración Nocturna y de los de la ACJM; era uña y carne con el señor cura de Alba, él daba algunas de las pláticas a los demás muchachos de la ACJM. Era un muchacho sencillito, de mucho valor y de mucho coraje, un católico muy activo y de mucho compromiso, muy asiduo a la iglesia y a las organizaciones a las que él pertenecía. Yo toda la vida viví aquí, junto a la parroquia y aquí lo llegué a ver en muchas ocasiones». (Summ., Proc. G, Test. XIII, p. 341, § 912).

«Yo conocí a la familia del Beato, desde don Raimundo. Ellos eran muy de la iglesia, yo los veía con frecuencia, a Luis y a su esposa también. Los domingos no le fallaban, entre semana yo iba a la misa de ocho, pero ellos iban a la de las cinco de la mañana. Él ayudaba y apoyaba a los padres, tanto al P. Amando como al P. Justino». (Summ., Proc. G, Test. XVI, p. 355, § 954).

El 11 de abril de 1927 nació su hijo primogénito, Gilberto, y para el Beato fue un nuevo impulso en redoblar sus esfuerzos, ya que debía responder a las difíciles circunstancias históricas que vivía el país como padre y como católico.

«[...] Ellos se casaron en el mes de enero el día de los santos reyes, el seis. Fue en el año 1926. Ellos estaban muy hechos el uno para el otro. Tuvieron a Gilberto y después de la muerte de Luis a María Luisa. El Beato fue un estupendo marido, como pocos realmente, él fue completamente hombre para con sus deberes de esposo y no se diga de padre cuando tenía a Gilberto. Todo el mundo lo queríamos mucho, era un buen amigo, buen hijo, bueno para todo, de esos muy íntegros y muy completos». (Summ., Proc. G, Test. IV, p. 309, § 814; ver también: Proc. G, Test. VII, p. 321, § 850; Proc. G, Test. XIV, p. 345, § 925).

«[...] Se casaron aquí en Arandas durante el novenario de enero. Ellos vivían en el mismo barrio que los papás de Luis, parece que enfrente de ellos, porque Luis hizo un túnel de casa a casa, precisamente cuando la persecución religiosa. Ellos tuvieron un hijo, bien chiquito que estaba cuando mataron a Luis, y una niña que quedó en camino y que nació después de la muerte de Luis. El Beato era buen esposo, de grandes sentimientos humanos. Siempre se tuvo muy buen concepto de Luis, yo nunca supe una cosa mala de este señor; ya ve aquí los chismes luego corren, pero de él nada se le supo. [...] Era un gran hijo y con Elvira un muy buen esposo. Ella lo añoró mucho, hasta que ella murió». (Summ., Proc. G, Test. XIII, p. 341, § 911; ver también: Proc. G, Test. XI, p. 333, § 887).

«El Beato se casó con una niña que era huérfana de nombre Elvira. [...] Ellos se casaron aquí en Arandas y tuvieron un matrimonio muy bonito. Como que él la quería mucho y la respetaba. [...] Siempre estuvo al pendiente de su esposa y de su hijo». (Summ., Proc. G, Test. XII, p. 337, ad 14).

Su compromiso en la resistencia. Entre tanto, la situación de la iglesia católica parecía empeorar de día en día. Ya el 31 de julio de 1926 el culto público había sido suspendido por mandato de la comisión episcopal. Los católicos, heridos en lo más vivo, organizaron una resistencia sin parangón, cuyo eco alcanzó muy intensas repercusiones en la región de Los Altos en general y en Arandas en particular, ya que fue uno de los puntos más candentes de la resistencia activa. (Summ., Proc. G, Test. XVI, p. 356, ad 22; Proc. G, Test. VI, p. 318, ad 22; Proc. G, Test. IX, p. 328, ad 22).

Por su clara convicción pacifista, el Beato no se sumó a las filas armadas, como muchos de sus compañeros y amigos, sin embargo; con gran empeño se propuso ayudar a los católicos alzados que se encontraban necesitados de todo para poder sobrevivir en el monte. Luis, asesorado por el párroco, logró organizar muy bien la ayuda coordinando todo a través de un mensajero de mucha confianza, a quien le decían "Pancho la Muerte" y que era panadero, según el recuerdo de todos.

«[...] Era como uña y carne del señor cura J. de Alba, siempre se entendió muy bien con él. Él sí que apoyó el levantamiento y junto con el señor [cura] se dedicaron a ayudar a los levantados. Yo creo que él sirvió más así a la causa». (Summ., Proc. G, Test. II, p. 300, § 794; ver también: Proc. G, Test. XI,

p. 333, § 889; Proc. G, Test. II, p. 298, § 788; Proc. G, Test. XVII, p. 361, § 968; Proc. G, Test. XV, p. 351, § 941).

Luis era consciente del riesgo y del peligro que toda esa organización representaba, (Summ., Proc. G, Test. I, p. 293, § 774; Proc. G, Test. XI, p. 333, § 889; Proc. G, Test. II, p. 298, § 788). ya que el apoyo incondicional ofrecido por los habitantes de la región de Los Altos a las fuerzas cristeras fue la que fortaleció en gran medida la causa y las represalias del Gobierno no se hicieron esperar. De los pueblos vecinos llegaban noticias acerca de los primeros caídos. En efecto, el 15 de agosto de 1926, solamente quince días después de haber sido cerrados los templos, en el Puerto de Santa Teresa, camino a Zacatecas, fueron fusilados el Sr. Cura Luis Batis y tres jóvenes de la ACJM, Salvador Lara, David Roldán y Manuel Morales. Además, en enero de 1927 fue ahorcado el Pbro. Jenaro Sánchez en Tecolotlán, Jalisco, y en el cercano San Julián fusilaron y echaron a un basurero el Sr. Cura Julio Álvarez. (Todos los mencionados hasta aquí fueron canonizados por S.S. Juan Pablo el 21 de mayo de 2000, en Roma). Pero, sin lugar a duda, la noticia que más impactó al Beato fue la muerte del Maestro Anacleto González Flores asesinado el 1° de abril de 1927 con tres jóvenes de la ACJM, los hermanos Jorge y Ramón Vargas y Luis Padilla Gómez. Sin embargo, esos ejemplos en lugar de desanimar a Luis lo encendieron por dentro y de alguna manera lo prepararon para afrontar, en su momento, esa misma suerte.

Desde una barranca de Guadalajara en donde se encontraba oculto, el Beato Excmo. Sr. D. Francisco Orozco y Jiménez envió a sus diocesanos una carta donde hace mención de los últimos acontecimientos derivados del conflicto, aludiendo expresamente al martirio del Lic. Anacleto González y compañeros, a sólo cuatro meses de distancia:

«A Dios Nuestro Señor sean dadas las gracias por el buen ejemplo que hemos recibido últimamente por el valor heroico con que han sufrido el martirio no ya uno o dos entre el clero y los fieles, sino una verdadera pléyade de ínclitos confesores de Cristo. Ufana debe estar la iglesia de México al contar ya en sus purísimas glorias a tantos confesores de Cristo. [...] Los nombres de Anacleto González Flores, Luis Padilla, Jorge y Ramón Vargas, hermanos, y Ezequiel y Salvador Huerta, también herma-

nos, son bien conocidos con todos los detalles de su heroico fin». (Orozco y Jiménez Francisco, XVII carta pastoral, 15 de agosto de 1927).

También el jefe moral de los cristeros y gobernador civil de Jalisco, Beato Miguel Gómez Loza, andaba por ese tiempo cerca de Arandas. Hacia mediados de 1927, después de que los federales incendiaron su centro de operaciones en Cerro Gordo, estableció su morada en el rancho Presa de López, en el municipio de Arandas, desde allí organizaba y supervisaba a los jefes cristeros.

Intentando cortar desde sus raíces la oposición católica, el Gobierno civil y su brazo ejecutor, el ejército, implementaron acciones durísimas de represión y acoso a la población, entre otras la ejecución de algún católico representativo de una comunidad, para lo cual el Gobierno del Estado de Jalisco exigió a los presidentes municipales de Los Altos una lista de los jefes cristeros y de las personas que les prestaban ayuda. Además, para atemorizar a la gente, los cuerpos de los fusilados eran colgados en los eucaliptos al sur de la villa, a la orilla del río Colorado. Era ésta una vieja costumbre que la usaban como escarmiento para todos los demás.

La autoridad militar ordenó en 1927 que en cuanto terminara la cosecha del maíz, todas las familias que vivían en los pueblos chicos y los ranchos se concentraran en algún centro importante señalado por la autoridad con el fin de impedir la ayuda entusiasta del pueblo a los cristeros. De este modo cualquier persona que se encontrara fuera de dicho centro o aislada, era considerada rebelde y podía ser fusilada sin investigación. Esta reconcentración obligó a todos los campesinos a abandonar sus casas. La misma orden fue dirigida a los sacerdotes que se encontraban prestando su ministerio en los pue-

blos. El sacerdote que fuera encontrado en el ambiente rural sería considerado también rebelde y como tal se le ejecutaría.

Aprehensión y muerte. En febrero de 1928 un grupo de soldados federales al mando del Gral. Miguel Zenón Martínez ocupó la plaza principal de Arandas, tomando la iglesia parroquial y el curato como su centro de operaciones. (Summ., Proc. G, Test. IV, p. 309, § 816). Se decía que el Gral. Martínez tomó informes de los católicos arandenses solidarios con

la resistencia y que estaba muy molesto por el trabajo que realizaba el grupo de la ACJM, por eso se propuso escarmentar en uno a todos. (Summ., Proc. G, Test. XV, p. 351, § 942; Proc. G, Test. XVI, p. 356, § 956). Encabezaron su lista de elegidos: Luis Magaña Servín y José Refugio Aranda, "Panchito la Muerte".

Al mediodía del 9 de febrero de 1928 los soldados federales emisarios de Martínez llegaron al domicilio del Beato pero no lo encontraron porque se ocultó en un subterráneo que unía su domicilio particular con el de sus padres. Para no irse con

las manos vacías, hicieron prisionero al segundo de los Magaña Servín, Delfino, que era dos años menor que el Beato, haciendo saber que si Luis no se presentaba ese mismo día en la comisaría, su hermano sería fusilado.

Reunidos los padres y el hijo mayor deliberaron sobre el caso, el Beato con gran serenidad trató de animarlos y tomó la decisión de presentarse ante los captores. Se acicaló con sus mejores prendas, se sentó a la mesa y comió tranquilamente. Era la última comida con los suyos. Al terminar, se levantó, se puso de rodillas delante de sus padres y les pidió la bendición. Animó a todos diciéndoles que pronto volvería y les dio un fuerte abrazo, estrechó a su pecho y besó al pequeño Gilberto, otro fuerte abrazo a su esposa Elvira que sollozaba y salió de su casa. Tomó la calle Juárez, la que cotidianamente



recorría para bajar a la plaza o a la parroquia. Se presentó en la notaría parroquial convertida en cuartel general y preguntó por el Gral. Martínez. De inmediato un oficial lo condujo escoltado al Hotel Centenario donde se hospedaba el general.

(Summ., Proc. G, Test. XII, p. 337, § 901; Proc. G, Test. VII, p. 322, § 853; Proc. G, Test. I, p. 293, § 775; Proc. G, Test. II, p. 298, § 789; Proc. G, Test. V, p. 314, § 831; Proc. G, Test. IX, p. 328, § 871; Proc. G, Test. XVII, p. 362, § 970; Proc. G, Test. IV, p. 310, § 817; Proc. G, Test. III, pp. 303-304, § 803).

Ya ante el Gral. Martínez, quien lo recibió asombrado, le pidió la libertad de su hermano a cambio de la suya. El militar aceptó el trato y sin mayores trámites, como si se tratara de un peligroso delincuente, ordenó se formara en el atrio de la iglesia el cuadro para ejecutar a los dos prisioneros, José Refugio Aranda y Luis Magaña Servín. (Summ., Proc. G, Test. XVI, p. 357, § 957; Proc. G, Test. XI, p. 334, § 890; Proc. G, Test. XIII, p. 342, § 914; Proc. G, Test. X, p. 330, § 878; Proc. G, Test. VII, p. 322, § 854; Proc. G, Test. XV, pp. 351-352, § 944; Proc. G, Test. XII, p. 338, § 903).

Eran las tres y media de la tarde del 9 de febrero de 1928. El Beato tenía atadas las manos, pero no quiso ser vendado. Hizo uso de la palabra en los siguientes términos: *"Yo no he sido nunca ni cristero ni rebelde como ustedes me acusan, pero si de cristiano me acusan, sí lo soy y por eso estoy aquí para ser ejecutado. Soldados que me van a fusilar, quiero decirles que desde este momento quedan perdonados y les prometo que al llegar ante la presencia de Dios serán los primeros por los que yo pida. ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Santa María de Guadalupe!"*. (Summ., Proc. G, Test. XIV, p. 347, § 929; Proc. G, Test. IV, pp. 310-311, § 819; Proc. G, Test. XI, p. 334, § 891; Proc. G, Test. XVII, p. 363, § 971; Proc. G, Test. I, pp. 293-294, § 776; Proc. G, Test. XIII, p. 342, § 916).

Sus palabras fueron interrumpidas por la descarga de los fusiles. La fuerte detonación estremeció el silencio trágico de esa tarde y con ella se quiso dar una lección a toda la población católica de Arandas.

Poco después, el padre del Beato trasladó los restos mortales de Luis a su hogar, (Summ., Proc. G, Test. XVII, p. 363, § 971). donde los vecinos acudieron con discreción durante toda la noche para velar y tocar con veneración y reverencia los despojos mortales de un hombre de bien, muerto injustamente. El certificado civil de defunción dice lacónicamente que "falleció de traumatismo de

arma de fuego". (Summ., documentos personales, 33 p. 503). Al día siguiente se le sepultó en el cementerio municipal. (Summ., Proc. G, Test. III, p. 304, § 805).

En julio de 1928, cinco meses después de la muerte del Beato, nació su hija, a quien llamaron María Luisa en memoria de su padre.

En 1980 los restos mortales de Luis Magaña Servín fueron exhumados y depositados en la capilla doméstica del seminario de los misioneros Xaverianos de Arandas, al pie del altar, hasta donde actualmente acuden numerosas personas para solicitar gracias y favores por su intercesión. (Summ., Proc. G, Test. XV, p. 352, § 945; Proc. G, Test. III, p. 306, § 809; Proc. G, Test. IV, p. 312, § 824; Proc. G, Test. V, pp. 314-315, ad 28).

2. MARTIRIO MATERIAL DEL BEATO LUIS MAGAÑA SERVÍN.

Al ser cerrado el culto público por mandato expreso del episcopado mexicano, la población comenzó a levantarse como protesta por la actitud persecutoria del Gobierno contra la iglesia católica y, en este punto, la región de Los Altos de Jalisco fue heroica por su resistencia y por su organización al defender la fe.

A principios de 1928, cuando el ejército al mando del Gral. Miguel Zenón Martínez entró en Arandas y tomó la parroquia como cuartel general de sus operaciones, la tensión del pueblo se volvió extrema, porque el ejército mataba a la gente por cualquier cosa.

Los testigos lo recuerdan en sus declaraciones de la siguiente manera:

«Que los del Gobierno querían tener el control de todo, que no nos dejaban ir a la iglesia. No dejaban que los padres dijeran su misa, ni rosarios, ni nada de culto. [...] No pues, a defendernos, muchos se fueron para el cerro y agarraron las armas, otros nos quedamos aquí y desde aquí los ayudábamos. Todos sabíamos que a cualquiera nos podían matar». (Summ., Proc. G, Test. VI, p. 318, ad 22).

«Usted sabe que el Gobierno se quería quedar con la iglesia y mandar en eso de la religión. Eso, pues nomás no, ¿usted cree que nos íbamos a dejar los católicos?, aunque yo tenía diez años bien me acuerdo que me daba una rabia. Cuando llegó el ejército y se instaló a una cuadra de la plaza traían a toda la gente asustada. Todo se hacía a ocultas, no, eso no era

posible señor. Traer a la población toda acorralada, ¿qué vida era ésa?, por eso se levantó la gente y luchó contra el Gobierno y el ejército». (Summ., Proc. G, Test. XVII, p. 362, § 969; ver también: Proc. G, Test. I, p. 292, ad 22; Proc. G, Test. II, p. 297, ad 22; Proc. G, Test. V, p. 314, § 830;).

En lo referente a la defensa de la iglesia, la ACJM en Arandas despuntó por su apoyo, colaboración y organización. Luis Magaña era conocido como uno de los principales dirigentes de este movimiento. Veamos cómo lo recuerdan los testigos en sus declaraciones:

«Luis era de la ACJM, ellos se organizaron para defender a la religión y a las iglesias del pueblo porque el señor cura se fue de Arandas cuando la persecución religiosa. Unos se levantaron y otros se quedaron para apoyar a los que se fueron. Luis andaba con los que se quedaron para apoyar, es más, yo creo que él era el encargado de todo el apoyo que se organizaba aquí en Arandas». (Summ., Proc. G, Test. XI, p. 333, § 889).

«Luis fue uno de los que fundaron la ACJM pero él no se fue a las armas, yo creo que por su peletería, pero él bien que ayudó en todo lo que pudo, era muy activo, conseguía ropa, comida, dinero y de todo para mandarles a los levantados. [...] Luis tenía bien organizada la ayuda aquí en el pueblo, se traía a la chamacada en friega por todas partes juntando cosas para la causa». (Summ., Proc. G, Test. II, p. 298, § 788; ver también: Proc. G, Test. XVII, p. 361, § 968).

«[...] Luis se quedó para organizar en Arandas el apoyo de todo lo que se necesitaba allá en los campamentos de Cerro Gordo. Viera que bueno era para convencer a la gente, él juntaba de todo. [...] Todos los días nos llegaban cosas de alguna y otra forma. Luis sí sabía a lo que le estaba arriesgando y se la jugó». (Summ., Proc. G, Test. XV, p. 351, § 941).

El Beato era plenamente consciente del riesgo y del peligro que corría por defender incondicionalmente su fe y por su apoyo a la resistencia. Indudablemente que pudo haber huido, pero por su actuar entusiasta y decidido se deduce que no lo pensó ni como posibilidad.

«[...] Luis sí era consciente del peligro que corría y bien que lo sabía, pero no dejó de ayudar con todo lo que pudo para sostener la resistencia allá en Los Altos de Jalisco». (Summ., Proc. G, Test. I, p. 293, § 774).

«[...] Luis, claro que sabía a lo que se arriesgaba, pero ésa era precisamente la fe que se tenía

y el precio de su defensa». (Summ., Proc. G, Test. XI, p. 333, § 889).

«[...] Yo creo que él sí sabía a lo que le estaba tirando, ¡cómo no!». (Summ., Proc. G, Test. II, p. 298, § 788).

El objetivo principal del Gral. Miguel Zenón Martínez era cortar de raíz la ayuda que con tanta eficacia prestaba la población de Arandas a los miembros de la resistencia activa, pensando que así se debilitarían. Para lograr esto, consiguió información sobre los líderes que la organizaban y sin duda en la lista apareció en primer lugar el nombre del Beato Luis Magaña Servín. Sin embargo, al no lograr su captura con facilidad, aprehendieron a uno de sus hermanos como carnada para que él se entregara. Veamos la manera como describen esos momentos los testigos:

«Agarraron a su hermano Delfino, era más chico y le mandaron decir que si él no se presentaba se lo echaban. Lo querían atrapar pues ellos sabían que Luis era de los dirigentes de la ACJM y que apoyaba a los levantados y les mandaba cosas, así es que si lo mataban yo creo que ellos pensaban que ya no iba a haber nadie más que hiciera eso. A Luis le avisaron y según dicen que se bañó, comió, se cambió con sus mejores ropas y él mismo se fue a enfrentar al general Z. Martínez. Él le pidió que dejara libre a su hermano». (Summ., Proc. G, Test. II, p. 298, § 790).

«Yo vi todo lo que pasó a Luis y a [Pancho]. Yo andaba rondando por el cuartel para ver que oía, pues habían detenido al hermano de Luis, este Delfino, ¡hombre!, un chiquillo, y el general le mandó decir a don Raimundo que o se entregaba Luis su hijo o iba a matar esa misma tarde a Delfino. Luis no se la pensó dos veces y se arregló y se vino para el cuartel, él entró, yo estaba ahí junto al que estaba en la puerta. Adentro él se presentó al general y le dijo que él era Luis al que él buscaba que él se entregaba pero que dejara libre a su hermano que nada tenía que ver en todo esto. De inmediato lo mandó fusilar. Ya para entonces habían agarrado a Pancho que era como el brazo derecho de Luis, ya que se encargaba de llevar las cosas a los cristeros, parece que un chismoso con tal de quedar bien con el general le fue con el chisme de lo que ellos dos hacían junto con toda la bola de los que pertenecíamos a la ACJM, el general quería cortar todo contacto con los cristeros para debilitarlos a como diera lugar». (Summ., Proc. G, Test. IV, p. 310, § 817).

«Bueno, el día nueve de febrero de 1928 le avisaron a mi abuelo que Delfino había sido hecho prisionero y que lo iban a matar si Luis no se presentaba antes y se entregaba, mi abuelo habló con Luis y mi papá aceptó irse a entregar para salvar a su hermano. Se fue a la casa, ahí se bañó, se cambió de ropa, luego se fue a comer muy tranquilo, mi madre le sirvió, se levantó de la mesa, se despidió de todos y salió de la casa. No quiso que nadie lo acompañara, eran como eso de las tres de la tarde. Recorrió las calles y se presentó con los soldados que estaban de guardia, pidió que lo llevaran con el general Z. Martínez y de inmediato lo llevaron.

Él se presentó y con sus propias palabras le dijo al general que él era Luis Magaña, a quien andaba buscando. Le pidió que soltara libre a su hermano Delfino y así sucedió. De inmediato le dijo que si era muy valiente para entregarse, él iba a ver qué tanto lo era ante la muerte y de inmediato lo mandó fusilar. Él todo el tiempo estuvo muy sereno, muy controlado, en ningún momento se agitó o se puso nervioso, no, tranquilo y muy seguro de sí mismo». (Summ., Proc. G, Test. III, pp. 303-304, § 803)

El Beato pidió la libertad de su hermano y el Gral. Z. Martínez dejó libre al detenido que tenía como rehén y ordenó que fusilaran inmediatamente a Luis en la parroquia. La mayoría de los testigos que se presentan en el proceso son oculares del momento del martirio y por unanimidad concuerdan con los hechos narrados. Aquí mencionaremos algunas de esas declaraciones:

«De toda una pieza el Beato, un hombre de verdad, yo que estaba ahí tenía un miedo de que me reconociera o me dijera algo, él no, muy tranquilo, calmado, con una seguridad que era de admirar, el mismo general se quedó medio descontrolado cuando le llegó a boca de jarro y le dijo: "Yo soy el que usted busca". Imagínese usted, ¿quién se entrega así?, hay que tener pantalones de veras de hombre y una creencia en Dios como pocas. A Pancho lo sacaron también de adentro y se los llevaron a los dos con un pelotón de soldados y un sargento, atravesaron la plaza y ahí en las gradas Pancho quiso voltear o no sé que movimientos hizo que ahí le dispararon y quedó en las gradas con el cuerpo hacia abajo. Después metieron a Luis junto a la columna de la puerta a la izquierda, lo colocaron junto a la pared, los soldados se pusieron acá junto a la puerta, el sargento lo quiso vendar y Luis no se dejó, le dijo que si quería pedir su última voluntad, Luis sólo lanzó

el grito de: "¡Viva Cristo Rey y Santa María de Guadalupe!", ahí le dispararon y su cuerpo quedó ahí tirado, nadie se animaba a acercarse, después se fueron los soldados. Yo lo vi tirado y me escapé a toda prisa, me entró un miedo y un coraje, no sé qué me pasó pero salí volado del pueblo, allá me refugié en mi rancho». (Summ., Proc. G, Test. IV, pp. 310-311, § 819).

«Mire usted, yo iba como a eso de las tres y media de la tarde a comprar unos dulces ahí enfrente a la parroquia y ya de regreso vi que venía un pelotón de soldados con dos reos y me quedé ahí parado para verlos, venían del cuartel y pasaron por el parque chico y luego entraron al atrio de la parroquia. Ahí pusieron a Luis a la entrada de la iglesia del lado izquierdo, entrando de frente, el pelotón de soldados se colocó acá junto a la pared del atrio que da a la calle. A Luis lo quisieron vendar pero no quiso. [...] Oí la detonación y vi como quedó el cuerpo de Luis ahí tirado al pie de la fachada de la parroquia, también Pancho quedó ahí». (Summ., Proc. G, Test. XI, p. 334, § 891).

«Mire usted, a eso de las tres de la tarde, salieron Luis y el panadero y acompañándolos iban unos doce soldados y un teniente. Enfilaron por el parque y se detuvieron en las escaleras de la parroquia, nosotros estábamos detrás de los árboles de la plaza. Ahí una señora con dos niños le suplicaba al teniente que los dejara. Ella era esposa del panadero, creo que el teniente le dio una patada a la señora y el panadero se le quiso ir y ahí lo mataron, quedó todo ensangrentado en las gradas. Luis estaba un poco más adelante. Ahí se metieron al atrio del templo y ya no vimos, sólo oímos que Luis decía a grito pelón: "¡Yo no soy nada de lo que ustedes me acusan, pero si por creer en Dios me matan, sí por eso sí". Les dijo a los soldados que los perdonaba y que iba a pedir a Dios allá en el cielo por ellos y alcanzó a gritar el "¡Viva Cristo Re y Santa María de Guadalupe!". Mire usted, hasta la carne se me enchina, siento las palabras de Luis como si hubiera sido ayer. Ahí se oyó el "¡Disparen, apunten, listos y fuego!". Ahí quedó Luis en las meras puertas de la parroquia de Ntra. Señora de Guadalupe». (Summ., Proc. G, Test. XVII, p. 363, § 971).

«Vi al Beato el día que lo fusilaron, yo atendía un puesto de mercería que se encontraba enfrente del templo, junto a los portales. Yo estaba fuera del seminario porque lo habían cerrado y me tuve que ir a Arandas para ayudar a los de mi casa. Ese día yo había abierto mi negocio como de costumbre, cuando vi por el jardín que venía un grupo de soldados hacia la parroquia, con

ellos traían a un detenido adelante y otro más atrás. Vi también que entre los portales andaba un hermano de Luis, parece que fue al que liberaron de nombre Soledad. Detrás del pelotón venía una señora con dos niños, me parece, quien suplicaba al que traía al pelotón que los dejara libres, pero le dieron un fuerte golpe y ahí se quedó con los niños, yo supongo que adolorida. El jefe la ignoró totalmente. Ellos al entrar a las gradas de la iglesia dispararon a uno que quedó ahí tirado. A Luis se lo llevaron hacia la entrada de la iglesia y ahí a la mano derecha sobre la columna lo pusieron, de repente se oyó un fuerte grito de "¡Viva Cristo Rey!" y en seguida la descarga». (Summ., Proc. G, Test. I, pp. 293-294, § 776).

«Yo estaba aquí en la tienda justo al lado de la parroquia y salí a sentarme aquí afuera. Ahí estaba sentada cuando vi venir a la escolta de ocho soldados uniformados, venía por la calle de abajo del cuartel que quedaba allá a la vuelta. De inmediato reconocí a Luis Magaña y a Pancho, el panadero. Luis traía un pantalón un poco oscuro. Vi que entraron al atrio de la parroquia, después oí unos disparos, luego silencio, después de algunas palabras luego otros disparos pero adentro del atrio. Salió don Guadalupe Domínguez y nos dijo que habían matado a Luis Magaña y a Pancho, me dio mucho miedo y me metí a la tienda, la cerré y me fui a la casa, aquí justo atrás de la tienda». (Summ., Proc. G, Test. XIII, p. 342, § 916).

En Arandas todos se conocían y eran amigos del Beato, nadie se esperaba ese fatal desenlace, por lo que la muerte del Beato Luis Magaña Servín sorprendió profundamente a toda la población y por la hora en que ocurrió hubo muchos testigos oculares. Sin embargo, ante el cadáver bañado en sangre los invadió el temor y la impotencia y en un primer momento nadie se acercó hasta que su padre consiguió el permiso para retirarlo y llevarlo a su casa. Al día siguiente fue sepultado en el panteón municipal donde permaneció hasta 1980 cuando fue trasladado al seminario de los Misionero Xaverianos.

«Yo creo que era como el 9 de febrero de 1928. Cuando me asomé entre las rejas, lo vi ahí doblado y lleno de sangre. Ahí estuvo mucho tiempo, nadie se atrevía a tocarlo, ni a acercarse por miedo a que se lo tronaran. Ya mucho después en una escalera y en una sábana y con permiso del general Martínez se lo llevaron para su casa». (Summ., Proc. G, Test. XVII, p. 363, § 971).

«[...] Todos tuvimos miedo, por eso de momento nadie nos acercamos, porque era muy peligroso, ya que también nos podían fusilar, ya después se fueron acercando algunas personas y yo creo que sus familiares también y se lo llevaron». (Summ., Proc. G, Test. I, p. 294, § 776).

«[...] Después yo me fui a la casa corriendo porque me dio miedo, fue algo que nadie se esperaba y más a la hora que era. Él sí que dijo el grito de los cristeros de: "¡Viva Cristo Rey!". [...] Cuando llegué a la casa mi madre dijo que era un nuevo mártir por la causa de Dios. Fue algo muy impresionante, siempre recuerdo la tranquilidad de Luis y esa entereza que se ve en muy pocos hombres». (Summ., Proc. G, Test. XI, p. 334, § 891).

«Se quedó por algunas horas ya que nadie se animaba a recogerlos. Hasta que mi abuelo y otros de los amigos y familiares fueron por él y se lo llevaron a la casa. Ahí mi abuela y mi mamá le cambiaron la camisa que estaba llena de sangre y lo prepararon para meterlo en una caja, después ya lo enterraron en el panteón que está allá a la salida del pueblo. En el pueblo se comentó que había muerto un mártir más y casi desde el principio lo consideraron así, el mismo señor cura de Alba lo anunció así y así se le consideró desde entonces». (Summ., Proc. G, Test. III, p. 304, § 805).

«Sí, le rezaron el rosario y lo pusieron en un cajón para muertos, ahí había en la casa varias personas, yo creo que no había muchas porque tenían miedo y después los podían acusar de mitin en la casa, por eso se lo llevaron al camposanto y allá lo enterraron, ahora está en el seminario». (Summ., Proc. G, Test. VII, p. 322, ad 28).

Por lo expuesto en este capítulo resalta con claridad la verdad del hecho que se narra, ya que todos los testigos declaran su propia experiencia de ese momento con múltiples detalles que quedaron grabados en su memoria indeleblemente y que vistos en conjunto concuerdan y se complementan a tal grado de no dejar dudas referentes al asesinato del Beato Luis Magaña Servín.

3. MARTIRIO FORMAL DEL BEATO LUIS MAGAÑA SERVÍN.

a) *Odio a la fe por parte del perseguidor.*

Los testigos describen el ambiente de persecución y afirman que el Gral. Miguel Zenón Martínez odiaba todo lo que oliera a religión.

«[...] Los del Gobierno a reprimir el culto y todo

lo que oía a iglesia y los de la iglesia a defenderse y a obligar al Gobierno a que aprendiera a respetar la voluntad del pueblo y sus creencias». (Summ., Proc. G, Test. XVI, p. 356, ad 22).

«[...] Nos cerraron los templos y no nos dejaban tener nuestras creencias y para pronto que nos organizamos a defendemos. Aquí llegó un general Z. Martínez, un hombre, viera usted, yo creo que traía el mismo diablo por dentro, arrebató contra todo lo que le oía a religión». (Summ., Proc. G, Test. IV, p. 309, § 816).

«[...] Los soldados se apoderaron de pueblo y ahí estaban. Salían para perseguir a los cristeros y regresaban al cuartel con muchos heridos. La parroquia era parte del cuartel, ahí se la pasaban los soldados, no había culto y por eso se peleaba». (Summ., Proc. G, Test. XIV, p. 346, ad 22).

«Todo estaba prohibido, era muy difícil vivir para los que creíamos en Dios. Todo se hacía a escondidas, había mucho temor, no se podía ni hablar porque lo acusaban a uno y lo mataban. [...] Esto hizo que los jóvenes se organizaran y se defendieran». (Summ., Proc. G, Test. IX, p. 328, ad 22).

Luis era de los dirigentes de la ACJM y los testigos afirman que su coherencia de vida cristiana y su ayuda entusiasta al movimiento cristero fue el motivo de su muerte.

«[...] A Luis lo agarraron porque era de los dirigentes de la Acción Católica y era un proveedor del movimiento de los cristeros muy entusiasta. Yo creo que el Gobierno agarró los nombres de ellos y apareció Luis y por eso lo buscaron de inmediato». (Summ., Proc. G, Test. I, p. 294, § 777).

«[...] Él ayudaba a los cristeros y era el brazo derecho del señor cura. Yo creo que querían acabar con él y así después podrían acabar más fácilmente con los que estaban en el cerro». (Summ., Proc. G, Test. IX, p. 328, § 872).

«[...] Era muy activo en eso de ayudar a otros. Uno de los motivos de su muerte fue eso de haber ayudado a los cristeros con alimentos y cobijas y todo lo que se podía». (Summ., Proc. G, Test. XI, p. 335, § 892).

«[...] A Z. Martínez se le hizo muy importante toda la actividad que Luis hacía y optó por matar a Luis creyendo que con eso les cortaba una fuente de abastecimiento a los cristeros que estaban armados». (Summ., Proc. G, Test. XV, p. 351, § 943).

«[...] A él lo andaba buscando para matarlo el general Z. Martínez, porque sabía que era uno de los principales jefes que auxiliaban a los que

se habían alzado». (Summ., Proc. G, Test. VI, p. 318, § 840).

«Lo andaban buscando porque, para Z. Martínez, él sostenía a los cristeros que se habían levantado en armas y que andaban por los cerros. Si lo mataba se les acababa una fuente de abastecimiento». (Summ., Proc. G, Test. XII, p. 338, § 902).

«[...] Sí, era de los que tenían mucha devoción e iba a la misa todos los días y comulgaba. No faltaba a su adoración nocturna. Él fue siempre un gran amigo y apoyo para el P. J. de Alba y por eso mismo de apoyar y defender a la iglesia fue que lo mataron». (Summ., Proc. G, Test. XIV, p. 346, § 926).

Ante la imposibilidad de aprehender con rapidez a Luis Magaña, optaron por capturar como rehén a uno de sus hermanos, enviándole un ultimátum: si no se entregaba ese mismo día, fusilarían a su hermano. El Beato al enterarse de lo ocurrido no lo dudó ni un momento, para liberar a su hermano se presentó ante el Gral. Martínez con toda sencillez y vestido de fiesta.

«[...] Z. Martínez cuando supo que Luis era uno de los principales cabecillas del movimiento en Arandas y que se dedicaba a mandarles todo lo necesario a los que estaban alzados, trató de buscar a Luis y al no dar con él agarró a su hermano. [...] El general mandó dejar un recado en la casa de Luis, que si no se presentaba ese mismo día, mataría a su hermano. Mi tío mandó llamar a Luis y entre ellos platicaron, después el mismo Luis se fue a entregar. Antes se bañó, se cambió, comió y se despidió con una tranquilidad que lo deja a uno muy perplejo, sólo gentes de esa fe van tan tranquilos a la muerte. Él se presentó ante Z. Martínez y le dijo que él era al que andaban buscando y que por eso se venía a entregar, pero que dejara libre a su hermano». (Summ., Proc. G, Test. XV, p. 351, § 942).

«Pues, sucedió que el general Z. Martínez detuvo a Delfino su hermano y le mandó decir a don Raimundo que si no se entregaba Luis, mataría a su hermano. Luis habló con su padre y fíjese usted que entereza de hombre, no tuvo miedo. Se bañó, se vistió bien elegante, comió, se despidió de sus padres y esposa y solo se fue a entregar. Para eso se necesita valor. En el cuartel él se entregó a Z. Martínez que dejó libre de inmediato a Delfino». (Summ., Proc. G, Test. XII, p. 337, § 901).

«[...] El general lo andaba buscando y hasta mandó por él a su casa, pero no lo encontraron

y se llevaron a su hermano Delfino. Le dejaron dicho que si no se presentaba él, iban a matar a Delfino, así fue como él se entregó». (Summ., Proc. G, Test. VII, p. 322, § 853).

«Que yo haya sabido el Beato no estuvo preso. Él mismo se fue a entregar para que dejaran libre a su hermano que lo habían detenido para forzar a Luis a que se entregara, él sabía que si se entregaba lo iban a matar, pero a pesar de ello se animó y se entregó». (Summ., Proc. G, Test. I, p. 293, § 775; ver también: Test. II, p. 298, § 789; Test. V, p. 314, § 831).

«Mire, yo lo vi de lejos, cuando pasó para el cuartel, después me fui para el corral. Yo vivía por la calle de Allende, ahí andaba por el corral cuando me dijeron que Luis había sido aprehendido y que habían soltado a Delfino su hermano». (Summ., Proc. G, Test. IX, p. 328, § 871)

«Mire usted, sucedió que el hermano de Luis andaba por la plaza y lo agarraron los gendarmes, porque andaban buscando a Luis y no lo podían encontrar. Se lo llevaron al cuartel y como era un chiquillo el capitán no lo quiso matar. Le mandó decir a Luis por medio de "el trompo", otro de los chiquillos que vivían en la calle, que si Luis no se presentaba iba a matar a su hermano. Le dijo que lo buscara hasta que lo encontrara y si no, que le dijera a sus familiares, y así fue. Luis cuando supo, estaba adentro en la peletería, dicen que se fue a la casa, le pidió de comer a su esposa y ahí habló con su papá. Cuando terminó de comer, se fue a bañar, que se puso un traje y se arregló. [...] Él se fue solo al cuartel y se le presentó al capitán que acababa de comer». (Summ., Proc. G, Test. XVII, p. 362, § 970).

Uno de los testigos declara que un día antes de la entrega del Beato hubo una gran batalla del ejército contra los cristeros en la cual fueron heridos muchos soldados. Este hecho causó al Gral. Martínez mayor cólera y para darles una lección a los católicos, mandó aprehender inmediatamente a los que eran considerados cabecillas de la ayuda a los cristeros.

«[...] Un día antes [de] que se entregara Luis, hubo una gran batalla y se encontraban muchos heridos de parte de los soldados, por todos lados. Z. Martínez estaba disgustado y cuando detuvo a Chole, le mandó decir a Luis a su casa que si no se presentaba iba a mandar matar a su hermano, que si era un hombre de huevos que se presentara, de hecho dicen que cuando se presentó él corrigió: "Vengo porque soy un hombre de fe y quiero que deje libre a mi

hermano que nada tiene que ver en este asunto". Dicen que el mismo general quedó asombrado de la tranquilidad y serenidad de Luis». (Summ., Proc. G, Test. XVI, p. 356, § 956).

La serena fortaleza con que se entregó el Beato desconcertó al Gral. Martínez, quien en un primer momento intentó interrogarlo queriendo obtener información acerca de los cristeros, pero no obtuvo ninguna respuesta.

«Sí, sí lo interrogaron para sacarle donde estaban los cristeros, pero Luis no les dijo nada. Él no duró casi nada encerrado, de inmediato lo mandaron fusilar. Como él se dedicaba a juntar provisiones para los cristeros y se las mandaba, Z. Martínez quiso acabar con este apoyo tan importante». (Summ., Proc. G, Test. XIV, p. 346, § 928).

«[...] Sí que estuvo en interrogatorio, el capitán sabía que él era quien organizaba los recursos para los alzados, le preguntó cuanta cosa usted se puede imaginar. Él lo primero que pidió que soltaran a su hermano Chole y así lo hicieron. Yo me topé con Chole en la calle que iba corriendo a su casa y me dijo que Luis estaba en la prisión. Yo creo que le propusieron toda clase de tratados, pero nomás no le pudieron sacar nada». (Summ., Proc. G, Test. XVII, p. 362, § 970)

«El Beato se presentó al general Martínez, porque agarraron a su hermano Delfino y el general le mandó decir que si Luis no se presentaba ese mismo día, iba a mandar matar a Delfino. Ahí lo interrogaron y que le pegaron con la correa con que le pegan a los caballos. El general estaba muy enojado y le dijo que lo iba a mandar matar de inmediato, a ver si de veras era tan hombrecito como parecía. Luis todo el tiempo estuvo muy tranquilo y muy calmado, eso sucedió el día 9 de febrero de 1928». (Summ., Proc. G, Test. XIV, p. 346, § 927).

Esa actitud entera y firme en la fe del Beato turbó más al Gral. Martínez, quien de inmediato lo mandó fusilar junto con "Pancho la muerte", que era panadero y servía de mensajero entre los alzados y los que permanecían en la población.

«Como había tantos heridos el general Z. Martínez se encontraba en el cuartel allá a la vuelta de la plaza y no en las oficinas que estaban en la misma parroquia. Allá fue Luis y creo que ni duró mucho la plática, ya que el general le dijo: "Voy a ver que tan hombrecito eres", se dirigió a su ayudante y le dijo que se juntara un grupo de soldados y que se lo fusilaran junto con Pancho». (Summ., Proc. G, Test. XVI, p. 357, § 957).

«Él mismo fue el que se entregó. Habían agarrado a su hermano Delfino para presionarlo a que se entregara, ya que lo buscaban a él. Liberó a su hermano y enseguida lo mataron. Su reacción fue la de todo un hombre, de esos de fe». (Summ., Proc. G, Test. XI, p. 334, § 890).

«[...] El general se asombró cuando llegó a él y le dijo que su hermano no tenía nada que ver en el asunto de los cristeros que por eso él mismo se entregaba. Así fue como sucedieron las cosas, el general de inmediato lo mandó fusilar junto con "Pancho la muerte"». (Summ., Proc. G, Test. XIII, p. 342, § 914).

«[...] Enseguida lo condenó a la muerte, pues el Beato era de la ACJM y andaba en la ayuda de los cristeros, según dicen que él encabezaba un grupo de jóvenes que juntaban por todo Arandas y los alrededores todo lo que sirviera para la causa». (Summ., Proc. G, Test. X, p. 330, § 878).

Sin juicio Luis fue sentenciado a muerte por orden del Gral. Zenón Martínez, formándose de inmediato el pelotón de fusilamiento. El Beato junto con "Pancho la muerte" fue conducido a la parroquia de Ntra. Señora de Guadalupe donde fue acibillado después de haber profesado públicamente su fe.

«Al Beato no le hicieron juicio, ni nada, fue la orden del general, lo sacaron de la cárcel y se lo llevaron a la plaza, después a la Parroquia de Ntra. Señora de Guadalupe y ahí afuera lo fusilaron. En su última voluntad él pudo echar el grito de los cristeros de "¡Viva Cristo Rey y Santa María de Guadalupe!", yo estaba ahí parado de este lado de la puerta de la entrada de abajo y vi que lo fusilaron y cayó ahí lleno de sangre». (Summ., Proc. G, Test. VII, p. 322, § 854).

«Fue a las cuatro de la tarde el día 9 de febrero de 1928. Lo sacaron del cuartel y se lo llevaron hacia la parroquia. [...] Ahí en el atrio, a un lado de la puerta lo fusilaron. Luis siempre estuvo muy tranquilo, calmado. Los que lo vieron dicen que no parecía ir a donde lo llevaban, a Luis no le hicieron juicio, sólo lo interrogaron, lo amenazaron y hasta lo golpearon con el fuste de un caballo». (Summ., Proc. G, Test. XV, pp. 351-352, § 944).

«Se los llevaron a la parroquia y ahí a la entrada a mano izquierda los fusilaron. Fue como a eso de las tres o cuatro de la tarde. Sus mismos familiares fueron los que los recogieron y los enterraron en el panteón de Arandas». (Summ., Proc. G, Test. XII, p. 338, § 903).

En Arandas todos se conocían y las noticias se

sabían con rapidez y, aunque nadie se esperaba ese trágico desenlace, la hora y el lugar fueron propicios para que en el momento del martirio hubiera muchos testigos oculares, sin atreverse ninguno a acercarse por miedo a que también lo mataran.

«[...] Quedaron tirados en medio de la sangre, nadie los recogía por miedo, al poco rato la gente se fue arrimando, yo también me arrimé, pues era chamaco y la curiosidad... estaban muy ensangrentados, sabe a que horas los levantarían, yo me fui, como que me dio coraje y miedo a la vez. Al pobre Luis se lo habían quebrado, no se merecía pues esa muerte, pero fue por la religión y por Dios, había que defenderlo y Luis lo hizo». (Summ., Proc. G, Test. II, p. 298, § 791).

«Yo estaba en el mercado, en la carnicería, ahí en la pura esquina. No me gusta platicar mucho de esto, me siento muy triste. Ahí me fueron a decir que habían matado a Luis en la puerta de la iglesia. ¡Hombre!, pues era un buen muchacho. Al rato que fui a verlo ahí estaba tirado junto a la columna del lado derecho, ¡hombre!, pobre, no se merecía eso, pero lo hizo pues por Dios. No le echo mentiras: él era muy separado de la raza que éramos algo especial, raza pues corriente, Luis era muy fino, educado, de una sola pieza, nos hablaba y nos aconsejaba bien. Todos lo lamentamos mucho, la gente lo quería mucho, ¡qué barbaridad!, él era de la gente de Dios y Dios se lo llevó». (Summ., Proc. G, Test. V, p. 314, § 831).

En el lugar donde yacía el cuerpo sin vida del Beato, uno de los soldados del pelotón que ejecutó la sentencia colocó un letrero que decía: "Así mueren los cristeros".

«[...] Después alguno de los soldados puso un letrero sobre el muro de la iglesia que decía: "Así mueren los cristeros", mi abuelo cuando llegó agarró el letrero y lo rompió y lo aventó al suelo, después fue a pedir permiso para llevárselo. Se lo llevaron a su casa y ahí lo tuvieron. Después lo fuimos a enterrar al panteón». (Summ., Proc. G, Test. XIV, p. 347, § 929).

b) Disposición de ánimo de la víctima.

Luis era perfectamente consciente de lo que significaba la defensa de la fe. Él nunca tomó las armas, su temperamento era tranquilo y pacífico, pero su decisión de apoyar y sostener a los que se encontraban en la resistencia activa fue firme, eficaz y al mismo tiempo prudente, porque sabía que era un gran riesgo. Así lo recuerdan los testigos:

«Él les ayudaba a los cristeros y de ahí vino la muerte de él. Él era de los organizadores de la ACJM en Arandas, él no era de pleito, yo creo que por eso no se fue al cerro para seguir la lucha, pero aquí en Arandas, él y otros jóvenes tenían mucho entusiasmo para apoyar con todo lo que conseguían para el movimiento. Muchas de las cosas las guardaba en un sótano que él construyó en su casa, era muy ingenioso». (Summ., Proc. G, Test. VII, p. 322, § 852).

«[...] Aquí en Arandas unos nos fuimos a la alzada, yo por ahí me la pasaba llevando y trayendo cosas, Luis y yo sí que teníamos de que se nos acusara, también otros de los amigos, nos dedicábamos a juntar comida, ropa, zapatos, cobijas, dinero y todo lo que podíamos, alguna arma y parque que salía por ahí pero que era muy difícil que nos lo dieran porque todos querían tener algo para defenderse por si se necesitaba. Luis era muy activo en todo esto, hicimos un túnel de su casa a la de su papá, ahí guardábamos las cosas y servía por si nos llegaran a agarrar había por donde salir en caso de necesidad, como hacíamos las juntas en su casa y a escondidas, teníamos que estar preparados». (Summ., Proc. G, Test. IV, p. 309, § 816).

«Aquí en Arandas muchos se fueron al cerro para defender la libertad de la religión y el ejército los perseguía por todos lados. [...] Luis se dedicaba a juntar cosas para sostener a los que andaban peleando. Casi todo el pueblo le ayudaba y él juntaba todo y lo mandaba por medio de Pancho, el panadero que también le decían "la muerte". Ellos sí sabían el riesgo que se corría al andar en esto». (Summ., Proc. G, Test. XII, p. 337, § 900).

«Hubo mucho silencio en su muerte. No se podía hacer nada más, pero lo que sí hubo fueron muchos comentarios. Era un muchacho que Dios se lo llevó porque ayudaba a la causa, no crea usted que él era de armas tomar, no, ¡qué esperanzas!, era tranquilo, él no tomó las armas, pero él sí apoyó a la causa con todo el entusiasmo que pudo». (Summ., Proc. G, Test. VI, p. 318, § 841).

«[...] Luis, el Beato, no participó con las armas, tenía algo relacionado con los cristeros que se habían alzado. Él estaba de acuerdo con ellos y como les digo que de alguna forma les ayudaba, creo que si no era el principal, si uno de ellos. Así es que yo considero que bien sabía Luis a lo que se estaba arriesgando». (Summ., Proc. G, Test. XVI, p. 356, § 955).

«[...] Yo me di cuenta de todo, supe lo de Luis y pensé se lo van a rajar. Él se arriesgó mucho y

mira lo que son las cosas, ni un tiro disparó porque él no participó en la armada y lo mataron». (Summ., Proc. G, Test. VIII, p. 325, ad 22).

«[...] Todos sabíamos que él juntaba las cosas junto con otros jóvenes y Pancho que le decían "la muerte" era el encargado de llevárselas, ya que él tenía unos burros y llevaba pan a los alrededores, así aprovechaban los burros para abastecer a los que se habían levantado. Yo creo que Luis sí sabía a lo que le estaba tirando y los demás también». (Summ., Proc. G, Test. XIII, p. 342, § 913).

En el momento de conocer la aprehensión de su hermano, el Beato tuvo tiempo de huir si así hubiera querido y válidamente lo hubiera podido hacer. Sin embargo, Luis dialogó serenamente con su padre, se bañó y se puso su mejor traje, comió y se despidió de su familia. No permitió que nadie lo acompañara y con paso firme se encaminó al cuartel para entregarse en rescate de su hermano.

«Yo creo que Luis, si hubiera querido, sí se hubiera podido escapar, tuvo todo el tiempo que quiso, pero él prefirió salvar a su hermano y defender lo que tanto él quería. Luis se comportó como todo un hombre, como un creyente de carta cabal, él llegó hasta el final gracias a la fe que tenía». (Summ., Proc. G, Test. XIV, p. 346, § 927).

«El Beato pudo haber hecho todo lo que hubiera querido, pero no, él fue el que se entregó y a la hora más o menos que se entregó lo mandaron matar». (Summ., Proc. G, Test. I, p. 293, § 775).

«El Beato tuvo toda la chance de pelarse, pero ¿cómo lo iba a hacer si se trataba de la vida de su hermano?, no tuvo tiempo para nada. El mismo general le dijo que iba a ver que tan hombrecito era cuando lo fusilaran. No tuvo tiempo de nada, ¡qué interrogatorio ni qué nada!, ya nos la tenían sentenciada y la hora se llegó». (Summ., Proc. G, Test. IV, p. 310, § 818).

«Que se pudo escapar, claro que sí, pues tuvo todo el tiempo del mundo, pero no lo hizo y se fue derecho a la muerte, a defender eso que él creía era lo correcto. Yo no le sabría decir qué fue lo que el general Z. Martínez le habrá dicho, pero no lo pudo convencer para que actuara en contra de lo que él creía». (Summ., Proc. G, Test. XIII, p. 342, § 915).

«Ni siquiera se puede decir que estuvo preso, sólo los momentos que pasó en el cuartel. Él pudo haber huido, cuando salió de la casa iba solo, pero no, él se fue a donde tenía que ir, se

entregó y salvó a su hermano. No le importó lo que le sucediera, él sabía lo que iba a hacer y lo que iba a suceder, dicen que antes de que se entregara pasó por la parroquia, entró, rezó algunas oraciones, salió y se entregó». (Summ., Proc. G, Test. III, p. 304, § 804).

«[...] A él lo mataron al poco rato de que lo tuvieron en la prisión, sí que tuvo todo el tiempo para haber huido. [...] Fue la [actitud] de un hombre de honor, de creencias fuertes». (Summ., Proc. G, Test. XI, p. 334, § 890).

«Si Luis hubiera querido se hubiera pelado. [...] Luis, el Beato, casi no estuvo preso, pues después de un pequeño interrogatorio, Z. Martínez lo mandó fusilar junto con Pancho el panadero que a él lo agarraron por una mujer que se dedicaba a vender información». (Summ., Proc. G, Test. XII, p. 338, § 902).

Es admirable la manera como Luis conservó la calma y la serenidad, se le vio seguro y firme en sus convicciones religiosas, entregó su vida por su hermano y en ningún momento titubeó ni se arrepintió de lo estaba haciendo.

«[...] Agarraron a su hermano y él se fue a entregar por él y lo fusilaron por andar ayudándoles a los cristeros a conseguir cosas para que pudieran continuar en la lucha. En ningún momento él se arrepintió de nada, hasta el último conservó la calma». (Summ., Proc. G, Test. VIII, p. 325, § 863).

«[...] Luis nunca perdió su calma y siempre se mostró tranquilo, esto como que sacaba de quicio al general. En ningún momento titubeó o se arrepintió de lo que estaba haciendo, antes todo lo contrario, como que agarraba más fuerza, en ningún momento trató de huir aunque bien lo podía haber hecho». (Summ., Proc. G, Test. XV, p. 351, § 943).

La mayoría de los testigos que declararon en el proceso diocesano son oculares y afirman que lo vieron caminar hacia la parroquia acompañado de "Pancho la muerte" y un pelotón de soldados. Una vez llegados al lugar indicado como patíbulo intentaron vendarlo, pero el Beato lo rehusó y tomando la palabra declaró su inocencia, perdonó a sus verdugos y manifestó su fe con un último grito.

«Mire usted, el día 9 de febrero como a eso de las tres de la tarde, salió Luis del cuartel, junto con Pancho y unos soldados, se los llevaron hacia la Parroquia de Ntra. Señora de Guadalupe, atravesaron el parque y se metieron al atrio. Ahí junto a la puerta pusieron a Luis,

le quisieron vendar los ojos, pero Luis no quiso. Él se dirigió a los soldados con una voz muy tranquila y les dijo: "No culpo a ninguno de ustedes, yo les prometo que cuando llegue a la presencia de Dios, seré yo quien pida por ustedes. ¡Viva Cristo Rey y Santa María de Guadalupe!". Ahí fue cuando le tiraron y su cuerpo cayó lleno de sangre». (Summ., Proc. G, Test. XIV, p. 347, § 929).

«[...] Mire, yo estaba aquí en la esquina del parque [...] y vi venir a dos hombres adelante y un grupo de soldados atrás. Pasaron junto a nosotros y yo me puse a seguirlos. Me di cuenta que era Luis, que me vio y me saludó. Él iba muy tranquilo, quien sabe qué se decía con Pancho, el panadero. Cuando llegamos casi a la entrada de la iglesia, llegó la esposa de Pancho y se le pegó al pie del sargento y le gritaba que no los matara, el sargento le dio una patada y como que Pancho quiso intervenir y de inmediato uno de los soldados le disparó y cayó ahí en las gradas. Empujaron a Luis hasta la pared de la iglesia, casi entrando a la izquierda, ahí lo querían vendar, pero Luis no quiso. No sé que fue lo que les dijo, pero desde afuera yo oí la voz del sargento y los disparos de los soldados. [...] Después hubo mucho silencio

Los dos cuerpos se quedaron ahí tirados en un charco de sangre. No sé qué me dio, pero me quedé ahí parado, vi gente pero ninguna se acercaba a ellos, ya al rato vi a Chole y a algunos de los de la familia Magaña y se lo llevaron. Yo me fui a la casa. Si no me equivoco era como en el mes de febrero de 1928. No dejó de haber comentarios de la gente, porque Luis era un muchacho bueno, pero ahí quedó, como quedaron muchos jóvenes que creían realmente en Dios y en la iglesia.». (Summ., Proc. G, Test. XVI, p. 357, § 957).

«Como a eso de las tres y treinta de la tarde salió del cuartel rumbo a la parroquia, iba él y "Pancho la muerte". A Pancho lo mataron en las gradas antes de entrar al Templo de Ntra. Señora de Guadalupe. A mi papá lo pusieron junto a la puerta principal del lado derecho, el pelotón se puso enfrente, el teniente trató de vendarle los ojos, pero mi papá le dijo que era mejor así sin vendarlo, con las manos atrás se dirigió a los soldados y lanzó el grito de triunfo de los cristeros de "¡Viva Cristo Rey!", ahí cayó el cuerpo». (Summ., Proc. G, Test. III, p. 304, § 805).

«[...] Bueno, estaba también preso el panadero que mataron en las escaleras de la iglesia. Yo después supe que el capitán le dijo que iba a ver qué tan hombrequito era, que lo iba a mandar

fusilar, y él le dijo que hiciera lo que él tenía que hacer, que él, Luis, cumplía con lo que él tenía que hacer». (Summ., Proc. G, Test. XVII, p. 362, § 970).

«[...] El general le dijo que estaba muy joven para matarlo, pero que lo iba a matar. Luis sólo escuchaba al general, creo que le dio las gracias por haber soltado a su hermano. Después dio la orden de que se lo llevaran a fusilar, se lo trajeron por el jardín junto con el panadero, a él lo mataron en las gradas y a Luis lo metieron ahí junto a la puerta en una de las columnas, antes de que se lo echaran él gritó: "¡Viva Cristo Rey!", ahí cayó y ahí quedó». (Summ., Proc. G, Test. II, p. 298, § 791; ver también: Proc. G, Test. VI, p. 318, § 841; Proc. G, Test. X, p. 330, § 879).

Sólo nos resta aclarar que es muy comprensible la discordancia de los testigos en lo que se refiere al nombre del hermano de Luis que el Gral. Martínez tomó como rehén, nueve testigos mencionan a Delfino, tres testigos a José Soledad, cuatro testigos no dan ningún nombre y un testigo menciona los dos nombres en distintas partes de su declaración. Es de suponerse que una vez liberado Delfino, los dos estuvieron por ahí cerca preocupados y viendo lo que pudiera suceder con su hermano Luis. En todo caso debemos recordar que los testigos están declarando sucesos ocurridos hace sesenta y seis años y es de admirar la frescura con que retienen en su memoria la personalidad de Luis y su actitud de entrega por su hermano.

Por lo demás, todos los testimonios convergen y se complementan muy bien en lo esencial y de ellos emerge una realidad concreta y clara: la vida de Luis Magaña Servín fue sacrificada por odio a la fe.

4. FAMA DE MARTIRIO DEL BEATO LUIS MAGAÑA SERVÍN.

En vida el Beato fue sumamente estimado y apreciado por todas las personas que de alguna forma entraron en contacto con él. Los testigos declaran por unanimidad que siempre se tuvo de Luis Magaña una opinión muy favorable por su coherencia de vida cristiana.

«[...] Beato era muy respetado, muy de la iglesia, apoyaba mucho a los movimientos esos de la ACJM, a la Adoración Nocturna. Se le quería mucho en el pueblo». (Summ., Proc. G, Test. II, p. 300, ad 42).

«[...] La opinión que tenían de Beato es que era un buen muchacho, educado, activo en las cosas de la iglesia, trabajador, responsable». (Summ., Proc. G, Test. VI, p. 319, § 845; ver también: Proc. G, Test. X, p. 331, § 883).

«[...] La opinión de la gente es que era un muchacho alegre, entusiasta, buen creyente, buen marido y buen padre, caritativo. Tenía muchos buenos amigos, muy trabajador de los de a de veras, buen creyente en todo lo de la iglesia». (Summ., Proc. G, Test. XVII, p. 364, § 975).

«El Beato era un muchacho muy bueno con todas las personas, con su mujer ni se diga, con sus padres, también con sus hermanos, en fin aquí nunca se habló mal de él». (Summ., Proc. G, Test. XIII, p. 344, § 920).

Además, es importante hacer notar que toda esta fama del Beato tenía como fundamento la práctica de las virtudes vividas día a día. Así lo aseguran los testigos en sus declaraciones:

«Lo heroico lo juntó hasta su muerte. Yo creo que nadie puede cosechar lo que nunca sembró, su cosecha fue abundante porque así mismo fue lo de su vida». (Summ., Proc. G, Test. XI, p. 335, ad 41).

«Sí, él vivió y practicó todas las virtudes, yo creo que por su bondad y su forma de tratar a los demás es por lo que nos acordamos de él». (Summ., Proc. G, Test. IV, p. 312, § 823).

«Yo creo que sí, él ha de haber practicado todas las virtudes juntas. Era gente decente, buena, sin maldad en su corazón, trabajadora y honesta». (Summ., Proc. G, Test. VIII, p. 326, ad 41).

«[...] Fue un hombre muy equilibrado, alegre, muy constante en sus creencias y mostró mucha voluntad y mucha fe por la cual él entregó hasta su propia vida». (Summ., Proc. G, Test. XVI, p. 358, § 961).

«[...] Era un hombre de mucho valor, de mucha fortaleza, un hombre de fe, un cristiano completo, ejemplar como esposo y como padre, tranquilo, no de pleito, un hombre bueno». (Summ., Proc. G, Test. XII, p. 339, § 907; ver también: Proc. G, Test. VII, p. 323, § 858; Proc. G, Test. IX, p. 329, § 874; Proc. G, Test. III, p. 306, ad 42; Proc. G, Test. V, p. 316, ad 41; Proc. G, Test. XIV, p. 348, § 933).

«Yo creo que las virtudes no pueden darse por separado, generalmente unas jalan a las otras, así yo creo que Luis vino viviendo todas las virtudes juntas». (Summ., Proc. G, Test. XV, p. 353, § 949).

Toda esa fama del Beato tuvo su plena confirmación en el momento de su trágica muerte. No

fue posible celebrar exequias por la gran represión que había en esos días y el temor general del pueblo, pero durante la noche con discreción la gente se fue acercando en grupos pequeños a la casa de la familia Magaña Servín, convertida en capilla ardiente, para tributar reconocimiento y veneración a Luis.

«[...] Algunas personas se iban turnando para hacerle algunos rezos. No se podía juntar mucha gente porque de inmediato aparecían los soldados. Mi tía Conchita desde su muerte nos dijo que había muerto un verdadero santo. Él supo dar su vida por su hermano y por la causa de Dios». (Summ., Proc. G, Test. XIV, p. 347, ad 28; ver también: Proc. G, Test. XVI, p. 358, ad 43).

«No pues, en aquellos tiempos la gente tenía mucho miedo, se lo llevaron para su casa y después al panteón, pero no fue mucha gente, ni siquiera el señor cura, no, pues lo mataban luego luego». (Summ., Proc. G, Test. II, p. 300, ad 43; ver también: Proc. G, Test. V, p. 314, ad 28; Proc. G, Test. XI, p. 334, ad 28).

-«No hubo una gran ceremonia, se le veló ahí en su casa, sí fue gente pero no mucha, no porque no quisiera la gente, sino porque no dejaban». (Summ., Proc. G, Test. XVII, p. 363, ad 28).

A partir del momento de su muerte, el Beato fue de inmediato reconocido por todo el pueblo como un nuevo mártir de la fe, así lo recuerdan los testigos:

«Desde el momento de su muerte todos supimos que había un nuevo mártir nacido en nuestras tierras, el mismo señor cura se encargó de proclamarlo así en las funciones clandestinas que había, de inmediato todo el pueblo se dio cuenta del fusilamiento». (Summ., Proc. G, Test. I, p. 294, § 778).

«[...] Todos de inmediato reconocimos al Beato como un mártir más de la causa de Dios. Viera usted como nos dolió su muerte». (Summ., Proc. G, Test. IV, p. 334, § 819; ver también: Proc. G, Test. XIV, p. 348, § 934; Proc. G, Test. VII, p. 323, § 859).

«Sentimos mucho su muerte, pero desde el primer día en que lo fusilaron yo lo consideré un mártir de Cristo». (Summ., Proc. G, Test. XII, p. 339, § 908).

«Desde el merito momento que se lo echaron para todos fue un santo, muchos en Arandas le tienen devoción. Por ahí anduvieron algunas de sus cosas, pero ya las recogieron para eso de que lo quieren, pues, reconocer como lo que fue». (Summ., Proc. G, Test. XVII, p. 364, § 976).

Una manifestación clara de la fama de martirio es que inmediatamente muchas personas pidieron reliquias. La madre del Beato guardó su camisa ensangrentada y fue cortando pequeños pedacitos de las mangas para repartirlos entre los solicitantes. Esta camisa sin mangas se puede apreciar en el seminario de los Misioneros Xaverianos, donde descansan en la actualidad los restos del Beato

«Todos lo sintieron mucho. No podía haber ninguna reacción por la fuerte represión que había del ejército. Muchas de las gentes que fueron a la casa para rezarle pedían algún recuerdo de Luis, de hecho la camisa con que lo mataron quedó sin mangas porque cortaban pedacitos y se los llevaban». (Summ., Proc. G, Test. XIV, p. 348, § 934).

«[...] Sus familiares guardaron su camisa con sangre que después muchas de las gentes pedían un pedacito como reliquia». (Summ., Proc. G, Test. I, p. 294, § 778).

«Sí, la misma camisa que había quedado llena de sangre, se quedó con mi abuela, de ella fueron desprendiendo pedacitos de las mangas sobre todo y se fueron repartieron entre las gentes que le tenían devoción. Ahí se puede ver en el seminario de los Padres Xaverianos, ahí está en una urna con un vidrio transparente, está la blusa y otras cosas más que son las reliquias que le quedan». (Summ., Proc. G, Test. III, p. 306, § 810).

«[...] Mucha gente ha pedido alguna reliquia de él». (Summ., Proc. G, Test. XII, p. 339, § 908).

La muerte del Beato siempre ha sido apreciada como martirio y con el paso del tiempo su fama se ha ido consolidando cada vez más.

La gente acudía al panteón a visitar su tumba y en el lugar donde fue fusilado se colocó una pequeña cruz y mucha gente tiene la devoción de tocarla y persignarse en memoria del Beato.

«Sí, todos lo consideramos un mártir y por ser de aquí, pues más lo sentimos.. Él murió por nuestra fe para que un día tuviéramos y gozáramos de esa libertad religiosa. Aquí en varias ocasiones los señores curas lo recordaban en sus homilías, junto a todos los que participaron y murieron por Cristo en esta zona de Los Altos». (Summ., Proc. G, Test. XIII, p. 344, § 921).

«Sí, eso es muy natural, las gentes reaccionan luego luego ante estos acontecimientos, todos consideramos al Beato un mártir de una gene-

rosidad estupenda ya que dio su vida por su hermano y por su religión, hubo gentes que lo visitaban en el panteón». (Summ., Proc. G, Test. I, p. 295, § 782).

«Sí que lo queremos como un defensor de la religión y de la libertad de culto, como un mártir y como un santo, aunque todavía no lo hagan, la gente lo quiere mucho, va a rezarle con mucha frecuencia». (Summ., Proc. G, Test. IV, p. 312, § 824).

«La gente visitaba al Beato en el panteón». (Summ., Proc. G, Test. V, p. 316, § 835).

«Sí, mire usted, ahí abajo en la columna hay un pequeño crucifijo metido en la pared, ahí lo puso su padre y el señor cura y nomás le digo que cuando reformaron la fachada no lo quitaron por respeto a la gente, hay quienes lo tocan y se persignan. Hay mucha gente que lo busca y le tiene fe». (Summ., Proc. G, Test. II, p. 301, § 796).

En el año de 1980 los restos mortales del Beato fueron trasladados de manera triunfal del panteón a la capilla del seminario de los Misioneros Xaverianos en medio del júbilo de todo el pueblo. Veamos algunos testimonios:

«Yo fui con el P. Bruno de los Padres Xaverianos al panteón y sacamos sus restos, junto con familiares, amigos y gente que nos acompañó. De ahí nos fuimos todos y lo llevamos a la capilla de los Padres Misioneros Xaverianos, aquí mismo en Arandas, y ahí están sirviendo de modelo a tantos muchachos que quieren seguir sus huellas». (Summ., Proc. G, Test. XV, p. 352, § 945).

«Bueno, al principio no porque no se podía, pero el veinte de noviembre de 1980 sí que fue algo apoteósico. El P. Bruno de los Xaverianos fue el que lo sacó. Con cal y con un líquido especial trataron sus huesos y los pusieron en una urna, después los pasaron al seminario junto con los hermanos Huerta. Fue algo de veras muy grande y lleno de veneración, la gente se veía con un respeto y una devoción que hacía encharcar la piel y más saber que él había sido mi padre». (Summ., Proc. G, Test. III, p. 306, § 809).

«El día que lo sacaron fue mucha gente, hubo misa de muchos padres y la iglesia se llenó, desde entonces no ha dejado de ir gente al seminario para hacerle sus visitas». (Summ., Proc. G, Test. IV, p. 312, § 824).

«[...] En el 80 (1980) lo sacamos y lo dejamos en el seminario, viera usted qué gentío fue y ahí está pues para que lo reconozcan y vayan a pedirle los favores que necesitan las gentes». (Summ., Proc. G, Test. V, pp. 314-315, ad 28).

Esta fama del Beato ha aumentado notablemente y se ha propagado por muchos lugares, incluso del extranjero. Actualmente es mucha la gente que acude a visitar su tumba para solicitar su intercesión en los momentos de especial necesidad o prueba y tienen una fe y una confianza absoluta afirmando que si en vida los ayudaba tanto, ahora que está con Dios con mayor razón atenderá sus peticiones.

«[...] Le rezan, le tienen fe de que él los va a ayudar, imagínese si nos ayudaba cuando estaba vivo, que no lo vaya a hacer ahora que está muerto y allá con Dios. Sí le tenemos mucha devoción». (Summ., Proc. G, Test. II, p. 301, § 796).

«Van a la iglesia y le rezan, ¿quién más que él para ayudar a los que más necesitan? Si lo hizo estando en vida, ahora imagínese estando allá con Dios en los cielos». (Summ., Proc. G, Test. XI, p. 335, § 896).

«Sí, sí van a visitarlo y le tienen fe, pues es de aquí, él conoció bien el lugar, él nos puede ayudar». (Summ., Proc. G, Test. VI, p. 319, § 846).

«Sí, desde que lo trajeron aquí al seminario de los Padres Xaverianos acude más y más gente a visitarlo. Las gentes se dan cada día más cuenta de lo que fue Luis». (Summ., Proc. G, Test. XIII, p. 344, § 921).

«[...] La gente va al seminario que es donde está y ahí van a hacer sus peregrinaciones y a pedir por sus necesidades». (Summ., Proc. G, Test. VIII, p. 326, § 867).

«Sí, mucha gente va al seminario para rezarle y pedirle algún favor. Los domingos es cuando más acude la gente a la capilla de los Padres Xaverianos». (Summ., Proc. G, Test. XIV, p. 348, § 934).

«Aquí lo tenemos al Beato y aquí lo visitamos en el seminario. Ahí todos nos encomendamos a él. Lo visita bastante gente, hay también otros que los mataron en Guadalajara y aquí se los trajeron, también a ellos vienen desde Guadalajara y hasta de los Estados Unidos para pedir, pues, algún favor». (Summ., Proc. G, Test. XVII, p. 364, § 976).

«Sí ha habido muchas manifestaciones, desde la sacada del panteón han venido desde el obispo, hasta muchos sacerdotes, seminaristas y gente no se diga, de todas las partes de donde usted no se imagina. Sí, entre más se da a conocer su figura, más la gente se acerca a él. Los domingos va mucha gente a la misa allá al seminario. Una vez al año viene mucha gente de Guadalajara y de otras partes, es una verda-

dera romería». (Summ., Proc. G, Test. XVI, p. 359, § 962).

Todo este movimiento de fe se ha visto reforzado por el testimonio de las personas que han sido favorecidas en sus peticiones por la eficaz intercesión del Beato y como constancia y gratitud dejan sus exvotos junto a su tumba.

«[...] A veces cuando hace algún milagro le cuelgan una figurita, según fue el milagro y Luis ya tiene varios colgados por ahí. Vaya a verlo para que por sus propios ojos lo vea usted mismo». (Summ., Proc. G, Test. II, p. 301, § 796).

«[...] yo sí creo que toda la gente que va a visitarlo al seminario a más de alguna le ha de ayudar, porque de otra forma nadie iba a pedirle gracias. Aquí se acostumbra el colgarle algún milagrito con figuritas y ahí hay ya varios». (Summ., Proc. G, Test. XVI, p. 359, § 962).

«[...] Las gentes van más y más a la capilla de los padres del seminario Xaveriano. Ahí hay milagros que aparecen ya colgados». (Summ., Proc. G, Test. III, p. 306, § 810).

«Mucha gente asiste cada vez más y más al seminario Xaveriano donde están sus restos junto con otros dos mártires de Guadalajara. Aquí en el asilo de ancianos seguido nos hace pequeños favores». (Summ., Proc. G, Test. XII, p. 339, § 908).

«Se ha oído mucho que Luis era bueno para los milagros». (Summ., Proc. G, Test. IX, p. 329, ad 45).

«Sí hay gente que se encomienda mucho a él. Desde el principio la gente se ha encomendado a él. Cuando nos reunimos en la capilla de los Padres Xaverianos asiste mucha gente que le tiene devoción, también asisten varios sacerdotes y han venido hasta los obispos. Sí, mucha de la gente que viene, viene desde muy lejos, algunos de ellos se dejan venir de los Estados Unidos sólo para dar gracias y de muchas otras partes de la República. Ahí dejan sus milagritos». (Summ., Proc. G, Test. XV, p. 353, § 950).

«Una sobrina mía estaba desahuciada y ya la habían dejado de atender, había todas las posibilidades de que ella y su bebé murieran en el parto, hay médicos que atestiguan el hecho. Ella se encomendó a su tío Luis». (Summ., Proc. G, Test. III, p. 306, § 810).

Por su vida recta y honesta, su fe a toda prueba y su caridad sin límites, Luis Magaña Servín vivió siempre buscando la mejor manera de agradar a Dios, por eso es considerado por el pueblo como

modelo y ejemplo para todos los jóvenes.

«Desde el principio fue un verdadero mártir, Luis es y será un ejemplo para tantos padres de familia, es un orgullo para toda la población de Arandas, para tantas gentes que lo querían y ahora lo recuerdan y se encomiendan a él». (Summ., Proc. G, Test. VI, p. 319, § 846).

«[...] Desde su muerte lo hemos considerado un verdadero mártir, un modelo para todos los muchachos [...] y un premio de Dios para los que anduvimos en el movimiento cristero». (Summ., Proc. G, Test. XV, p. 352, § 944).

«Sí, los Padres Xaverianos le tenían mucha fe al Beato y lo escogieron entre todos los mártires para que él sea modelo a seguir para todos los seminaristas que se van a las misiones». (Summ., Proc. G, Test. XII, p. 339, § 908).

No cabe duda de que el testimonio más elocuente fue el que dio el mismo Gral. Miguel Zenón Martínez pocos días después de haber ordenado la muerte del Beato Luis Magaña Servín:

«[...] El mismo general Martínez comentó después en la peluquería de don Eduardo que: "Con esa clase de muchachos yo cambiaría a todo México"». (Summ., Proc. G, Test. XVII, p. 363, § 971).

* * * * *

FUNDAMENTO DE LA FAMA DE MARTIRIO DEL BEATO LUIS MAGAÑA SERVÍN.

No hay duda de que la única clave de comprensión de la gloriosa *passio* de Luis, reside en la entrega de la propia vida por amor a Jesucristo y a su evangelio. "Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos" Jn. 15, 13.

No es el caso aquí repetir la historia, sólo destacaremos algunos puntos que autentifican y confirman la gracia de su martirio.

1. Muerte violenta.

Al no lograr la captura de Luis, el Gobierno había tomado prisionero a uno de sus hermanos. (Summ., Proc. G, Test. II, p. 295, § 790; Proc. G, Test. IV, p. 310, § 817; Proc. G, Test. III, pp. 303-304, § 803). Eran las tres de la tarde del 9 de febrero de 1928 cuando Luis se entregó a cambio de su hermano e inmediatamente la condena capital le fue dictada por el Gral. Miguel Zenón Martínez.

«[...] Él se presentó y con sus propias palabras le dijo al general que él era Luis Magaña, a quien andaba buscando. Le pidió que soltara libre a su hermano Delfino y así sucedió. De inmediato le dijo que si era muy valiente para entregarse él iba a ver qué tanto lo era ante la muerte y de inmediato lo mandó fusilar». (Summ., Proc. G, Test. III, pp. 303-304, § 803; ver también: Proc. G, Test. IV, 310, § 819).

«[...] Entraron al atrio de la parroquia. Ahí pusieron a Luis a la entrada de la iglesia del lado izquierdo, entrando de frente, el pelotón de soldados se colocó acá junto a la pared del atrio que da a la calle. A Luis lo quisieron vendar pero no quiso. [...] Oí la detonación y vi como quedó el cuerpo de Luis ahí tirado al pie de la fachada de la parroquia». (Summ., Proc. G, Test. XI, p. 334, § 891; ver también: Proc. G, Test. XVII, 363, § 971; Proc. G, Test. I, pp. 293-294, § 776; Proc. G, Test. XIII, p. 342, § 916).

En el acta de defunción al indicar la causa de su muerte se asienta lacónicamente que:

«falleció de traumatismo de arma de fuego». (Cf. Summ., documentos personales, 33 p. 503).

2. Testimonio de fe por parte del mártir.

Son muchos los testigos oculares de este asesinato y todos son unánimes al declarar que Luis murió gritando: ¡Viva Cristo Rey y Santa María de Guadalupe! Como un acto de fe y entrega en las manos de Dios Padre.

«[...] Sólo oímos que Luis decía a grito pelón: "¡Yo no soy nada de lo que ustedes me acusan, pero si por creer en Dios me matan, sí por eso sí". Les dijo a los soldados que los perdonaba y que iba a pedir a Dios allá en el cielo por ellos y alcanzó a gritar el "¡Viva Cristo Rey y Santa María de Guadalupe!". (Summ., Proc. G, Test. XVII, p. 363, § 971).

3. Odio a la fe por parte del perseguidor.

Todo indica que ejecutaron al Beato exclusivamente para dar una lección al pueblo de Arandas y así dejara de prestar su eficaz ayuda a los cristeros. El Gral. Miguel Zenón Martínez eligió al que consideró líder máximo de ese

ministerio y quiso así cortar de raíz con esa coordinación.

«[...] Aquí llegó un general Z. Martínez, un hombre, viera usted, yo creo que traía el mismo diablo por dentro, arrebatava contra todo lo que le olía a religión». (Summ., Proc. G, Test. IV, p. 309, § 816).

«[...] A Z. Martínez se le hizo muy importante toda la actividad que Luis hacía y optó por matar a Luis creyendo que con eso les cortaba una fuente de abastecimiento a los cristeros que estaban armados». (Summ., Proc. G, Test. XV, p. 351, § 943; ver también: Proc. G, Test. I, p. 294, § 777; Proc. G, Test. IX, p. 328, § 872; Proc. G, Test. XI, p. 335, § 892; Proc. G, Test. VI, p. 318, § 840; Proc. G, Test. XII, p. 338, § 902).

4. Manifestación pública de fe y amor a Dios, aceptación del martirio.

Luis sabía el riesgo que corría por ser coherente con su fe, él era el brazo derecho del párroco, miembro activo de la ACJM y de la Adoración Nocturna. Líder juvenil, siempre dinámico cuando se trataba de ayudar a alguien. (Cf. Summ., Proc. G, Test. VII, p. 322, § 852; Proc. G, Test. IV, p. 309, § 816; Proc. G, Test. XII, p. 337, § 900; Proc. G, Test. VI, p. 318, § 841; Proc. G, Test. XVI, p. 356, § 955; Proc. G, Test. VIII, p. 325, ad 22; Proc. G, Test. XIII, p. 342, § 913).

Seguro y firme en sus convicciones religiosas, entregó su vida a cambio de la de su hermano y en ningún momento titubeó ni se arrepintió de lo estaba haciendo. (Summ., Proc. G, Test. VIII, p. 325, § 863; ver también: Proc. G, Test. XV, p. 351, § 943).

Caminó con paso tranquilo hacía el patíbulo y murió sin oponer resistencia, perdonando a sus verdugos.

«[...] Ahí junto a la puerta pusieron a Luis, le quisieron vendar los ojos, pero Luis no quiso. Él se dirigió a los soldados con una voz muy tranquila y les dijo: "No culpo a ninguno de ustedes, yo les prometo que cuando llegue a la presencia de Dios, seré yo quien pida por ustedes. ¡Viva Cristo Rey y Santa María de Guadalupe!". Ahí fue cuando le tiraron y su cuerpo cayó lleno de sangre». (Summ., Proc. G, Test. XIV, p. 347, § 929).

El Beato siempre estuvo dispuesto a pasar lo que fuera por defender su fe y esa disposición la sostuvo hasta el último momento.



2. BEATO MIGUEL GÓMEZ LOZA, Laico

1. CRONOLOGÍA Y RASGOS BIOGRÁFICOS DEL BEATO

a) Breve cronología de los acontecimientos principales de su vida.

11.VIII.1888 Nació en Paredones, hoy El Refugio, en la región de Los Altos de Jalisco.

29.IX.1888 Fue bautizado en Acatic, Jalisco.

III.1890 Muerte de su padre en Tepatitlán, Jalisco.

1896 Ingresó su hermano Elías al seminario en Guadalajara.

1913 Se trasladó a Guadalajara para iniciar sus estudios de abogado.

Ya en Guadalajara, se integró al grupo estudiantil *la gironda*.

Fue admitido como miembro de la Congregación Mariana del Santuario de San José.

Representó a la delegación de El Refugio en la convención regional del Partido Católico celebrada en Guadalajara.

1914 Se inscribió en la Universidad Morelos. Fundó la sociedad de Propaganda de la Buena Prensa. Asesorado por el P. José Toral Moreno fundó el círculo de estudios para obreros "*León XIII*" y la sociedad "*Editora el obrero*".

1916 Al terminar la preparatoria se inscribió en la Escuela Católica de Derecho, posteriormente Escuela Libre de Leyes.

14.VII.1916 Fue socio fundador de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana, en cuyo seno fundó y presidió, poco después, el círculo obrero "*Gabriel García Moreno*",

del que surgió la publicación mensual "*El Cruzado*".

1917 Fundó los círculos obreros "*José de Jesús Ortiz*" para jóvenes; "*Niños Héroes*" para aprendices de artesanos y "*Don Bosco*" para tipógrafos. Promovió la *Sociedad Mutualista Obrera*.

Al disolverse *la gironda*, se estableció con su madre en el barrio del Santuario.

1918 Año marcado por las labores de defensa del Prelado de Guadalajara y por las actividades del boicot puesto en marcha en el mes de julio.

1919 Fue elegido presidente de la sociedad cooperativa de consumo "*La Popular*".

IV.1919 Participó activamente en la organización del Congreso Regional Católico Obrero realizado en Guadalajara. Al término del cual se le confió una diputación.

1920 Fundó el círculo "*Trinidad Sánchez Santos*" dentro de la ACJM y coordinó la reimpresión de "*La cuestión religiosa en México*", aumentada con el apéndice "*La cuestión religiosa en Jalisco*" de Anacleto González

Flores.

I.V.1921 Retiró la bandera rojinegra colocada en el asta de la catedral tapatía y la hizo pedazos en presencia de sus adversarios.

VII.1921 Contendió como candidato independiente a uno de los puestos de elección popular, pero su contrincante José Guadalupe Zuno recurrió a la fuerza para arrebatarse los votos.

26.III.1922 Encuentro entre católicos y socialistas en el atrio del templo de San Francisco de Asís.

23.IV.1922 Primer Congreso Nacional Católico



Obrero en Guadalajara, bajo la dirección del Beato, participando 800 delegados de todo el país. De este congreso resultó la Confederación Nacional Católica del Trabajo de la que el Beato fue nombrado diputado.

- 24.VI.1922 Presentó su examen final en la Escuela de Jurisprudencia del Estado, obteniendo la aprobación de los jueces sinodales.
- 2.XII.1922 Contrajo nupcias con la señorita María Guadalupe Sánchez Barragán en el oratorio de la ACJM; los nuevos esposos se trasladaron a Arandas, Jalisco.
- 11.I.1923 Asistió a la bendición de la primera piedra del monumento a Cristo Rey en el Cerro del Cubilete, Guanajuato.
- 1.III.1923 José Guadalupe Zuno fue nombrado gobernador del Estado de Jalisco, por lo que fue imposible la obtención del título profesional solicitado por el Beato, además el alcalde de Arandas, Manuel B. Ascencio, enemigo acérrimo de la labor social promovida por el Beato, lo expulsó bajo amenaza de muerte de ese municipio sin mediar ninguna orden judicial.
- Se refugió por espacio de tres meses en Jalpa de Cánovas, Guanajuato, retornando luego a Guadalajara.
- Ingresó como miembro activo de la Adoración Nocturna del Santísimo Sacramento.
- 16.IX.1923 Nacimiento de su hija María de Jesús
- 1925 Miembro directivo de la *Unión Popular*.
- V.1925 La Santa Sede le otorgó la cruz *Pro Ecclesia et Pontífice*.
- 25.VII.1925 Nacimiento de su hija María Guadalupe.
- 23.II.1926 El Gobierno clausuró el centro de la ACJM de Guadalajara, encarcelando, entre otros, al Beato
- 1.IV.1926 Fue puesto en libertad y en la misma puerta de la prisión fue capturado de nuevo.
- VII.1926 Como tesorero de la *Unión*, en su calidad de autoridad moral entre los católicos,

cumplió con rigurosa exactitud las medidas adoptadas por el boicot económico.

- 1.XI.1926 Nacimiento de su hija María del Rosario.
- 20.XII.1926 Muerte de su hermano sacerdote, Elías, en El Refugio, Jalisco.
- Anacleto González Flores accedió, como mal menor, a retirar la prohibición de tomar las armas que pesaba sobre los socios de la *Unión Popular* y Gómez Loza fue nombrado jefe civil de la zona de Los Altos.
- 5.I.1927 Salió de Guadalajara rumbo a El Refugio.
- Recibió la pequeña imprenta de "*Gladium*", cuya edición y entrega corrió desde entonces por su cuenta.
- Se estableció en dos campamentos, uno en Cerro Gordo y otro en Picachos, perteneciente al municipio de Tepatlán.
- 1.IV.1927 A la muerte del Beato Anacleto González Flores se le confirió el cargo de gobernador provisional de Jalisco para los municipios adeptos a dicha resistencia.
- VI.1927 Se estableció en Presa de López, municipio de Arandas.
- VIII 1927 Recibió la visita de su familia en Los Salados, Guanajuato.
- 3.IX.1927 Se le confirió la administración conjunta de la parte occidental del Estado de Guanajuato.
- X.1927 Organizó entre los cristeros la celebración solemne de la fiesta de Cristo Rey.
- Trasladó su lugar de residencia a Palmitos, perteneciente a San Julián, Jalisco.
- 21.III.1928 Empezó un viaje rumbo a Guadalajara.
- Fue sitiada la finca donde se detuvo a descansar. Fue capturado, golpeado, arrastrado por un caballo y rematado a tiros por la espalda.
- Su cadáver fue conducido primeramente a Atotonilco donde fue embalsamado y al día siguiente a Guadalajara.

23.III.1928 El pueblo católico lo interpretó como triunfo y asistió en masa a honrarlo, tocando con veneración sus restos.

24.III.1928 A su sepelio, verificado en el panteón de Mezquitán, acudió una muchedumbre ingente.

1.IV.1947 Sus restos fueron trasladados al Santuario de Ntra. Señora de Guadalupe en Guadalajara.

b) Rasgos biográficos del Beato Miguel Gómez Loza.

Nacimiento y ambiente familiar (1888). Nació en Paredones, hoy El Refugio, pequeña población perteneciente a la región de Los Altos de Jalisco, en la parte occidental de la República Mexicana, el 11 de agosto de 1888 y fue bautizado el 29 de septiembre del mismo año en la parroquia de San Juan Bautista, en Acatic, (972 Cabecera del municipio del mismo nombre, situado al Este de la capital de Jalisco, colinda con Ixtlahuacán, Cuquío, Tepatitlán y Zapotlanejo. Es zona agrícola, avícola y ganadera. Su clima es templado). por el Pbro. Antonio Navarro, recibiendo el nombre de *Miguel*, (Cf. Summ., documentos personales, 35 p. 504). fueron sus padrinos: Loreto Padilla y Refugio Cervantes.

Los padres del Beato fueron Petronilo Loza Cortés y Victoriana Gómez Gutiérrez, quienes contrajeron matrimonio el 25 de octubre de 1880 en la iglesia parroquial de San Miguel el Alto. (974 San Miguel el Alto, pequeña población de canteras rosadas situada al noreste de la ciudad capital de Jalisco en la región de Los Altos). Sus abuelos fueron: Emiliano Loza y Juana Cortés, Nabor Gómez y Albina Gutiérrez.

La familia Loza, como la mayor parte de las familias de Paredones, se dedicaba a la agricultura y había logrado reunir un modesto pero sólido patrimonio a base de su trabajo honrado y perseverante. Petronilo era un hombre austero, bondadoso y servicial, prudente y muy apreciado por todo el pueblo. Poseía un rancho denominado "El palo solo", cerca de Acatic. (Cf. Summ., Proc. H, Test. I, p. 365, § 978; Proc. H, Test. II, p. 376, § 1006). Victoriana era oriunda de San Miguel el Alto, tenía un carácter fuerte y seguro en el obrar, era generosa y servicial, observadora y abnegada, poseía un innato espíritu de piedad.

Los esposos Loza Gómez fueron el brazo derecho del sacerdote en todas las actividades sociales y religiosas de la vicaría. Su ambiente familiar era de profundas convicciones cristianas. (Cf. Summ., Proc. H, Test. III, p. 384, § 1027; Proc. H, Test. Y, p. 394, ad 11). Engendraron cinco hijos: Natividad y Concepción, ambas fallecidas en tierna edad, Elías (abril de 1884) quien llegó a ser sacerdote, Trinidad (octubre de 1885) fallecido aproximadamente a los dos años de edad y Miguel.

A principios de 1890 la salud de su padre se vio gravemente afectada por las constantes dificultades habidas desde épocas remotas con el influente terrateniente dueño del rancho que circundaba casi en su totalidad a "El palo solo", quizá con la intención de orillararlo a una obligada venta. La cirrosis hepática no se hizo esperar y al ver agotados los recursos de la farmacopea casera, doña Victoriana decidió trasladarse con su esposo a Tepatitlán en busca de un médico, pero estando ahí a los pocos días Petronilo falleció cristianamente. Miguel tenía diecinueve meses de edad. (Cf. Summ., Proc. H, Test. I, p. 366, § 979).

A partir de ese momento con mano firme y hábil, la madre se hizo cargo del hogar. A ella profesaron Miguel y su hermano verdadero cariño filial, a tal grado que tras el ingreso de Elías al Seminario Conciliar de Guadalajara, decidieron los hermanos invertir sus apellidos de Loza Gómez en Gómez Loza, como homenaje y reconocimiento a la autora de sus días.

Infancia y adolescencia. La infancia del Beato transcurrió en Paredones. Doña Victoriana se esmeró en dar una buena educación a sus dos hijos. Miguel asistió a la escuela parroquial y al catecismo, donde recibió las primeras nociones de historia sagrada, manifestando una precoz inclinación a la piedad. No tardó en ser conocido entre sus vecinos por su diligencia y solicitud, por su amor a la Eucarística, su devoción mariana y su apego a la religión. Fue acólito, sacristán y, en cuanto pudo, catequista. Así lo afirman los testigos en su declaración:

«Miguel era obediente con su mamá y quería ayudar a todos. Asistió al catecismo y llegó a ser catequista. Durante su niñez comulgaba con

frecuencia y llevaba a sus amigos a la iglesia». (Summ., Proc. H, Test. IV, p. 391, § 1044).

«[...] Frecuentó la escuela parroquial, era de un comportamiento dócil a su mamá y a los educadores. Una de las cosas más especiales fue que desde pequeño ya enseñaba a otros niños el catecismo, no sólo asistía a las sesiones de catecismo, sino que le gustaba enseñar lo aprendido y ya era catequista». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 366, § 978).

Entraba en el plan de formación el aprovechamiento del tiempo, aunque adaptado a las distintas edades de los dos niños. Muy temprano en la mañana los dos acompañaban al mayordomo al rancho y regresaban con el mozo que traía la leche de la ordeña, visitaban el templo, luego desayunaban en su casa y se iban a la escuela. Poco a poco Elías pudo desempeñar algunas órdenes que recibía de su madre, mientras Miguel le servía de compañía. La influencia de la madre fue decisiva, ya que ella suplió con energía asombrosa la falta del padre.

Miguel se distinguió por su temperamento apasionado y decidido, afable y bondadoso, optimista y alegre, era de gran sencillez, templanza y rectitud, íntegro en todas sus acciones y amante de la verdad, con un gran don de liderazgo y siempre dispuesto a la acción inmediata. Desde muy joven manifestó un deseo muy grande de superación.

Una vez que Elías terminó su instrucción elemental superior en la escuela parroquial, comunicó a su madre su deseo de ingresar al seminario, quien le dio un año para madurar su intención. Cumplido el plazo, Elías partió al seminario y Miguel ingresó al primer curso de elemental superior. A él correspondió aligerar en lo posible la pesada carga de su madre, sobre todo procurando ahorrarle cualquier contacto directo con el molesto vecino.

Por ese tiempo, Miguel logró adquirir con sus ahorros, un estereoscopio modesto con un buen surtido de pasajes bíblicos y hacía recorridos por la comarca entreteniéndolo y catequizando a sus oyentes. (Summ., Proc. H, Test. II, p. 376, § 1007).

Juventud en Paredones. En uno de esos cambios políticos motivados por la inestabilidad rei-

nante y en consonancia con la racha de jacobinismo que asolaba al país, llegó un nuevo funcionario municipal a Paredones, cuya primera iniciativa fue establecer la escuela laica. En vano trató Miguel de gestionar la suspensión del atropello, ya que eran órdenes del Gobierno del Estado y debían cumplirse. Lo original del caso fue que, para establecer la escuela, un vecino cedió el mejor cuarto de su casa que daba a la calle, pero al desocuparlo sintió remordimiento de descolgar la imagen de Ntra. Señora de Guadalupe que siempre había estado en ese lugar. Al llegar los maestros colgaron, unos centímetros arriba de la imagen de la Virgen, un cromo a colores con el busto del Lic. Benito Juárez, padre del liberalismo, queriendo darle así carácter de salón de clases. Después de haber hecho intensa propaganda entre sus vecinos para que evitaran la inscripción de sus niños, quiso Miguel dar un rápido vistazo para hacer el recuento de los asistentes, estaba en ello, cuando tropezaron sus ojos con los dos cuadros. Indignado, esperó la hora oportuna y arrancó de la pared el cuadro de Juárez, lo amarró a la cola de su caballo y lo hizo correr. De más está decir que recibió la reprimenda del comisario, pero también la felicitación de su madre y del vicario del pueblo.

Además, con la anuencia de su madre, Miguel abrió una escuela particular enfrente a su casa y fue tal su éxito que se vio obligado a pedir ayuda a las mismas profesoras que habían sostenido la escuela parroquial. Con esta iniciativa, muy pronto quedó desierta la escuela laica y una vez logrado el triunfo pudo nuevamente abrir sus puertas la escuela parroquial.

Miguel se encargó también de redactar un memorial y recoger el mayor número de firmas para pedir la estancia permanente del sacerdote en la vicaría y tuvo la brillante idea de gestionar ante las autoridades civiles el cambio de nombre de su pueblo natal por el de su celestial patrona Ntra. Señora del Refugio. Más de dos años de gestiones concluyeron satisfactoriamente: Paredones adoptó legalmente el nombre de El Refugio que lleva hasta ahora. Así lo confirman los testigos:

«[...] Siempre que tenía oportunidad se acercaba a los sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía. Era muy devoto de la Virgen en su advocación de Ntra. Señora del Refugio. Como muestra de esta devoción inició y logró cambiar oficialmente el nombre del poblado de Paredones por el de El Refugio». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 366, § 978).

Su gran amor a Dios lo empujaba naturalmente al servicio de los demás con una fuerza extraordinaria. Era amigo de todos y siempre se preocupó con singular abnegación por el bien común. No toleraba chistes maliciosos ni palabras de doble sentido. (Cf. Summ., Proc. H, Test. I, p. 368, § 982).

Pronto se relacionó con la efervescente primavera del catolicismo social y entró en contacto con el licenciado Miguel Palomar y Vizcarra, (983 Palomar y Vizcarra, Miguel (1880-1968). Nació en Guadalajara, Jalisco, y murió en la ciudad de México. Abogado, catedrático, orador y escritor. Católico impregnado de las ideas sociales de León XIII, propugnó por difundirlas. Trabajó en múltiples actividades en favor de la completa libertad de la iglesia católica en México. Fue uno de los fundadores del Partido Católico Nacional (1911) y de la Liga nacional defensora de la libertad religiosa (1926). de cuyo trato surgió la caja rural *Raiffeisen* (984 Raiffeisen Friedrich Wilhelm (1818-1888), economista alemán. Fundó unas asociaciones cooperativas llamadas Cajas Raiffeisen para ayudar a los campesinos). "*La Refugiana*" para la promoción de casas habitación de los trabajadores. Además fundó una sociedad cooperativa de consumo, una botica cooperativa y algunos círculos de estudio.

Sostuvo correspondencia epistolar con su hermano seminarista, haciéndole confidencias y narrándole el desenvolvimiento de su apostolado y obras sociales cada vez más definidas y prósperas. Elías lo estimulaba y le sugería iniciativas obtenidas en sus clases de sociología, además de recomendarle la amistad con el Beato Anacleto González Flores.

Acosado por la actitud negativa del colindante del rancho que no dejaba de ocasionarle problemas, en varias ocasiones Miguel comunicó a su hermano su vivo deseo de estudiar leyes para defender mejor sus derechos.

Por ese tiempo, Miguel era miembro de la directiva de la delegación del Partido Católico Nacional en El Refugio, del cual era ferviente propagandista. En una ocasión, logró bajo auspicios de legalidad la instalación de la casilla en la

que él era el representante de su partido. Cuando estaba próximo a concluir el tiempo hábil de la votación, el presidente de la casilla se negó a hacer el recuento de cédulas aludiendo que éstas quedarían bajo su custodia para más tarde hacer la verificación. Como eso era dejarle el campo abierto al fraude, Miguel dio a sus compañeros la señal convenida para que apoderándose de las urnas procuraran ponerlas a salvo, con el objeto de abrirlas en presencia de algún notario, a donde irían en demanda de garantías.

Al empezar el forcejeo, el ataque se dirigió principalmente a Miguel, porque reconocían su indudable jefatura. Por su parte, formaba parte del ardid el mayor entretenimiento posible para proteger la retirada. Una vez calculado que era el tiempo suficiente, Miguel se cruzó de brazos con tal pasividad que desconcertó a sus contrincantes, quienes al darse cuenta de que las ánforas ya no estaban, redoblaron su acción vengadora y Miguel siguió impávido toda esa acción. Al día siguiente, habiendo regresado sus amigos de Acatic, le informaron del feliz término de sus gestiones y Miguel renqueando y maltrecho festejaba la ocurrencia con su habitual alegría y se avivó en él su deseo de estudiar leyes para defender mejor los intereses de Dios y de la sociedad.

Mientras tanto, llegó la ordenación de Elías y fue adscrito a su pueblo natal como vicario. Él se quedaría con su madre para auxiliarla, dando así oportunidad a Miguel de realizar un deseo largamente acariciado y hasta ahora sacrificado en bien del hermano mayor: hacerse abogado. Sabía muy bien lo que significaba ese paso: su edad, su falta de preparación, su situación económica, su mismo carácter vehemente y ansioso, pero encontró en su madre y en su hermano el más amplio apoyo y aprobación. Ellos lo conocían y lo habían visto crecer día a día en las virtudes, en la piedad y en el deseo de servir al prójimo, sabían que nada podría hacerlo desistir de lo que por otro lado había sabido merecer con creces y como Miguel no conoció jamás el titubeo ni la irresolución, a los veinticinco años de edad con su bagaje de ilusiones y la bendición de su madre partió para Guadalajara.

Estudiante en Guadalajara (1913). Miguel se inscribió en la preparatoria del seminario, pero no tardó en descubrir que su vocación no era el sacerdocio, ya que de manera inequívoca se inclinaba por la actividad socio-política, razón por la cual se matriculó en el Instituto del Sagrado Corazón de Jesús, anexo al seminario, regentado por el Pbro. D. Refugio Huerta. Escribía con frecuencia a su madre y a su hermano informándoles de sus adelantos y pidiendo datos sobre las obras sociales que había dejado al cuidado del P. Elías al dejar su pueblo natal.

A finales de 1913, Anacleto González Flores y Miguel Gómez Loza asistieron como representantes de las delegaciones de Tepatitlán y de El Refugio a la convención regional del Partido Católico celebrada en Guadalajara.

Ese mismo año Miguel se integró al grupo estudiantil de *la gironda*, asumiendo, por elección y gusto, la condición de asistente de González Flores. Ambos se complementaron mutuamente. Años más tarde, Anacleto y Miguel unidos por un ideal superior serían providencialmente los dos líderes laicos en quienes confió el Beato Excmo. Sr. Francisco Orozco y Jiménez importantes ministerios en tiempos cruciales para la arquidiócesis de Guadalajara.

El carácter sanguíneo de Gómez Loza se manifestó en tempranas muestras de ardor y celo, iniciando por este tiempo los arrestos que pulirían al hombre íntegro: acusado de cometer delitos de orden común, retirar libelos contra la religión de lugares públicos, fue enviado a la penitenciaría con calificación de diez días de arresto o multa de cincuenta pesos. Miguel prefirió purgar su condena, aun cuando personas que lo estimaban se ofrecían a pagar la sanción. Una vez satisfecha la condena, Miguel recobró su libertad y redobló su esfuerzo en la lucha por la liberación de la iglesia y el bien del pueblo. Esa actitud pronto influyó para que Miguel sufriera persecución continua. En más de una ocasión logró salvar del encarcelamiento a sus compañeros asumiendo totalmente la responsabilidad. Así lo afirman los testigos:

«Muchas veces fue hecho prisionero. Él no se dejaba intimidar, por más que estuvo preso

nunca abandonó su causa. Las primeras veces por arrancar propaganda comunista muchas veces injuriosa y calumniosa hacia la iglesia católica. A él lo apresaron por repartir propaganda religiosa, por su acción apostólica, por organizar a los obreros, por oponerse al ataque de los derechos humanos. Estuvo preso en distintas delegaciones y en el penal de Escobedo con estadías de 15 días las más prolongadas, siendo liberado por los amparos tramitados por sus compañeros. El trato que recibió fue el mismo que recibían los delincuentes». (Summ., Proc. H, Test. II, p. 379, § 1013; ver también: Proc. H, Test. I, p. 370, § 989).

Debido a que el Gobierno negaba el reconocimiento de títulos académicos obtenidos en institutos católicos, en 1914 el Beato se inscribió en la Universidad Morelos, cursando el segundo año de preparatoria, después de presentar exámenes a título de suficiencia respecto del año anterior. Como todos sus contemporáneos, Miguel sufrió la inestabilidad del pueblo católico ocasionada por la política convulsionada de esos años, yendo a la escuela cuando se podía, pero estudiando siempre y sin descanso. En ese tiempo recibió el apodo de "*Chinaco*" (986 Le acomodaron ese apodo a Gómez Loza como contrasentido, pues chinaco es el título dado a los guerrilleros que apoyaron la causa del liberalismo encabezado por Juárez). por interrumpir en las aulas una disertación que ponderaba la trayectoria política del Lic. Benito Juárez.

Aunque Anacleto iba en clases superiores, los dos tenían en común, además de su convivencia en *la gironda* y su afinidad en lo referente a las actividades sociales, su puntual asistencia a la Congregación Mariana, donde eran elementos de significación. Incluso cuando los templos estaban sin sacerdotes, ellos acudían con algunos otros congregantes a la hora de la misa dominical y rezaban en común el rosario. La piedad eucarística y la devoción mariana del Beato eran notables. Miguel toda su vida trajo prendido a su ropa un botoncito con la imagen de la Virgen del Refugio y estando en Guadalajara diariamente visitaba a la Guadalupana, cuyo santuario distaba de su colegio sólo tres o cuatro calles. Así lo aseguran los testigos:

«Me consta que iba a misa diariamente y comulgaba». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 385, § 1029; ver también: Proc. H, Test. I, p. 367, § 981).

«Tuvo una gran devoción a la Virgen del Refugio durante toda su vida. En su cuerpo, cuando murió, se le encontró que portaba un botoncito de la Virgen del Refugio que lo acompañó toda su vida, así como en la cabecera de su cama tenía una imagen. Su devoción era muy acendrada por sus constantes acercamientos a la sagrada Eucaristía y a la comunión. [...] Leía mucho sobre las cuestiones sociales y libros de religión. No era exagerado al exterior, no era rezandero, pero su confianza en Dios era ilimitada y realista». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 368, § 983;

ver también: Proc. H, Test. III, p. 388, § 1035; Proc. H, Test. IV, p. 392, § 1046; Proc. H, Test. II, pp. 377-378, § 1010.s)

«[...] Era de los que hacían mucha propaganda por la comunión diaria y por los viernes primeros, eso me consta. [...] Era tan respetuoso que por defender a los sacerdotes lo metieron al bote (cárcel) muchísimas veces». (Summ., Proc. H, Test. XVII, p. 41, § 1113).

«[...] Asistía a misa. Siempre trató de defender a la iglesia católica, era respetuoso con los sacerdotes, tenía muchos amigos sacerdotes». (Summ., Proc. H, Test. II, p. 377, § 1009).

Acerca de la piedad del Beato, años más tarde su esposa Guadalupe hizo la siguiente confidencia:

«Era más piadoso que yo, comulgaba diariamente desde antes de casarnos. Nunca se acostaba sin rezar el rosario conmigo, por tarde que fuera. Nunca tuvo la menor dificultad con su hermano Elías, el sacerdote, y en lo referente a su madre, doña Victoriana, ya sabemos hasta qué grado llevó su amor filial». (Cf. Camberos Vizcaíno Vicente, "Más allá del estoicismo", Editorial Jus, México, 1953, capítulo XVII, "La última lección").

A mediados de 1914, el aletazo bélico entre carrancistas y villistas lo devolvió a Paredones, donde permaneció hasta 1915, año en el que pudo retornar a Guadalajara.



Su apostolado. Como actividad adicional, Miguel fue un gran impulsor de la prensa católica, de la que fue adalid. Fundó y presidió la sociedad de *Propagación de la Buena Prensa* y desde ese puesto vio acrecentar rápidamente su ya grande popularidad. Por otra parte, definió el que sería su campo de acción: el sindicalismo cristiano. (Cf. Summ., Proc. H, Test. I, p. 366, § 979). Del todo injusto sería negar a Gómez Loza el bien conquistado título de protector de los trabajadores que le corresponde.

Todos le veían como guía y le querían como a un hermano. Así lo recuerdan los testigos:

«[...] Tuvo mucha caridad con los demás. Sus compañeros lo querían mucho. Era comprensivo con las gentes con quienes trabajaba. Era bueno y por eso lo querían». (Summ., Proc. H, Test. V, p. 397, § 1061).

«[...] Muchas veces no cobraba por ejercer su profesión. Trabajaba por mejorar las condiciones sociales y económicas de los obreros. Formó su sindicato sobre todo para defender los derechos de cada gremio: barrenderos, carpinteros, herreros, músicos, etc. Difundió la encíclica *Rerum Novarum* aplicada a las necesidades. Tenía la encíclica

al dedillo». (Summ., Proc. H, Test. XVII, p. 420, § 1119).

«[...] Con los obreros era un líder natural, convivía con ellos en sus reuniones familiares y fue compadre de algunos. Una inclinación era el apostolado y eso fue lo que le llenó la vida». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 385, § 1029).

«Manifestó su amor al prójimo ayudándoles a defender sus derechos en los círculos de obreros. Los obreros y la gente pobre eran sus preferidos. Les ayudó en la formación de cooperativas, sociedades mutualistas, cajas de ahorro, todo para la ayuda de la gente necesitada». (Summ., Proc. H, Test. II, p. 381, § 1019).

«[...] En lo que corresponde a las organizaciones en las que militó, no exponía a sus compañeros a riesgos y prefería correrlos él mismo».

(Summ., Proc. H, Test. I, p. 373, § 998; ver también: Proc. H, Test. XIV, p. 427, § 1138).

Como formador de líderes católicos, Gómez Loza desplegó aptitudes excepcionales. Asesorado por el Pbro. Dr. D. José Toral Moreno y más tarde por el R.P. Arnulfo Castro, S.I., formó sindicatos católicos y círculos de estudio entre los que descuella el "*León XIII*" con sus cajas de ahorro y sus cooperativas de consumo. Dependencias de grandes resultados prácticos fueron también la "*Bolsa de trabajo*", la sociedad "*Editora el obrero*", una botica cooperativa, y años más tarde la Unión de Sindicatos de Obreros Católicos que llegó a contar con una banda musical completa de magnífico instrumental, salón de recreo con sus mesas de billar y una regular biblioteca.

En 1916 Miguel terminó sus clases de preparatoria en el Liceo Occidental, bajo la dirección de D. José Tomás Figueroa (998 Figueroa José Tomás (1857-1925), nació y murió en Guadalajara, Jalisco. Profesor y director de diversas escuelas de enseñanza primaria y preparatoria. Trabajó en el periodismo, tanto científico como político, figurando entre los elementos católicos de mayor importancia). y se inscribió en la Escuela Católica de Derecho, posteriormente Escuela Libre de Leyes, donde los cursos eran gratuitos. El 14 de julio se integró como socio fundador de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana, (Cf. Summ., Proc. H, Test. XIX, p. 426, ad 21; Proc. H, Test. I, p. 368, § 984). en cuyo seno fundó y presidió, poco después, el círculo obrero "*Gabriel García Moreno*" del que surgió la publicación mensual "*El Cruzado*".

«[...] El Beato fue dirigente desde el inicio junto con Anacleto González Flores y activo socio desde la fundación de ACJM desde 1914 y hasta su muerte en 1928. Fue una relación de entrega total a esa causa». (Summ., Proc. H, Test. II, p. 378, § 1011).

En el año de 1917 fundó los círculos obreros "*José de Jesús Ortiz*" para jóvenes operarios, "*Niños Héroes*" para aprendices de artesanos y "*Don Bosco*" para tipógrafos. Promovió también la "*Sociedad Mutualista Obrera*". Además, la prensa católica auspiciada por el Beato emprendió

la publicación de la obra "*La cuestión religiosa en México*", de Regis Planchet.

A fines de 1917, al disolverse *la gironda*, Miguel se estableció en el mismo barrio del Santuario en compañía de su madre, doña Victoriana, quien tuvo que dejar a su hijo sacerdote por habersele asignado otro destino.

El año 1918 estuvo marcado por las labores de defensa del Prelado de Guadalajara, Beato Francisco Orozco y Jiménez, y por el activísimo boicot puesto en marcha en el mes de julio con el cual se consiguió meses más tarde la derogación de dos decretos anticlericales sancionados por el Gobierno del Estado bajo los números 1913 y 1927, para ese entonces Gómez Loza ya era uno de los principales líderes de la resistencia.

Cuando en ese tiempo fue necesario un mensajero confidencial que reuniera las cualidades necesarias para poner en contacto al prófugo Pastor con el gobierno de la Mitra, fue Miguel el elegido: fiel hasta la muerte, discreto, abnegado y valiente. Emprendía con ánimo firme jornadas penosas y arriesgadas llevando las misivas, iba y venía cuantas veces se requería sin pedir retribuciones ni cobrar honorarios. Otra cualidad ponderable en Beato fue la docilidad a sus superiores, nunca escatimó cumplir una orden venida de arriba aunque fuera contraria a su modo de pensar. Así lo declaran los testigos:

«[...] Su ideal era defender a la iglesia hasta dar la vida». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 367, § 981).

«[...] Toda la vida fue el mismo, siempre vivió con ánimo alegre y constante. En grado sobresaliente siempre estuvo atento a la causa de la iglesia y a los derechos humanos y a su promoción con los pobres, destacándose en fortaleza y obediencia». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 390, § 1041).

«[...] Respetaba muchísimo a las personas, sobre todo al Sr. Garibi, después primer cardenal mexicano. Siempre se mostró obediente a las autoridades eclesiásticas, aun cuando la forma en que se desarrollaban las cosas no le agradaron. Obedecía en silencio, había que sacarle las palabras con tirabuzón». (Summ., Proc. H, Test. XVII, p. 420, § 1121).

Decir que Anacleto fue el alma del movimiento de la resistencia pasiva, huelga por sabido, pero

una vez tomadas las resoluciones generales, era Miguel el eficaz auxiliar y fiel ejecutor, el concreto, apasionado y decidido, a él correspondía citar, organizar y dirigir. Miguel fue la fuerza y el impulso que se encargaba de vigilar el exacto cumplimiento de los acuerdos comunes. A él se acudía en demanda de instrucciones y él sabía estar en todas partes motivando la cooperación con su ejemplo. Además, quienes conocieron de cerca a Miguel afirman que siempre conservó casta su mirada y supo gobernar con voluntad firme los sentidos de su cuerpo, señalando con insistencia la limpieza de su corazón exento de toda malicia o doblez.

En el mes de enero de 1919 se reorganizó la sociedad cooperativa de consumo "*La Popular*" y Miguel fue reelecto como presidente. De ahí nació el proyecto para un *Congreso Regional Católico Obrero*, el cual se realizó con mucho éxito en Guadalajara del 16 al 20 de abril del mismo año, iniciando sus trabajos con la lectura del telegrama de adhesión del Prelado arquidiocesano. Al término de la asamblea, entre otras responsabilidades, se le confió a Miguel una diputación.

En mayo de 1920, con la bendición del asistente eclesiástico del Comité Diocesano de la ACJM, el Beato fundó un nuevo círculo, el "*Trinidad Sánchez Santos*", y coordinó la reimpresión de "*La cuestión religiosa en México*", aumentada por el apéndice "*La cuestión religiosa en Jalisco*", de Anacleto González Flores.

En noviembre de ese año llegaron a Guadalajara algunos líderes bolcheviques portadores de un mensaje ateo y agresivo. Fueron éstos quienes, el 1º de mayo del año siguiente, 1921, lograron colocar en el remate central de la fachada de la catedral tapatía, en medio de las torres, la bandera rojinegra para oprobio de la ciudad. En cuanto la noticia se supo entre los acejotaemeros, Gómez Loza conjuró a cuatro o cinco compañeros a seguirle pero, ante el peligro, apenas iniciada la carrera lo dejaron solo. Fue Miguel el primero en llegar al lugar y sin medir los riesgos se lanzó entre la turba, abriéndose paso ascendió rápidamente la prolongada escalinata que conduce a las

bóvedas de la catedral y arrancó la bandera del asta haciéndola pedazos, todo eso en la presencia de decenas de adversarios, quienes fueron incapaces de resistir el empuje y brío del Beato, molido a golpes después de su hazaña. Las serias contusiones recibidas fueron para Miguel como condecoraciones de gran estima. (Cf. *Summ., Proc. H, Test. I, p. 368, § 982; Proc. H, Test. II, p. 378, § 1011; Proc. H, Test. XIX, p. 425, § 1133*).

En las votaciones para elegir autoridades locales del Estado, en julio de 1921, el Beato contentó como candidato independiente a uno de los puestos de elección popular. Su contrincante fue un caricaturista anticlerical, José Guadalupe Zuno, quien hubo de recurrir a la fuerza para arrebatar los votos que el pueblo emitía en favor de Gómez Loza.

En las primeras semanas de 1922, el Beato se dispuso a ser examinado para obtener el título de abogado. Después de vencer mil obstáculos pudo, meses después, el 24 de junio presentar el examen final en la Escuela de Jurisprudencia del Estado, recibiendo la aprobación de los jueces sinodales.

Poco antes, en la cuaresma de ese año, se verificó un penoso incidente. La mañana del 26 de marzo en el céntrico templo de San Francisco de Asís un nutrido grupo de obreros católicos concluía una tanda de ejercicios espirituales con una misa de acción de gracias. Al salir de la celebración se encontraron con una manifestación pública que hizo alto en el Jardín Corona, también llamado de san Francisco, frente al templo. Se trataba de una agrupación de choque que ostentaba el título de *Sindicato revolucionario de inquilinos*, fundado a fines de 1921, capitaneados por dos bolcheviques famosos por su calidad de agitadores, Justo González y el argentino Genaro Laurito, quienes a juzgar por su retadora arrogancia contaban con el apoyo o cuando menos la complacencia oficial. El asistente eclesiástico Pbro. D. José Garibi Rivera (1005 Garibi Rivera José Mariano (1889-1972), nació y murió en Guadalajara, Jalisco. Electo obispo tit. de Rosso y auxiliar del Arzobispo Orozco y Jiménez en 1929, consagrado en 1930. Promovido a Arz. tit. de Bizya y coadjutor de Guadalajara, con derecho a sucesión en 1934. Ocupó la sede en 1936. En el Consistorio del 15 de diciembre de 1959 fue creado primer cardenal mexicano, del título de San Onofre en el Janículo. Concurrió

al Concilio Vaticano II). y Anacleto González Flores fueron del parecer que los ejercitantes permanecieran en la iglesia en tanto se disolvía el mitin de los socialistas, no así Gómez Loza quien, seguido por otros que lo secundaban, optó por manifestar su postura públicamente, pensando en un bien mayor, ya que los manifestantes eran cristianos que empezaron jugando al socialismo y ahora eran víctimas inconscientes de agitadores profesionales. En el jardín de San Francisco, trepado en una banca, arengó a los presentes a legitimar su causa. Por desgracia, los ánimos caldeados no permitieron el diálogo entre las partes y una nutrida rechifla se lanzó sobre Miguel.

Hasta aquí las cosas no hubieran pasado de ser una aventura de sobra explicable cuando contienen en lo social dos fuerzas antagónicas, pero inesperadamente se escucharon detonaciones de armas de fuego y en medio del desconcierto cayeron heridos varios católicos, muriendo en el acto seis de ellos. (1006 En el proceso seguido a Genaro Laurito, J. Concepción Cortés, Justo González e Ignacio López, se menciona que resultaron seis muertos y once heridos; ninguno de ellos de los "soviets", "Restauración", 11 de julio de 1922). Inmediatamente los lesionados fueron transportados a la casa de la ACJM, situada en la esquina opuesta del templo, donde fueron atendidos con diligencia por el Pbro. Garibi Rivera y un grupo de enfermeros improvisados. Fue de llamar la atención que esto sucedió a cuatro o cinco calles de la plaza principal y ni las autoridades municipales, ni las federales acudieron a dar garantías a los victimados.

En ese suceso fue doble la pena que embargó a Miguel: el perjuicio sufrido en sus queridos obreros que le llegaba al alma y el sentirse responsable de lo ocurrido. Aceptó con humildad la acre reprimenda del Pbro. Garibi. Sin embargo, aunque su actitud fue temeraria y arrojada, no era en un principio insensata ni objetable, porque ni la mayoría numérica de los socialistas radicales ni su preparación, ni el mismo apoyo oficial fueron la causa determinante de su preponderancia sobre los católicos, sino exclusivamente el uso de las armas que Miguel no pudo haber previsto, ya que eso no era concebible ni propio de un acto puramente cívico.

La ciudad entera quedó consternada y como protesta el comercio cerró sus puertas, muchas casas enlutaron sus fachadas y el servicio de tranvías fue interrumpido. La ACJM lanzó un manifiesto exhortando a los católicos a unirse en la defensa de su fe y de sus vidas, acordando además que grupos de cinco a seis jóvenes se rotaran la guardia para custodiar la persona y la casa del Arzobispo Orozco y Jiménez mientras las circunstancias así lo exigieran.

Un mes más tarde, del 23 al 29 de abril de 1922, bajo la dirección del Beato, se verificó en Guadalajara el primer *Congreso Nacional Católico Obrero* en el que participaron 800 delegados llegados de todo el país, quienes desdeñando las amenazas y peligros acudieron en representación de los casi doscientos mil trabajadores agremiados. Además del Prelado arquidiocesano, asistieron los Excmos. Sres. Francisco Uranga (1007 Uranga y Sáenz Francisco (1863-1930), nació en Sta. Cruz de Rosales, Chihuahua, y murió en Tlalpan, D.F. Ordenado sacerdote en 1886 fue notable por su labor apostólica, obras materiales en las parroquias que tuvo a su cargo y obras sociales. Consagrado obispo de Sinaloa en 1903. Por la revolución se refugió en Guadalajara y luego en E.U.A. Regresó en 1919 y fue nombrado auxiliar del arzobispo de Guadalajara. Nombrado obispo de Cuernavaca en 1922, estuvo desterrado en E.U.A. de 1926 a 1929), obispo auxiliar de Guadalajara y Miguel de la Mora (1008 Mora y Mora Miguel de la (1874-1930), nació en Ixtlahuacán, Jalisco y murió en la ciudad de San Luis Potosí. Estudió en el Seminario Conciliar de Guadalajara. Prefecto de los seminarios Menor y Mayor (1902-1903). Canónigo magistral de la catedral tapatía (1908). Doctor en Teología por la Pontificia Universidad de México. Nombrado obispo de Zacatecas en 1911. Trasladado a San Luis Potosí en 1922). obispo de San Luis Potosí, así como el presidente general de la ACJM René Capistrán Garza, (1009 Capistrán Garza René (1898-1974), nació en Tampico, Tamaulipas, y murió en la ciudad de México. Periodista. Abogado por la Universidad Nacional de México. Fue uno de los fundadores de la ACJM, de la que fue presidente. Fue también de los fundadores y directores de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa. Participó en el movimiento cristero civil por varios años). entre otras personalidades. De ese congreso resultó con avasalladora pujanza la *Confederación Nacional Católica del Trabajo*, de la que el Beato fue nombrado diputado por la diócesis de Guadalajara. Se fundó el Banco de Crédito Popular para refaccionar a los obreros y fue adoptado como órgano oficial de la confederación el semanario "*El Obrero*", fundado por Miguel Gómez Loza.

Contrajo matrimonio y cambió su residencia a Arandas (1922). Después de varios meses de noviazgo, el 2 de diciembre de 1922, Miguel Gómez Loza contrajo nupcias (Cf. *Summ., documentos personales*, 36 p. 505). en el oratorio de la ACJM con su primera y única novia, María Guadalupe Sánchez Barragán, hija de un respetable contador, Celestino Sánchez y de su esposa, Sara Barragán, quienes habían cimentado en su hija firmes principios católicos y hábitos de piedad y de modestia. Miguel tenía 34 años y Guadalupe 20. Celebró la misa el Pbro. Elías Gómez Loza y asistió canónicamente a los contrayentes el director espiritual de Miguel, Pbro. Vicente María Camacho. Fueron testigos: Celestino Sánchez y Anacleto González Flores. Asistió también doña Victoriana Gómez, quien después de la ceremonia partió con su hijo Elías a Acatic, donde desempeñaba su ministerio sacerdotal. Los testigos declaran lo siguiente:

«Mis padres se casaron en diciembre de 1922, creo que el día 2, en la capilla de la ACJM, junto al templo de San Francisco. Su viaje de bodas fue a Chapala, Jalisco, trasladándose en el antiguo tren. [...] En el mismo viaje, de acuerdo a su manera de ser, mostró sus inquietudes platicando con los ferrocarrileros de los acontecimientos sociales, económicos y de trabajo de la época». (*Summ., Proc. H, Test. I*, p. 367, § 980).

«Contrajo matrimonio en una capilla de la A.C.J.M, rumbo al Templo de San Francisco, no sé la fecha. Los casó Mons. Camacho. Fuimos a desayunar a casa de mi tío Guillermo. La vida matrimonial duró poco tiempo, unos 4 años. Fue ejemplar su vida matrimonial. Tuvieron tres niñas. El Beato trataba bien a su familia, yo lo veía, era fiel a sus deberes de estado, nunca fue descuidado». (*Summ., Proc. H, Test. V*, p. 395, § 1055).

Los nuevos esposos decidieron trasladarse a Arandas en Los Altos de Jalisco, donde el Beato montó su despacho de abogado. Ahí se preocupó por promover mejoras en el municipio impulsando el espíritu de cooperación y muy pronto se convirtió en regulador del ritmo social y palanca poderosa de la parroquia, a cargo del Pbro. Amando J. de Alba, celoso promotor de la cuestión social.

Su empeño en fomentar el desarrollo humano le granjeó la simpatía de muchos y la animadversión de algunos, ya que tomó a su cargo la corresponsalía de los periódicos católicos de Guadalajara, denunciando con valor las arbitrariedades y abusos que en nombre de la ley se cometían.

El 11 de enero de 1923 Miguel se sumó a la nutrida concurrencia que presencié la bendición de la primera piedra del monumento a Cristo Rey que se proyectaba construir en el Cerro del Cubilete, Guanajuato. Esa ceremonia sirvió de pretexto al Gobierno de México para expulsar del país al delegado apostólico, Mons. Ernesto Filippi.

El 1° de marzo de ese año José Guadalupe Zuno, adversario político del Beato, fue investido como gobernador del Estado de Jalisco, lo que dificultó hasta lo imposible la obtención del título profesional solicitado reiteradamente por Gómez Loza. (Cf. *Summ., Proc. H, Test. I*, p. 366, ad 12; *Proc. H, Test. II*, pp. 376-377, ad 12; *Proc. H, Test. III*, p. 384, ad 12). Aprovechando esa circunstancia, el alcalde de Arandas, Manuel B. Ascencio enemigo acérrimo de la labor social promovida por el Beato, decretó la arbitraria expulsión de Miguel de ese municipio sin que mediara ninguna orden judicial. A media noche lo condujeron fuera de las fronteras del Estado y le advirtieron que bajo pena de muerte quedaba expulsado. Fue abandonado en des poblado y caminando al azar llegó a Jalpa de Cánovas, Guanajuato, donde radicaba el Pbro. Pedro González, impulsor entusiasta de ACJM y amigo del Beato, ahí estuvo casi tres meses trabajando como siempre, porque la ocasión más eventual era para él un recurso que la Providencia ponía en sus manos y lo aprovechaba en difundir la doctrina social de la iglesia.

De regreso a Guadalajara (1923). Esa situación pudo haberse prolongado indefinidamente, pero Miguel decidió romper el injusto destierro, porque prefería el riesgo de su misma vida, jugado ya innumerables veces, a la seguridad enervante que atrofiaba su espíritu y paralizaba sus facultades. Además, la noticia de su próxima paternidad intensamente deseada lo hizo añorar más el retorno, por lo que con la debida prudencia

emprendió el regreso y en Guadalajara se reunió con su esposa a quien logró infundirle ánimo y optimismo para afrontar juntos el porvenir con la ayuda de Dios.

Por unanimidad los testigos afirman que el Beato siempre fue fiel a su matrimonio.

«[...] Sé que era fiel a su matrimonio. El único rival de mi mamá era la Acción Católica. Allegaba lo necesario para la familia, la casa era de mi mamá, pero él la renovó. Le tenía dos sirvientas. Yo nunca tuve noticias de que hubiera sido descuidado. Mi mamá lo quería mucho». (Summ., Proc. H, Test. II, p. 377, § 1008; ver también: Proc. H, Test. IV, pp. 391 -392, § 1045; Proc. H, Test. XIX, p. 425, ad 16).

«Siempre fue fiel a su matrimonio y nunca escuché algún comentario desfavorable. Fue siempre muy observante. Se fijaba mucho en lo externo, prestaba especial atención al pudor». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 389, § 1040).

Al llegar a Guadalajara fue recibido con gozo y entusiasmo por sus amigos y compañeros, de manera especial por Anacleto González Flores. Miguel reanudó su fiel asistencia a la Congregación Mariana y se inscribió como miembro activo de la Adoración Nocturna del Santísimo Sacramento. Uno de los testigos afirma lo siguiente:

«[...] Su carisma era el amor a nuestro Señor, pertenecía a la Adoración Nocturna siendo ésta una de sus actividades distintivas, lo mismo que su amor a la santísima Virgen». (Summ., Proc. H, Test. V, p. 395, § 1056).

El 16 de septiembre de 1923 nació su primera hija, a quien llamó María de Jesús.

En 1924, durante la justa electoral para elegir diputados locales, el Beato apoyó incondicionalmente al candidato independiente Ángel Flores, cosa que más tarde tuvo que lamentar. Sus amigos le acomodaron por este motivo el remoquete de "*Miguelito Buenafé*". Era notable que el Beato, quien ya frisaba la cuarentena de años, prefería padecer la desilusión antes que desconfiar de las personas, le era imposible aceptar de sus correligionarios la mentira y el engaño y sabía olvidar totalmente las ofensas. (Cf. Summ., Proc. H, Test. I, p. 368, § 982)

En diciembre de 1924, al decretarse la clausura del seminario por orden del gobernador de

Jalisco, José Guadalupe Zuno, los católicos encabezados por Anacleto González Flores, consagrado ya como autoridad innegable, organizaron un comité de apoyo del que se derivó a principios de 1925 la *Unión Popular*. Para conducir este organismo se estableció un directorio de cinco miembros, uno de ellos fue Miguel Gómez Loza, quien prodigaba desde el oscuro rincón del anonimato activo y fecundo, la gigantesca dádiva de su esfuerzo, trazando con su ejemplo humilde y subordinado el camino de la disciplina, único capaz de llegar al éxito.

La Santa Sede, accediendo a la petición del arzobispo de Guadalajara D. Francisco Orozco y Jiménez, reconoció la destacada participación de Miguel Gómez Loza en la promoción social y en el apoyo a la iglesia católica, otorgándole la *Cruz Pro Ecclesia et Pontifice*, en mayo de 1925. (Cf. Summ., Proc. H, Test. III, p. 388, § 1036). Junto con él fueron igualmente condecorados el Lic. Anacleto González Flores y los obreros Maximiano Reyes e Ignacio Orozco, presidente y secretario de la Confederación Nacional Católica del Trabajo. (Se realizó una investigación en el registro de las condecoraciones pontificias de aquellos años en la Secretaría de Estado Vaticano sin encontrarse una referencia explícita a esa condecoración que mencionan los testigos, sin embargo en el mismo libro de registros, a fines de 1924, se encuentra un espacio de varios renglones que sólo dice "Messico" y es de suponerse que ahí entraría, pero por la inminencia de la persecución no fue posible completar los datos en ese tiempo. Una fotocopia de esa página se encuentra en el archivo de la Postulación).

El 1º de junio de 1925 fue clausurado el Instituto de Ciencias regentado por los religiosos de la Compañía de Jesús y las protestas de los estudiantes del extinto plantel quisieron sofocarse mediante arrestos masivos. A la defensa de los presos opuso el Beato numerosas solicitudes de amparo ante la autoridad federal que lograron atenuar en parte la rigurosa actitud de los mandatarios locales.

El 25 de julio de 1925 el hogar del Beato volvió a alegrarse con el nacimiento su segunda hija, María Guadalupe.

La situación se recrudeció (1926). Conforme transcurrían las semanas, el Gobierno mexicano recrudecía su postura en torno al problema religioso. El 23 de febrero de 1926 fue clausurado

arbitrariamente el centro de la ACJM de Guadalajara, encarcelando en la penitenciaría del Estado, entre otros, a Miguel. No habiendo delito que perseguir, - el 1º de abril fue puesto en libertad, pero en las puertas mismas de la prisión, ante algunos amigos que esperaban su salida, fue capturado nuevamente por agentes de la policía secreta.

Los numerosos arrestos que sufrió, 59 en total, acrecentaron su temple admirable. (Cf. Summ., Proc. H, Test. I, p. 370, § 988; Proc. H, Test. V, p. 396, § 1058). Algunos de ellos fueron especialmente crueles y vejatorios, pero él salía con la sonrisa en los labios por la alegría de haber merecido sufrir por la defensa de los intereses católicos.

El Beato tenía advertido que por ningún motivo o pretexto se fuera a verificar el pago de la multa, ni aceptar que alguna persona o corporación lo hiciera, pues era su deseo expreso permanecer en la cárcel durante el tiempo fijado. Además siempre se opuso abiertamente a que su esposa lo visitara en la prisión por juzgarlo indigno para ella.

«[...] Algunas de las veces fue golpeado. No tengo noticias de que haya pretendido huir y él prohibió efectuar pago alguno para rescate y explicaba que por sus cosas no le legaría dinero al Gobierno.

El Lic. Zuno le llegó a proponer puestos políticos con lo que trataba de tenerlo ajeno a acciones públicas. Lo querían corromper para que no asesorara a obreros y campesinos». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 370, § 989).

«[...] Lo tomaron preso porque hacia propaganda católica. Él nunca corrió, trataban de que cambiara ofreciéndole empleo en el Gobierno, pero nunca aceptó». (Summ., Proc. H, Test. XIX, p. 426, § 1135).

«[...] Él no hubiera aceptado la libertad abdicando a su fe. [...] Si fue sujeto a presiones. Lo quisieron comprar ofreciéndole puestos en el Gobierno pero él nunca aceptó. Durante el tiempo que estuvo preso hizo labor de apostolado, haciendo a los presos amigos de Dios, rezaban el rosario, cantaban alabanzas». (Summ., Proc. H, Test. II, p. 379, § 1013; ver también: Proc. H, Test. III, p. 388, § 1035).

Los días monótonos en la penitenciaría eran para Miguel una oportunidad de apostolado. En-

tre los presos ganaba adeptos para la causa, predicaba la Palabra, invitaba a rezar colectivamente el rosario y cuando el caso lo ameritaba les ofrecía, para cuando recobrar su libertad, consultar y revisar su expediente buscando modificar la sentencia o suavizarla.

«Aprovechaba para hacer apostolado en las cárceles, casi al nivel de ejercicios espirituales. Rezaba el rosario cantando juntamente con los presos y ellos estaban gustosos. Repartía la comida que sus simpatizantes le llevaban, es decir las brigadas femeninas». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 370, § 990; ver también: Proc. H, Test. III, p. 387, § 1032).

La fecha señalada por la autoridad federal para hacer válida la ley reglamentaria del artículo 130 de la constitución y la ley que reformaba el código penal federal en materia de culto religioso fue elegida por la *Unión Popular* para iniciar un boicot económico por tiempo indefinido. (Cf. Summ., Proc. H, Test. I, p. 369, § 985).

Miguel fue todo un carácter, su firme voluntad surgió de austera disciplina. Dispuesto a llevar a sus últimas consecuencias el boicot económico, en su calidad de autoridad moral entre los católicos, el Beato cumplió con rigurosa exactitud las medidas adoptadas por la Unión y las compartió con su familia. Esta actitud lejos de mermar su alegría y su humor pareció acrecentarlo y solía repetir con una sonrisa a su esposa que en ocasiones buscaba moderarlo un poco sobre todo en materia de alimentos y vestido: "*Cuando triunfemos, Lupe, pero ahora ni un alfiler*".

«[...] Procuraba llevar una vida ejemplar, tenía que ser ejemplo para la gente con la que trataba por su acción de dirigente y más por la clase de gente que trataba». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 389, § 1037).

«[...] Era desprendido de lo material como expresión de su confianza en Dios. Se dedicó a la causa de la iglesia y confió en que Dios protegería a su mujer y a sus hijas». (Summ., Proc. H, Test. V, p. 397, § 1060).

Además, como tesorero de la Unión, Miguel impulsó a muchos jóvenes acejotaemeros a fundar en el interior del Estado filiales de la *Unión Popular* y realizar una campaña de proselitismo en favor del boicot.

En el mes de noviembre de 1926 nació su tercera hija, María del Rosario.

En diciembre de ese mismo año, el Beato recibió la noticia de la gravedad de su hermano Elías y tomando las debidas precauciones inmediatamente emprendió el viaje a El Refugio. Salió el día 20, aun conociendo la seriedad de los obstáculos que le impedían acudir al lecho del moribundo. Al llegar, su hermano acababa de fallecer y con ánimo entero confortó a su madre.

Inició la resistencia armada (1926). Después del sepelio de su hermano, Miguel regresó a Guadalajara y se enteró de las novedades: Anacleto González Flores, reacio hasta el último momento a aceptar la resistencia armada como vía de solución al conflicto, accedió como mal menor a retirar la prohibición de tomar las armas que pesaba sobre los socios de la *Unión Popular*. Era un recurso ya inaplazable. Gómez Loza advirtió inmediatamente el costo de la empresa y sus casi seguras consecuencias. Anacleto debió asumir la jefatura del movimiento en el Estado de Jalisco con el fin de unificar y coordinar la administración de los recursos y las estrategias de los católicos alzados, mientras que Miguel debía partir a la zona de Los Altos para transmitir y hacer efectiva la acción coordinadora.

El 5 de enero de 1927, el Beato salió de Guadalajara con rumbo a El Refugio. Poco después le fue enviada la pequeña imprenta en la que se editaba *Gladium*, órgano de la *Unión Popular*, cuya edición y entrega corrió desde entonces por su cuenta. Miguel se estableció en dos campamentos, uno en Cerro Gordo y otro en un lugar denominado Picachos, perteneciente al municipio de Tepatitlán, lugar estratégico para desplazarse a todos los puntos de la región que requerían su presencia.

A través de Isaac Fernández, Miguel mantuvo contacto permanente con su familia y con Anacleto González Flores. Entre otros encargos pedía siempre escapularios, medallas y crucifijos para repartidos entre la tropa y no dejó de enviar a su familia la exigua contribución que su honradez acrisolada toleraba como salario, apenas lo sufi-

ciente para atender las necesidades elementales de su madre, esposa e hijas. Los testigos declaran lo siguiente:

«[...] Cuando se fue a la revolución tenía previsto que mi mamá se hiciera cargo de las niñas (mis hermanas y yo). Se fue a El Refugio con su mamá, estaba recién muerto mi tío Elías, hacía seis meses que había fallecido, de ahí mi papá se fue a la revolución. Mi abuelita era muy valiente y determinada, ella lo alentaba. [...] Entiendo que sí era fiel a sus deberes. Estando en la revolución mandaba a mi mamá su sueldo de gobernador, íntegro». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 367, § 980).

«[...] Indudablemente que fue fiel a los deberes de esposo. Nunca supe que haya habido algo en contra. Sé que era cuidadoso y al mismo tiempo estimado por la familia». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 385, § 1028).

«[...] Nunca quiso que su esposa e hijas corrieran riesgos a causa de sus actividades». (Summ., Proc. H, Test. XVIII, p. 423, § 1129).

A consecuencia del encuentro bélico de Troneras, ubicado entre Zapotlanejo y Tototlán, en el que los cristeros capitaneados por Lauro Rocha y el Pbro. Reyes Vega obtuvieron una sonada victoria sobre las fuerzas federales, hubo una ofensiva muy dura que acabó con todas las rancherías: por orden del Gobierno todos los vecinos de rancherías y pequeños poblados debían concentrarse en las ciudades antes del 3 de mayo de 1927.

La mañana del 1° de abril de 1927 la noticia del arresto del "Maistro Cleto" y otros compañeros se esparció con gran rapidez, presagiando un trágico fin. Así lo comprendió desde el primer momento Miguel, siendo esta ausencia para él un fuerte quebranto sufrido con fe firme y dispuesto a continuar con la obra gigantesca que juntos habían trazado, siendo consciente de las consecuencias cuyo alcance no ignoraba.

En los campos de batalla sobre el dolor intenso que les ocasionó la pérdida del guía, surgió un grito unánime como gemido del alma hecho cántico de triunfo: "¡Pero nos queda Gómez Loza!". Así lo comprendió también y dictaminó la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, autoridad máxima entre los católicos de la resis-

tencia, al otorgar a Miguel en consonancia con su prestigio moral el nombramiento de gobernador provisional de Jalisco, cargo que además de justificar la índole de sus ocupaciones le imprimió autoridad de jurisdicción en bien de la organización administrativa de la causa, que con tanto celo y acierto desempeñó.

Días más tarde, el 19 de abril, un penoso incidente vino a empañar la causa cristera: el asalto a un tren de pasajeros proveniente de la ciudad de México que costó la vida a muchos civiles inocentes. Dicho atraco, planeado y dirigido por el Pbro. Reyes Vega, desconcertó en grado sumo al Beato, ese día ocupado en conferenciar con el líder cristero, Victoriano Ramírez, apodado "el Catorce", en El Maestranzo, del municipio de Santa María del Valle. Apenas supo lo ocurrido reprobó totalmente el acto. Poco después, encontrándose próximo a San Juan de los Lagos, Miguel solicitó a la autoridad eclesiástica el apoyo espiritual de capellanes castrenses para las tropas, petición atendida en parte.

A mediados de junio, el Beato se estableció en Presa de López, en el municipio de Arandas. Por su parte, la infatigable prensa en la que se imprimía *Gladium* fue instalada cerca de allí, en el cerro La Culebra, en una cueva profunda y de estrecha entrada.

Al finalizar agosto con gran gozo el Beato pudo encontrarse por unos días con su familia en Los Salados, Guanajuato.

Considerando su capacidad administrativa y su honradez íntegra, la Liga aumentó su responsabilidad al conferirle la administración conjunta de la parte occidental del Estado de Guanajuato, el 3 de septiembre de 1927.

El Beato con gran eficacia dictaminó las prioridades emanadas de su cargo: giras de inspección, comunicados, emisión de decretos y circulares, así como el arbitraje en las controversias. Esto último le originó ciertas fricciones con el Gral. Enrique Goroztieta, (1031 Goroztieta y Velarde Enrique (1889-1929), nació en Monterrey, N.L., estudió en el Colegio Militar de Chapultepec, sirvió al Gobierno de Gral. Díaz y luego se afilió al régimen del Gral. Huerta. Fue nombrado Gral. Brigadier en 1914. Algún tiempo estuvo fuera del ejército. En 1926 se levantó en armas en Jalisco, llegando a ser jefe de las fuerzas cristeras. El

Gobierno le dio muerte cerca de Atotonilco, Jalisco). nombrado jefe de las operaciones militares en Jalisco y Zacatecas. Además, en contraste con el auge logrado, al interno del ejército nacional libertador empezaron a introducirse algunas desavenencias motivadas por indisciplina, malversación, dilapidación de fondos y otros abusos; fue aquí donde la injerencia de Miguel dejó sentir su benéfica influencia. Duras reconvenciones fueron hechas sin rodeos por el celoso apóstol en bien de la limpieza y rectitud moral de la causa: "Piensa que el dinero que te remito es el óbolo de los pobres que con sacrificios muy grandes lo juntaron ", solía repetir. Más que gobernador, Gómez Loza ejercía las funciones de procurador o comisario castrense, siendo grave el riesgo que corría al intentar reprimir esas anomalías. Los testigos recuerdan algunos rasgos de la personalidad del Beato y afirman que los enseñó a rezar:

«No tenía vicios. Casi no le gustaba fumar, le duraba días la cajetilla de cigarros. No pedía dinero. [...] El Beato exigía a su gente que fueran hombres de bien, y no gente para entretenerse o complacerse con otras mujeres. ¡Era honesto! No contaba chistes pícaros, era hombre correcto. Yo era muy adicto a él. En algunas necesidades he implorado su intercesión». (Summ., Proc. H, Test. VI, p. 401, § 1074).

«[...] Había misa cada semana [y] allí estaba él, un hombre muy bueno. [...] Rezábamos el rosario con el Beato». (Summ., Proc. H, Test. XV, p. 414, § 1103, ver también: Proc. H, Test. XII, p. 410, § 1095).

«[...] El Beato rezaba el rosario en la casa donde se encontraba. De él aprendí la oración: "En el velo del Santísimo Sacramento seamos envueltos para que no seamos presos, heridos ni muertos, ni en manos de nuestros enemigos puestos. Dios con nosotros y en contra de nosotros nadie, el Padre nos guarde y el Hijo nos libre y el Espíritu Santo nos defienda. Amén". Esta oración se reza después del rosario». (Summ., Proc. H, Test. XIV, p. 413, § 1101).

«Yo creo que Miguel Gómez Loza fue mártir, no traicionó su fe. Era un hombre correcto, nunca le oí una mala palabra. Me gustaría que la iglesia lo canonizara. Yo le rezo para [pedir por] todos. De él aprendí la siguiente oración: "Ángel de mi guarda, mi dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, suplícale a Jesucristo cuando en la gloria lo viereis [por]

una triste alma afligida, no le digas que es la mía que le ha ofendido mil veces, pide que de mí se acuerde y suplica muchas mercedes. [...]. Mil gracias te doy Señor y alabo tu gran poder, con el alma en el cuerpo me dejaste amanecer (o anochecer) con gran gracia y servicio tuyo sin llegarte a ofender, alabando el dulce nombre de Jesús, María y José [...]. Amén"». (Summ., Proc. H, Test. XII, p. 410, § 1097).

A pesar del tiempo transcurrido entre los católicos de la resistencia, la actuación del Beato siempre fue clara: él nunca fue un beligerante sino un cooperador de la causa en el orden moral, espiritual y de finanzas dentro del cargo administrativo que desempeñó con gran acierto. (Summ., Proc. H, Test. I, p. 371, § 994; Proc. H, Test. III, p. 387, § 1033). No le correspondía a él, como autoridad civil, participar en el fuego cruzado de los combatientes y aunque poseía pistola, una que fue de su hermano el sacerdote y otra obsequio personal de un colaborador, jamás la usó en contra de nadie. Rafael Martínez Camarena, secretario de Gómez Loza, (Cf. Jean Meyer, "La Cristiada", Ed. Clío, México, 1997, primera edición, volumen III, p. 35). recuerda dos anécdotas que hemos querido consignar aquí completas, porque su misma sencillez acusa absoluta veracidad:

«Caminábamos la noche del viernes santo correspondiente a 1927, Miguel y su servidor, acompañados de Andrés Sáinz que nos servía como guía de Cerro Gordo a Presa de López. Como hacía una luna espléndida y en la necesidad de tener informes de si hubiera o no peligro, hicimos un alto mientras nuestro guía tomaba datos en una casita, ocultándonos Miguel y yo a la sombra de unos eucaliptos. En un momento dado vimos un hombre que por una vereda se encaminaba casi en dirección de nosotros y Miguel rápidamente sacó su pistola y picó su caballo en dirección al individuo y le marcó el alto, diciéndole: "¡Alto ahí!, ¿quién vive?, ¿quién es usted?, ¿dónde vive?, ¿de dónde viene y a dónde va?, ¿quién lo conoce?", a lo que el interpelado contestó: "Me llamo José Barba, vivo aquí en San Ignacio, vengo del rancho La Providencia y son gente pacífica". En ese momento nos alcanzó Andrés que conocía perfectamente a José y estuvo platicando con él o más bien dicho pidiéndole los informes que necesitábamos y continuamos nuestro camino. Cuando estuvimos a buena distancia del sujeto, le dije a Miguel: "¡No seas bárbaro!, no se marca

así el alto con tanta pregunta". Él me contestó: "¡Cállate, que he llevado el susto del siglo!, como soy tan cegatón me descontrolé y lo que hice fue soltarle ese chorro de preguntas". Seguimos corriendo la broma hasta que me dice: "¡Pobre hombre!, ya debe estar entregando cuentas a Dios". "No, -le contesté- la cosa no es para tanto", pero él me replicó siguiendo la broma: "Si yo que llevaba la pistola en la mano me asusté tanto, es de esperarse que él, que no tenía nada, ya esté bien muerto [del puro susto]". Y con alguna frecuencia decía a sus amigos: "Para que sepan si me sirve de algo esta pistola, vayan ustedes a San Ignacio Cerro Gordo y pregunten al encargado del panteón dónde está sepultado José Barba y que les informe a consecuencia de qué murió, para que se convenzan de qué es capaz esta pistola"». (Summ., documento XXXI, p. 698)

«En cierta ocasión, cuando estábamos en Presa de López, desmontados y con los caballos lejos de nosotros, nos informaron que se aproximaba una partida de sardos (1039 Sardo: en el caló carcelario mexicano, soldado de vigilancia, el centinela. Cf.: Francisco J. Santamaría, "Diccionario de mejicanismos", Editorial Porrúa, S.A., México, 1992, 5ª edición). y nos aconsejaron ocultarnos en un bosquecillo acompañándonos uno de los vecinos, quien nos aconsejó que escondiéramos las pistolas para que si nos encontraba el enemigo, no nos tomaran por rebeldes, a lo que Miguel contestó: "Eso no debe ser. Las armas son para el último caso que lo quieran aprehender a uno, cambiarlas, por lo menos"». (Summ., documento XXXI, p. 702).

El 30 de octubre de 1927 Miguel organizó la celebración solemne de la fiesta de Cristo Rey en un lugar llamado Palmitos perteneciente a San Julián, Jalisco, con la asistencia de más de 1,200 cristeros. Celebró la misa el P. Durán y asistieron como auxiliares en la confesión y comunión de tanta gente los PP. Aristeo Pedroza y Salvador Casas.

Casi a partir de esa fecha, Gómez Loza se estableció en Palmitos, (Cf. Summ., Proc. H, Test. VI, p. 399, § 1067). donde trabó amistad con el Pbro. Salvador Casas, asistente eclesiástico de esa comunidad. Ahí la topografía del terreno le favorecía y tenía una decidida y franca ayuda de los vecinos, máxime que para esas fechas era indispensable tener un lugar fijo para atender los asuntos que se le debían consultar y que habían aumentado. Los

testigos describen la actividad cotidiana del Beato en ese tiempo:

«[...] Escribía cuando tenía que contestar una carta. No le faltaba gente que venía a visitarlo o a hablar con él. De un regimiento de Jalpa, de San Diego o de otro que venía a recibir órdenes de los mandos: Toribio y Miguel Hernández. No los dejaba ir hasta que rezaran el rosario. Diariamente celebraba misa el P. Casas. Miguel quería ocultarse lo más que pudiera, quien quería verlo primero se presentaba con el de arriba (vigilante que estaba en las piezas) y luego bajaban con él donde estaban las piedras, la máquina y su asiento. Las pláticas eran: ¡consejos de catolicismo! Les encomendaba: "Infórmense donde hay algún chiquillo sin bautizar para que el padre lo bautice"». (Summ., Proc. H, Test. VI, p. 400, § 1070).

«Gómez Loza se dedicaba a hacer cartas, altero de éstas yo llevé a Rancho Guadalupe a casa de Jesús Rubio». (Summ., Proc. H, Test. XIV, p. 413, § 1100).

Las últimas semanas de 1927 transcurrieron sin incidentes notorios. La resistencia de los católicos se iba consolidando, las acciones beligerantes se planeaban de acuerdo a estrategias oportunas, los recursos siempre escasos se administraban con tino y el adiestramiento de las tropas había mejorado notablemente. En el mes de marzo de 1928, por algún asunto de vital importancia, el Beato decidió emprender un viaje a Guadalajara. (Cf. Summ., Proc. H, Test. III, p. 387, § 1033; Proc. H, Test. VI, pp. 399-400, § 1069).

Último día de su vida. Gómez Loza salió de Palmitos (1045 Hasta aquí todas las versiones concuerdan en lo general y las pequeñas diferencias circunstanciales no modifican el fondo del tema, pero conviene señalar que a partir de este punto existen varias opiniones en cuanto al lugar y a la forma del martirio sufrido por el Beato Miguel Gómez Loza, las cuales fueron analizadas ampliamente y con toda seriedad por el Sr. Vicente Camberos Vizcaíno, amigo y testigo del Beato, (Summ., documento XXXI, pp. 685-711), quien además tuvo acceso a información testimonial y documental directa e inmediata. Por considerarlo de suma importancia y para no desviar la atención del objetivo de esta biografía, hemos optado por seguir aquí el resultado final de dicha investigación, reservando el análisis de las otras corrientes para el siguiente capítulo que tratará concretamente del martirio material). **en compañía de uno de sus asistentes, Macario Hernández, y cerca de Atotonilco se detuvieron con el propósito de conferenciar con el jefe civil de ese lugar y descansar un poco, ya que la cotidiana fatiga y la pésima alimentación iban minando a gran prisa aquella naturaleza que en un tiempo fue muy**

recia. Era el 21 de marzo de 1928. Se hallaban tranquilos en una casa abandonada con motivo de las reconcentraciones ordenadas por el Gobierno, en compañía de dos hombres de los suyos que se les habían reunido, cuando sorpresivamente se percataron de que una avanzada militar se encontraba ya a muy poca distancia de la finca que ellos ocupaban y se dirigía hacia ellos. Sin tiempo para hacerse de sus caballos y ante la imposibilidad de alguna medida de conjunto, echaron a correr en distintas direcciones, siguiendo cada quien su suerte.

En ese momento, el primer impulso de Gómez Loza fue intentar poner a salvo la documentación relativa a la resistencia activa de los católicos, de la cual era portador; (Cf. Summ., Proc. H, Test. XII, p. 410, § 1095). especialmente la que pudiera considerarse delatora de personas y lugares para no comprometer más la causa.

Al ser capturado el Beato fue golpeado y como no se defendía lo lazaron del cuello amarrándolo a la cabeza de la silla y lo arrastraron con el caballo buen tramo hasta que lo creyeron muerto, (Cf. Summ., Proc. H, Test. Test XVIII, p. 422, § 16; Proc. H, Test. IV, pp. 392393, § 1048). rematándolo luego con un balazo por la espalda, ya que quedó de bruces cuando hicieron alto después de haberlo arrastrado.

Los compañeros que estaban con el Beato, uno falleció, otro escapó con vida pero quedó loco y el último, Macario Hernández, afirma que se pudo dar cuenta de que los federales habían ido a recoger costales de maíz a una casa cercana a la que ellos ocuparon para descansar, por eso llevaban los burros para regresar con la carga. (1048 El Gobierno había declarado zona militar la región de Los Altos, quedando aprisionados todos esos pueblos dentro de un cerco de soldados adiestrados en el crimen y en el hurto, con órdenes terminantes del Gral. Ferreira para recoger las escasas cosechas de los campesinos, no importándoles que fueran leales al Gobierno o de los que jugaban su carta del lado de los cristeros. Cf. Summ., documento XXI, p. 596). **Él desde su escondite sólo pudo oír los balazos y que el jefe de los federales dio la siguiente orden:**

«Échense por ahí un burro muy fuerte para llevar a un cristero que matamos, pero que sea bueno porque está muy panzón y de seguro que era el jefe porque traía todos estos papeles». (Summ., documento XXXI, p. 702).

Años más tarde algunos militares a quienes confidencialmente se les preguntó del caso confirmaron con su declaración lo antes expuesto:

«Como no se defendía, pudieron pegarle hasta echarle un lazo y lo arrastraron hasta que lo creyeron muerto, rematándolo luego a tiros, cosa que les pesó mucho cuando en Atotonilco se dieron cuenta de quién se trataba, pues decían que bien lo hubieran podido coger vivo», (Summ., *ibíd.*, p. 710).

De la misma manera quedó consignado en la obra "El clamor de la sangre", que por la identidad de su autor y por la mayor proximidad de su origen con la fecha del suceso narrado, ofrece más visos de verosimilitud y al respecto afirma:

«Fue sorprendido en El Lindero, lazado y arrastrado buen tramo a cabeza de silla y asesinado, vaciándole la carga de una pistola». (1051 Barquín y Ruiz Andrés, bajo el seudónimo Joaquín Blanco Gil, "El clamor de la sangre", colección México Heroico, Editorial Jus, México, 1967, segunda edición, 480 pp.; cf. Summ., documento XXXI, p. 701).

Como ya se dijo, una vez consumada la muerte, por orden del jefe de los federales, el cadáver de Miguel en ropas menores fue cargado de bruces sobre un asno y así fue trasladado a Atotonilco el Alto en cuya plaza quedó expuesto durante varias horas a la expectación pública para escarmiento de los vecinos. (Cf. Summ., Proc. H, Test. X, p. 407, § 1089; Proc. H, Test. XI, pp. 408-409, § (1093); Proc. H, Test. XII, p. 410, § 1096; Proc. H, Test. XIV, p. 412, § 1099).

Por orden de las mismas autoridades militares, el Dr. Martín del Campo se encargó de embalsamar los restos mortales del Beato para ser transportados al día siguiente, 22 de marzo de 1928, a Guadalajara haciendo así más amplia la constatación del descalabro sufrido por los cristeros. (Summ., Proc. H, Test. I, p. 371, § 993; ver también: Proc. F, Test. VIII, p. 262, ad 21). La constancia civil de defunción consigna que Miguel Gómez Loza falleció a consecuencia de heridas de proyectil de arma de fuego, según certificado médico. (Cf. Summ., documentos personales 37, p. 505).

Sepelio en Guadalajara. En la capital del Estado el cadáver fue depositado en el Hospital Militar y hasta el día siguiente, mediante muchas gestiones, fueron entregados a sus familiares para su velación y cristiana sepultura.

Parecía un golpe rotundo a la organización cristera, sin embargo el pueblo católico lo interpretó como un triunfo manifestando con valentía su dolor y su esperanza. Miles de católicos acudieron a honrar al fallecido tocando con veneración sus restos. Los muchachos de la ACJM y los obreros tan queridos por Miguel hicieron la guardia, formando a la vez el cordón de vigilancia que se hizo necesario por la numerosa la afluencia. Muchas personas aproximaron a las heridas pequeños algodones o tomaron partículas del cabello y de las ropas para conservarlos como reliquias.

«Creo que se le consideró como mártir porque su ropa ensangrentada fue hecha pedazos por la gente para guardar recuerdos como reliquias». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 387, § 1034).

«[...] La gente lo ha tenido como mártir, prueba de esto es que mojaban algodones en su sangre para conservarlos como reliquia». (Summ., Proc. H, Test. V, p. 398, § 1066).

El día 24 por la tarde, recibió Miguel el último homenaje popular con una gran apoteosis semejante a la tributada al "Maestro Cleto" un año antes. Las calles parecían ríos de gente acompañando sus restos mortales y sobraron espontáneos para cargar en hombros el féretro hasta el panteón de Mezquitán.

Fue colocado en la misma cripta de su amigo Anacleto, propiedad de la familia Ocampo que generosamente la ofreció.

«[...] Se sepultó en el panteón de Mezquitán. Una familia de cierta prominencia social prestó el sepulcro, lo ofreció porque se sentían muy honrados en que fuera sepultado en su propiedad». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 388, ad 28).

El 1º de abril de 1947 los restos mortales del Beato Miguel Gómez Loza fueron trasladados al Santuario de Ntra. Señora de Guadalupe en Guadalajara y colocados en el muro norte del crucero poniente, junto a los del Beato Anacleto González Flores.

«A los cuarenta años fueron exhumados los restos del panteón de Mezquitán. Fueron exhumados personalmente por mi esposo, Sr. José Jiménez. [...] De ahí se trasladaron al templo parroquial del Santuario de Guadalupe, por iniciativa de la Unión de Católicos Mexica-

nos, comité de señores de la Acción Católica. Esto se hizo con la debida autorización tanto eclesiástica como civil». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 372, § 995).

«[...] Los restos que se encontraron se depositaron en una caja chica (urna), fueron llevados al Santuario de Guadalupe donde se encuentran. Están en la parte izquierda del presbiterio, en el muro del crucero viendo hacia el altar». (Summ., Proc. H, Test. II, p. 380, § 1015).

* * * * *

FUNDAMENTO DE LA FAMA DE MARTIRIO DEL BEATO MIGUEL GÓMEZ LOZA

En el año de 1926, con el cierre del culto público, la situación socio-política-religiosa en México había llegado a tal punto que el pueblo católico ya no resistía más y comenzaron a darse los levantamientos armados contra el Gobierno en distintos lugares, especialmente en los Estados de Jalisco, Colima, Zacatecas, Guanajuato y Michoacán.

«El origen de la persecución fue debido a la inconformidad a la constitución de 1917. [...] La inquina del Gobierno se concentraba en las partes que practicaban más su religiosidad y que los católicos estaban más bien organizados, como en Jalisco que se distinguió la recia personalidad del Arzobispo Orozco y Jiménez». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 386, § 1030).

«[...] Cuando tomó Calles el poder quiso aplicar al pie de la letra la constitución. Aquí en Guadalajara la situación civil de 1914 a 1925 se distinguió por el combate a los Gobiernos». (Summ., Proc. H, Test. II, p. 378, § 1012; ver también: Proc. H, Test. XVII, p. 418, ad 22).

«La ACJM Capacitó muchachos. [...] Se cerraron los templos, la catedral de Guadalajara quedó convertida en hotel, un verdadero desastre. El templo de San Antonio fue convertido en caballeriza, quemaron reclinatorios, confesionarios e imágenes de los santos. Los cristeros se levantaron en armas». (Summ., Proc. H, Test. IV, p. 392, § 1047).

La ACJM En Guadalajara, de la cual fue socio fundador el Beato, afrontó tal situación formando y organizando a los jóvenes para defender los derechos de su fe por medios pacíficos y legales. Así lo afirman los testigos:

«La ACJM Fue la que dio respuesta a todo lo que implementó el Gobierno para presionar a los católicos. El episcopado mexicano con el cierre del culto en los templos causó una gran inconformidad en el pueblo. La iglesia en Guadalajara ni autorizó ni reprimió. Yo iba con el grupo de acejotaemos a la casa del Sr. Arz. Francisco Orozco y Jiménez a las guardias». (Summ., Proc. H, Test. XVII, p. 418, § 1115).

«La ACJM actuó concientizando a la gente sobre la misma persecución, sobre todo en los ambientes de obreros, jóvenes, campesinos, empleados, en las clases productoras y los medios usados fueron los citados círculos de estudio sobre la doctrina social católica, sobre religión, con cursos y semanas sociales y campesinas. El episcopado a nivel nacional hacía llamados con orientaciones pastorales y en sus protestas a las exigencias del Gobierno. El Excmo. Sr. Arz. D. Francisco Orozco y Jiménez conminaba a los jóvenes de la ACJM a la acción en su sede de Angulo y Pedro Loza». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 369, § 986; ver también: Proc. H, Test. III, p. 386, § 1030).

El Beato Miguel Gómez Loza siempre actuó en primera línea trabajando con gran celo por despertar la consciencia del pueblo y animando a los demás especialmente por su ejemplo, por lo cual fue perseguido constantemente.

«[...] El Beato no se conformó con ese ambiente, al contrario, siguió trabajando en la causa de la defensa de la religión, afrontando los riesgos que esto traía consigo». (Summ., Proc. H, Test. XVII, p. 419, § 1115).

«En Guadalajara el Arzobispo Orozco y Jiménez fue muy valiente. La UP y el boicot económico fueron organizados por Anacleto González Flores. [...] Anacleto y sus compañeros, entre ellos Miguel, creyeron que de esta manera se llegaría a una solución pacífica. Miguel Gómez Loza actuó en primera línea. Era consciente del peligro que corría su vida, pero él no corrió, si él hubiera corrido habrían corrido todos». (Summ., Proc. H, Test. XIX, p. 426, § 1134).

«[Defendía] a la iglesia, eso está claro. Si no hubiera sido por Miguel la gente hubiera entregado todo y así entregaban la vida antes que nada». (Summ., Proc. H, Test. XV, p. 414, § 1104).

En más de 50 ocasiones estuvo Miguel en la cárcel y sufrió muchas veces injusticias y vejaciones por defender a la iglesia, pero nunca desistió de sus convicciones, al contrario, eso mismo

lo impulsaba a redoblar su esfuerzo sabiendo que arriesgaba su vida en una lucha desigual.

«[...] Estuvo más de 50 veces en prisión, como he dicho, por faltas administrativas y otras por desobediencia a la autoridad civil. [...] La reacción de él fue afianzarse más en sus convicciones, jamás se doblegó». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 386, § 1031).

«Tomaron preso muchas veces al Beato, se portaba valiente, de ahí su actuación en la Catedral bajando la bandera comunista y su cercanía con los obreros para ayudarlos y prepararlos. Lo tomaron preso porque hacía propaganda católica. Él nunca corrió, trataban de que cambiara ofreciéndole empleo en el Gobierno, pero nunca aceptó». (Summ., Proc. H, Test. XIX, p. 426, § 1135).

El Beato sabía perfectamente bien que las armas no eran la mejor solución del conflicto. Tanto Miguel como Anacleto siempre propusieron una resistencia firme pero pacífica, ejemplo de esto fue el boicot económico.

«Al principio, el Sr. Orozco y Jiménez trató de conservar la autonomía de sus organizaciones religiosas, las más numerosas de México, y se fundó la Unión Popular. Sus líderes recibieron sugerencias del Sr. Arzobispo. La *Unión Popular* apoyó el boicot económico. Con el boicot se trataba de bloquear al Gobierno no pagando impuestos. La gente no gastaba más que lo estrictamente necesario. [...]

En los primeros enfrentamientos en Jalisco, el Arzobispo y los líderes propugnaban la resistencia civil y fueron rebasados por los que pedían el enfrentamiento con las armas instigados por la Liga». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 386, § 1030).

Al precipitarse los ánimos juveniles instigados por la Liga hacia una opción armada, el Beato no abandonó la causa. Él era consciente de que ése era el momento preciso para huir y salvar su vida, sin embargo, tanto él como Anacleto aceptaron el reto de coordinar y organizar todo aquello que se venía encima, porque ¿cómo abandonar a la deriva a ese pueblo que ilusionado deseaba defender su fe con la propia vida, pero carecía de una preparación adecuada y de los medios materiales para realizarlo?

«En México, D.F., surgió la Liga y aquí en Guadalajara la UP iniciada por Anacleto

González Flores que empezó independiente de la Liga y que por presiones obedeció a la Liga en cuanto a los levantamientos, ya que eran espontáneos y esa obediencia se impuso dado que por ser tantos los levantamientos no los podían controlar. La gente así presionaba al Gobierno para retirar las leyes injustas que condicionaban a la iglesia». (Summ., Proc. H, Test. II, pp. 378-379, § 1012).

«Al inicio del movimiento cristero en Jalisco, la *Unión Popular* se oponía al recurso del uso de las armas, ésta era la postura del Beato

Cuando vieron que había levantamientos en varias regiones y en respuesta al llamado de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa, entonces entre los jefes cristeros se eligió democráticamente al Lic. Miguel Gómez Loza como gobernador civil de la región Jalisco (no la gubernativa del Estado de Jalisco), título administrativo por lo que no tomaba parte directamente en la lucha armada». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 371, § 994).

A los tres meses de iniciada la carrera, el 1º de abril de 1927, la muerte de Anacleto fue para Miguel un golpe terrible que afrontó con fe, sabiéndose continuador de la gran empresa que juntos habían levantado. Por ese motivo la Liga le confirió el nombramiento de gobernador provisional de Jalisco y cinco meses después también la administración conjunta de la parte occidental del Estado de Guanajuato.

Gómez Loza había salido de Guadalajara el día 5 de enero de 1927 y estuvo viviendo en varios campamentos. Las funciones que ejercía eran semejantes a las de procurador o comisario castrense, cuidando la pureza del ideal y señalando los errores y las anomalías que detectaba. Sus actitudes siempre fueron claras y rectas, como autoridad civil no le correspondía usar las armas.

«Por las circunstancias que había en México en cuestión religiosa, circunstancias sabidas por la historia, el Beato por defender los derechos de la iglesia trabajó y luchó con denuedo, pero no en el frente de batalla, él no tomó las armas para luchar en el frente, él coordinaba la defensa de la fe como gobernador civil del Estado de Jalisco». (Summ., Proc. H, Test. XX, p. 429, § 1146).

«[...] Miguel Gómez Loza era como inspector, no andaba en las armas y nunca lo anduvo». (Summ., Proc. H, Test. XI, p. 409, § 1093).

«[...] Su carácter era sosegado como para dar consejos. Venían a conversar con él jefes militares de los cristeros». (Summ., Proc. H, Test. VI, p. 400, § 1071).

Palmitos, Jalisco, fue el último lugar fijo de su residencia, ahí tenía una decidida y franca ayuda de los vecinos que eran de arraigada fe católica, además de que la topografía del terreno le favorecía para el servicio que prestaba a la causa. Sin embargo, en marzo de 1928 por algún asunto de suma urgencia Miguel decidió viajar a Guadalajara y salió de Palmitos acompañado de uno de sus asistentes llamado Macario Hernández. (1076 Así lo testimonia en su obra el Sr. Camberos Vizcaíno, quien tuvo como fuente directa al Sr. Rafael Martínez Camarena, estrecho colaborador y secretario de Gómez Loza, quien revisó y aprobó lo ahí mencionado, contra otra versión que señala al mismo Martínez Camarena como acompañante del Beato en ese viaje).

«[...] Ellos iban a viajar a Guadalajara con papeles muy importantes». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 371, § 991). «[...] Miguel Gómez Loza venía a Guadalajara a arreglar ciertas diferencias con la Liga». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 387, § 1033).

«Un día fui con el Lic. Miguel y me dijo: "Voy a retirarme, voy con rumbo a Guadalajara a firmar unos papeles con unos compañeros. Te digo esto para que las cartas que vengan para mí me las guardes"». (Summ., Proc. H, Test. VI, pp. 399-400, § 1069).

El día 21, a su paso por un lugar cercano a Atotonilco, (1080 Aunque todos los lugares señalados por las diversas fuentes son próximos a Atotonilco, una indica: "un rancho cercano a Cerro Gordo", otra designa: "La Tinaja, cerca de Capilla de Milpillas", la tercera menciona: "el rancho de Coronillas", la cuarta: "La Raya, cercano a San Francisco de Asís", que indiscutiblemente es la más probable, y la quinta: "El Lindero" a orillas de Atotonilco). se detuvieron para descansar un poco, dar reposo a sus cabalgaduras y conferenciar con el jefe civil de ese lugar, quien se les reunió acompañado de otro colega. (1081 Con referencia a las personas que se encontraban en ese momento con el Beato, la primera fuente menciona: "un grupo en cuya compañía se hallaba el Lic. Gómez Loza"; la segunda: "Gómez Loza y algunos acompañantes"; la tercera únicamente cita: "Miguel y su asistente, quien se quedó esperando cerca del lugar de la emboscada", coincidiendo con la quinta sólo en cuanto a las personas; mientras que la cuarta menciona, además de Gómez Loza, a "Macario Hernández y otros dos vecinos de San Francisco de Asís que eran los jefes civiles". Ésta última es la más probable). Se encontraban tranquilos en una casa abandonada con motivo de las reconcentraciones ordenadas por el Gobierno, (1082 En cuanto al carácter de la estancia, cuatro de las fuentes coinciden en que los protagonistas estaban en una casa abandonada. Sólo la tercera supone la casa de un hacendado y una emboscada urdida con todo cálculo mediante una invitación a comer. Ésta

última es la menos verosímil). cuando de forma sorpresiva (1083 En lo que atañe a la forma del acontecimiento, se identifican cuatro de las versiones al asegurar que fue sorpresiva. Sólo la tercera hace suponer la premeditación de un complot que según todas las probabilidades investigadas no llegó a existir, sin embargo, algunos de los testigos en el proceso diocesano la mencionan en su declaración. Cf. Summ., Proc. H, Test. V, p. 396, § 1059; Proc. H, Test. VII, p. 403, § 1080; Proc. H, Test. XII, p. 410, § 1095). se percataron de que avanzaba hacia ellos a muy poca distancia un escuadrón federal de caballería. (1084 Según puede deducirse por las mismas informaciones, se trata de un regimiento o escuadrón de soldados montados que debió contar como mínimo con veinte hombres. Por unanimidad los testigos afirman que lo mató el Gobierno). Sin pensarlo dos veces emprendieron la fuga corriendo cada uno en distintas direcciones.

Por el testimonio de Macario Hernández, presentado por el Sr. Camberos Vizcaíno, se sabe que los federales llevaban burros porque iban a recoger los costales de maíz que se encontraban en una casa vecina a la que ocupaban el Beato y sus acompañantes y como todo estaba abandonado les fue fácil detectar el movimiento de personas y cabalgaduras y rápido sitiaron el lugar. Además, se cree que en ese momento Miguel se entretuvo un poco por querer salvar la documentación que portaba referente a la causa, ya que cuando lo capturaron traía su bolsa de cuero con los documentos:

«[Macario Hernández] Fue a ocultarse en unas casitas que estaban solas, porque se aproximaban los federales y se ocultó en una yerba que le llaman *plumbago*, pero como fuera esa la casa de donde tomaron el maíz, don Macario pudo observar desde su escondite cómo después de que llegaron con algunos burros para la carga, llegó el jefe de los federales y dijo poco más o menos esto: "Échense por ahí un burro muy fuerte para llevar a un cristero que matamos, pero que sea bueno porque está muy panzón y de seguro que era jefe, porque traía todos estos papeles", al mismo tiempo que mostraba una bolsa de cuero que don Macario reconoció como la que Miguel usaba». (Summ., documento XXXI, p. 702).

Son varios los testigos que mencionan en su declaración esa bolsa que usaba Gómez Loza para sus documentos:

«[...] Cargaba una bolsa con papeles que le quitaron cuando lo mataron, ahí traía todo el

negocio. Era jefe civil, encargado del Gobierno de los cristeros. Era el jefe grande, él no era revolucionario, era jefe civil». (Summ., Proc. H, Test. XII, p. 410, § 1095).

Y más adelante continúa diciendo el Sr. Camberos Vizcaíno lo siguiente:

«De los otros dos compañeros que estaban con Miguel, no pude tener noticias, porque uno murió y el otro que escapó con vida quedó loco; de suerte que no me fue posible tener otra información». (Summ., documento XXXI, p. 702).

Por otro lado, todas las informaciones convergen, explícita o implícitamente en que el cadáver del Beato presentaba por la espalda un orificio de entrada de proyectil, dato corroborado por el testimonio de la Sra. Guadalupe Sánchez, esposa de Miguel, además de excoriaciones en la cara y prolongada equimosis longitudinal al derredor del cuello, como si hubiera sido estrangulado.

El Beato pudo morir mientras huyendo presentaba la espalda a sus perseguidores, (1088 Al carecer de testigos de visu, esta hipótesis fue la que más se propagó dado que el balazo tuvo entrada por la espalda del Beato y son varios los testigos de auditu que la mencionan en su declaración. «El hecho de haber corrido no quiere decir que traicionó su fe. ¡Jamás renegó!» Cf. Summ., Proc. H, Test. XIV, p. 413, § 1102; Proc. H, Test. XVII, p. 419, § 1117; Proc. H, Test. XX, p. 430, § 1147; Proc. H, Test. I, pp. 370-371, § 991; Proc. H, Test. IX, p. 406, § 1086). pero nada impide que el impacto del balazo se haya verificado después de haber sido aprehendido y arrastrado atado del cuello a la cabeza de la silla de un caballo y después recibir el balazo por la espalda, habiendo quedado de bruces cuando hicieron alto después de haberlo arrastrado, como lo asienta Andrés Barquín y Ruiz en "*El clamor de la sangre*" al declarar lo siguiente:

«Fue sorprendido en "El Lindero", lazado y arrastrado buen tramo a cabeza de silla y aseñado, vaciándole la carga de una pistola». (Summ., documento XXXI, p. 701 [Cf. Barquín y Ruiz Andrés, bajo el seudónimo Joaquín Blanco Gil, "*El clamor de la sangre*", colección México Heroico, Editorial Jus, México, 1967, segunda edición, 480 pp. 1).

También algunos testigos declaran sobre este punto lo siguiente:

«[...] Mi tío Estanislao Lara, hermano de mi madre, era soldado raso y lo iban a ascender un grado militar. Él fue buscando al gobernador de los cristeros Miguel Gómez Loza, casualmente lo divisó cuando lo emboscaban y mi tío se

escondió en un cerro cercano. Salieron los federales y lazaron al Beato y amarraron la soga a la cabeza de la silla y lo arrastraron subiendo y bajando el cerro. Mi tío dijo que no había recibido ningún balazo. Esto sucedió por Atotonilco el Alto, Jalisco». (Summ., Proc. H, Test. XVIII, p. 422, § 1126).

«[...] Lo lazaron y lo arrastraron por todo un potrero, amarrado del caballo; lo llevaron a tender en una casa del Gobierno, sobre una tabla». (Summ., Proc. H, Test. IV, p. 393, § 1048).

«[...] El día que lo mataron yo estaba al pie del cerro, por la mesa. Vi que se fueron para allá, traían burros, vi cuando mataron a Nicho Vázquez. Al rato vi cuando sacaron a Miguel Gómez Loza que físicamente era de buen tamaño, blanco, de cara delgada. Platicaba igual que nosotros, un poco gachupín. Platicábamos de la revolución. Vi cuando traían el cuerpo ya muerto, atravesado en un burro. Lo mataron en El Lindero. Nosotros peleábamos para que no mataran a los sacerdotes». (Summ., Proc. H, Test. XI, p. 409, § 1093).

En vista al conocimiento moral y espiritual del actuar cotidiano del Beato durante toda su vida, no creemos necesaria una concienzuda preparación en psicología para deducir y presentar con certeza evidente cual sería su última actitud ante el peligro de muerte. Miguel fue un hombre de una sola pieza que supo conservar toda la vida alto su ideal y por conseguirlo no hubo peligro que lo arredrase, ni amenaza que pudiera cohibir su coherencia de vida católica y sabía lo que arriesgaba. Los testigos lo describen de la siguiente manera:

«De joven y de adulto nunca se detuvo ante las vicisitudes, inspirado en la fe en Dios para conseguir el triunfo de los valores cristianos. [...] Toda su actividad estaba en conseguir esa libertad, poniendo por delante la esperanza en Dios. Su riesgo lo corría, porque veía que había otros bienes superiores». (Summ., Proc. H, Test. II, p. 380, § 1017).

«Tenía una fe acendrada y confiada, exponiendo y dando su vida por Cristo en todo momento, en circunstancias buenas, difíciles y malas. Frecuentaba los sacramentos y hacía oración diariamente. [...] Vivió un amor exagerado por Dios, en grado supremo. Siempre dispuesto a realizar la voluntad de Dios, por el amor que siempre le profesó a través de los sacramentos». (Summ., Proc. H, Test. XIX, p. 427, § 1137).

Además, podemos afirmar con toda la fuerza de la lógica y la persuasión que Miguel no murió peleando, como lo llega a tomar por probable la cuarta versión. El impacto o impactos recibidos por la espalda descartan toda posibilidad de lucha, pues de haberse verificado, los proyectiles hubieran horadado el cuerpo por el frente.

Existe además otra hipótesis que nace de informes orales y parte del momento en que el cadáver de Miguel fue cargado de bruces sobre el asno solicitado por el jefe de los federales, asienta que habiendo sido identificado por los documentos que portaba en la bolsa de cuero como gobernador de los cristeros, fue echado de nuevo al suelo y arrastrado hasta Atotonilco, atado del cuello a la cabeza de la silla. Como lo declaran algunos testigos:

«[...] Lo arrastraron a cabeza de silla, en esa forma hasta Atotonilco, Jalisco, hasta la plaza pública». (Summ., Proc. H, Test. II p. 379, § 1014).

Otros testigos, sin embargo, aseguran que lo llevaron a Atotonilco ya muerto, atravesado en un burro:

«[...] Gómez Loza físicamente era grande, gordo, alto, de buen carácter. Le decíamos "Pedro" como sobrenombre. Supe que lo mataron a balazos en El Lindero. Nosotros estábamos reconcentrados en Atotonilco. Me paré en la puerta, vi pasar la tropa del Gobierno y llevaban a un señor atravesado en un burro, sin pantalones. "Es Pedro y lo llevan muerto", le dije a mi papá y él se puso muy pálido. "Vaya a verlo, lo van a dejar en la presidencia", pero mi papá me dijo: "Al Gobierno no me acerco, trabajo en los dos lados".

Yo fui y vi el cadáver de Gómez Loza en el piso tirado, estaba morado pues lo traían con la cabeza colgando. No me fijé si tenía heridas porque había tumulto de gente, ya que éramos muchos los que fuimos a verlo. Al poco rato llegó mi papá. Estábamos de luto». (Summ., Proc. H, Test. X, p. 407, § 1089)

Providencialmente, el Sr. Rafael Martínez Camarena aclarando este punto presentó en octubre de 1952 al Sr. Camberos Vizcaíno para su obra que estaba a punto de editar, valiosos testimonios recabados por él mismo en los siguientes términos:

«...Encontré testimonios en Arandas, en el sentido de que a Miguel lo llevaron a Atotonilco atravesado en un burro y en ropas menores únicamente. Este testimonio lo dan: Rafael Magaña, Manuel Gómez y Cecilio Camarena que dicen haberlo visto: uno de la esquina del "Hotel de la Marina" y los otros en el jardín o plaza principal. Mucho temo que esta noticia le trastorne un poco su escrito y más que todo porque veo que usted se inclina a consignar que lo llevaron arrastrando desde donde se dieron cuenta de que se trataba de Miguel, pero Cecilio Camarena es uno de los testigos que primero lo identificaron a petición de los mismos federales, pues no se dieron cuenta de quién era sino hasta que en Atotonilco lo identificaron los que lo conocían, y como seguramente su obra saldrá a la publicidad cuando todavía existan algunos testigos, no quiero que encuentren ninguna falsedad, pues en mi concepto desvirtuaría toda la narración. Por otra parte me encontré en ésta (México, D.F.) con el doctor Luis Márquez que está escribiendo algo y ha tomado personalmente informes con algunos militares y me permití preguntarle sobre lo que tanto nos interesa de nuestro amigo (Gómez Loza) y me contestó lo siguiente: "Como no se defendía, pudieron pegarle hasta echarle un lazo y lo arrastraron hasta que lo creyeron muerto, rematándolo luego a tiros, cosa que les pesó mucho cuando en Atotonilco se dieron cuenta de quién se trataba, pues decían que bien lo hubieran podido coger vivo"». (Summ., documento XXXI, p. 710).

Estos testimonios encajan perfectamente bien con el estilo personal y el temperamento del Beato y, al redondear la información, presentan con certeza evidente la realidad histórica de su martirio. Además ante estas declaraciones, cualquier otra hipótesis resulta carente de significado y su valor es meramente circunstancial, no esencial: si fue en un rancho o en otro, si estaba acompañado de dos o de tres colegas, si se encontraba descansando en una casa abandonada o fue deliberadamente invitado a comer para tenderle una trampa, si sucedió de manera sorpresiva o se trató de una traición. Lo cierto es que cuando el Gobierno lo mató, Miguel traía su bolsa de cuero con la documentación, esto demuestra que en el momento del peligro pensó primero en salvar los documentos que podían comprometer a la causa que defendía y no en su propia vida.

Sus restos mortales fueron embalsamados en Atotonilco por orden de las mismas autoridades militares.

«En el curato de Atotonilco estaba acuartelado el Gobierno. Desde la banca del cuadro de la plaza mirábamos por la puerta que era ancha. Gómez Loza estaba tendido en una mesa. Le aventaban baldes de agua para lavar el cuerpo. Le entregaron las vísceras a Feliciano Loza para que las enterrara. Estaba un poco retirado pero eso fue lo que vi. Había mucho Gobierno en la puerta, en la calle y adentro del curato». (Summ., Proc. H, Test. IX, p. 406, § 1087).

«[...] El cuerpo de Gómez Loza fue sacado por Sabino Serrano en un burro al pueblo de Atotonilco el Alto, Jalisco, lo dejaron en el cuartel, en la esquina de la iglesia. Ese cuartel era parte de la iglesia, al lado oriente del jardín. Se dijo que lo iban a llevar a México, no supimos al fin». (Summ., Proc. H, Test. XII, p. 410, § 1095).

«[...] El Dr. Ocampo [Martín del Campo] lo embalsamó por mandato del Gobierno, haciendo un trabajo muy especial con él, haciéndolo de una forma muy respetuosa y con veneración. Le entregaron su overol a mi mamá». (Summ., Proc. H, Test. II, p. 380, § 1014).

El 22 de marzo fue trasladado el cadáver a Guadalajara y al día siguiente, mediante muchas gestiones, fue entregado a sus familiares. Una muchedumbre ingente asistió a rendirle el último tributo. El 24 de marzo de 1928 se celebró el sepelio en el panteón de Mezquitán en medio de una inmensa multitud que asistió a pesar de los riesgos y las amenazas del Gobierno. (Cf. Summ., Proc. H, Test. I, p. 374, § 1003; Proc. H, Test. II, p. 383, § 1025; Proc. H, Test. III, p. 388, ad 28).

Cuarenta años después, sus restos mortales fueron trasladados al templo parroquial del Santuario de Guadalupe y colocados a la izquierda del presbiterio, en el muro del crucero viendo hacia el altar, donde se encuentran actualmente. (Cf. Summ., Proc. H, Test. I, p. 372, § 995; Proc. H, Test. II, p. 380, § 1015).

Aquí sólo nos resta puntualizar que, con el objeto de una mayor claridad en cuanto a la búsqueda de la verdad histórica, hemos querido citar en su lugar correspondiente todas las hipótesis circunstanciales que existen, ya que es de suma importancia al finalizar este capítulo el hecho de no dejar dudas bajo el perfil cronológico

ni en lo referente a la comprobación del asesinato del Lic. Miguel Gómez Loza.

3. MARTIRIO FORMAL DEL SIERVO DE DIOS MIGUEL GÓMEZ LOZA.

Como se ha venido viendo en los capítulos anteriores, por la historia consta claramente el odio con que se persiguió a la iglesia católica en México durante las primeras décadas del siglo XX y la reacción del pueblo que, como último recurso, se levantó en armas para defender su fe. Aquí nos concretaremos a presentar los testimonios que manifiestan los motivos que tenía el Gobierno para perseguir a muerte a Gómez Loza y la disposición cotidiana del Beato para acoger el martirio.

a) *Odio a la fe por parte del perseguidor.*

El Gobierno intentaba por todos los medios imponer un ambiente general de tendencia claramente liberal y anticlerical, atropellando los derechos del pueblo que en su gran mayoría era católico. Por la religiosidad de su gente, el Estado de Jalisco fue uno de los que más luchó por defender su fe.

«[...] Moralmente se vivía un estado de libertinaje. Ése era el ambiente de la nación. En Jalisco se agudizó este orden de cosas por la religiosidad acendrada. La perspectiva era diferente a la generalidad de la nación por la gran moralidad que se vivía en Guadalajara y las regiones circundantes, trascendiendo una basta región. Tanta parte tomaba mi papá en la defensa de la iglesia católica que fue encarcelado 59 veces». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 369, § 985).

«Gómez Loza defendía la libertad de culto. Les decíamos "tíos" a los sacerdotes. La gente se reunía y los sacerdotes les iban a celebrar misa. El solo hecho de celebrar misa era motivo para matar a los sacerdotes». (Summ., Proc. H, Test. X, p. 408, § 1090).

La coherencia de vida cristiana de Miguel Gómez Loza no tiene discusión ni duda, su dinamismo por luchar en favor de la verdad y de la vida lo llevaron a un compromiso radical en la promoción de los valores de la doctrina social de la iglesia católica, especialmente entre los obreros y la juventud, sufriendo por este motivo persecución constante por parte del Gobierno.

«[...] Sus actividades causaban molestia al Gobierno. Constantemente cateaban su casa y revolvían papeles. Todas estas acciones lo afianzaban en sus principios y lo hacían tenaz, persistente y convencido». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 387, § 1032).

En efecto, muchas veces Miguel fue hecho prisionero por defender los derechos de la iglesia y siempre lo vivió con paz y hasta con alegría. Nunca pretendió huir y al salir de la prisión continuaba su apostolado sin intimidarse por las agresiones o los peligros y jamás renegó de su fe.

«[...] Fue hecho prisionero 59 veces por defender a la iglesia, lo llevaban a la cárcel de Escobedo. Para intimidarlo una vez lo llevaron a Atotonilco para simular su ejecución, le quitaron el calzado para fusilarlo y le formaron cuadro; esto sucedió cuando vivía en Arandas, Jalisco.

Tan no se intimidó que continuó en la causa. Siempre que fue tomado preso su reacción fue positiva. Dado que era un buen licenciado con habilidad profesional era vigilado». (Summ., Proc. H, Test. Y, p. 396, § 1058).

«[...] Fue un hombre tranquilo que no se desesperaba. Volvía sonriente de las cárceles. Tengo la impresión de que no pensó mucho en lo material. En ninguna circunstancia abdicó de sus ideas». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 388, § 1035).

«A cada rato estuvo preso, muchas veces. [...] La orden de aprehensión era girada por el Estado, pero también las hubo de la federación. Era un revoltijo horrible. Él tenía una serenidad tremenda. Sabía que lo que hacía, lo hacía por Dios y cuando salía libre lo seguía haciendo con mayor fuerza. La causa de sus prisiones fue por hacer propaganda a favor de la religión». (Summ., Proc. H, Test. XVII, p. 419, § 1116).

«En una ocasión izaron en la Catedral de Guadalajara la bandera rojinegra y Miguel la bajó, motivo por el cual fue hecho prisionero en la cárcel de Escobedo, quincinado lo dejaban libre y lo volvían a meter a la cárcel de Escobedo». (Summ., Proc. H, Test. IV, p. 392, ad 24).

El Gobierno intentó comprar al Beato ofreciéndole empleos y cargos para ganarlo a su favor, pero él siempre los rechazó. Esto contribuyó en gran parte a obstaculizar la obtención de su título profesional de abogado.

«[...] El Lic. Zuno le llegó a proponer puestos políticos con lo que trataba de tenerlo ajeno a acciones públicas. Lo querían corromper para que no asesorara a obreros y campesinos». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 370, § 989).

«[...] El gobernador a él y a Anacleto les negó firmar el título. El gobernador Zuno tenía pique con ellos por considerarlos líderes católicos y los veía como enemigos del Gobierno». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 384, ad 12; ver también: Proc. H, Test. I, p. 373, § 998).

«Lo tomaron preso porque hacía propaganda católica. Él nunca corrió, trataban de que cambiara ofreciéndole empleo en el Gobierno, pero nunca aceptó». (Summ., Proc. H, Test. XIX, p. 426, § 1135).

«Se recibió de abogado sin obtener la firma de su título porque José Guadalupe Zuno, gobernador del Estado de Jalisco, no quiso firmar el título por la negativa que el Beato le dio al gobernador para ocupar un puesto que le ofrecía». (Summ., Proc. H, Test. II, p. 376, § 1007; ver también: Proc. H, Test. I, p. 366, ad 12).

«[...] Hizo promesa de no aceptar cargo en el Gobierno porque en la rutina del Gobierno los inducen a cambios de idea». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 388, § 1035).

«No aspiró a tener riquezas. Rechazó los puestos públicos que le ofrecían para doblegar sus convicciones». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 374, § 1000; ver también: Proc. H, Test. II, p. 379, § 1013).

Cuando Miguel se fue a vivir a Arandas, en 1922, fue muy bien acogido por el pueblo, no así por el Gobierno que lo miraba como a un enemigo porque promovía la doctrina social cristiana.

En la primera oportunidad, lo tomaron preso y lo desterraron del municipio bajo amenaza de muerte, sin que mediara ninguna orden judicial.

«[...] En Arandas, Jalisco, recuerdo que prácticamente fue secuestrado en Cerro Gordo desterrándolo del pueblo, ya no volvió y cambió su residencia a Guadalajara». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 386, § 1031; ver también: Proc. H, Test. I, p. 367, § 980).

En cuanto al boicot económico, los testigos declaran en qué consistió, cómo se organizó, con qué fin y cuál fue la participación de Beato:

«[...] Como una presión en contra del Gobierno para que quitara las leyes antirreligiosas y no cristianas se organizó el boicot económico que consistió en abstenerse de comprar cosas que

no fueran estrictamente necesarias». (Summ., Prac. H, Test. II, p. 379, § 1012).

«[...] Como ya se habían agotado todos los medios legales para exigir la defensa religiosa, se hizo el boicot como medio económico para lograr mediante ese bloqueo la defensa de la iglesia católica». (Summ., Prac. H, Test. I, p. 370, § 987).

«[...] El boicot lo hicieron para que el Gobierno accediera a cambiar la situación persecutoria. Ni el boicot ni las súplicas sirvieron. Nosotros, gente de aquí y de otros ranchos, en papeles grandes firmábamos pidiendo respeto a la iglesia». (Summ., Prac. H, Test. VI, p. 401, § 1076).

«La *Unión Popular* fue fundada y organizada por el Maestro Cleto y Miguel Gómez Loza. Tenían jefes de manzana y de cuadra, cuatro personas en cada una y luego en sectores. Fue una organización muy buena. El boicot económico consistió en comprar sólo lo indispensable, nada de lujos, ni cine, ni nada, esto trajo como consecuencia la quiebra de negocios y cines. También se dejó de pagar impuestos. Ésta fue la forma de protesta a las exigencias del Gobierno del registro y control del número de sacerdotes que autorizaba a ejercer el culto». (Summ., Prac. H, Test. XVII, pp. 418-419, § 1115).

«[...] Defendió la religión ayudando a los sacerdotes, promoviendo y moviendo a los compañeros a defenderla. Cuando el boicot recabó firmas y siempre implementando medios pacíficos, pero despertando la conciencia. ¡Mucha oración! No le arredraba la muerte, sabía que se exponía». (Summ., Prac. H, Test. II, p. 380, § 1016).

El cierre del culto público fue la chispa que encendió el ánimo del pueblo y dio inicio a los levantamientos armados. Para el Gobierno, Gómez Loza siempre fue un gran líder católico que en ese tiempo además desempeñaba el cargo de gobernador provisional de Jalisco, por lo que capturarle era un objetivo medular.

«Gómez Loza era una gran persona, bajo la bandera de católico defendía la religión y por ese motivo Calles quería acabar con él. Era consciente del peligro que corría su vida, porque defendía a la iglesia [y] cuando un hombre se levanta a defender una causa, pone su vida de por medio». (Summ., Proc. H, Test. VII, p. 404, § 1083).

«[...] El Gral. Calles decía que cuando mataran a un cabezota grande él daba dinero». (Summ., Proc. H, Test. IX, p. 406, § 1087).

«[...] Se dijo luego entre los compañeros cristeros que murió por Palmitos, por allí lo mataron, pero no estoy seguro. No lo traicionaron. Lo mató el Gobierno». (Summ., Proc. H, Test. XV, p. 414, § 1104; ver también: Proc. H, Test. XIII, p. 411, § 1098).

«[...] Lo ejecutaron fuerzas del Gobierno. Los mataron porque eran cristeros y cuando lo reconocieron, identificándolo por los documentos que llevaba se ensañaron con él». (Summ., Proc. H, Test. II, p. 380, § 1014).

«[...] Lo ejecutó el Gobierno. No sé cómo murió, lo trajeron muerto lleno de sangre, así llegó al Hospital Militar de Guadalajara. Lo mataron por ser jefe de los cristeros. No supe de sus sentimientos al morir. Desde el principio fue considerado como mártir». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 396, § 1059).

Cuando el cadáver del Beato fue reconocido en Atotonilco, el Gobierno ordenó embalsamarlo con el propósito de exhibirlo y que fuera un escarmiento para los cristeros.

Así lo declaran los testigos:

«[...] El cuerpo fue embalsamado en Atotonilco por orden del Gobierno para pasear su cuerpo por todo el país para que sirviera de escarmiento a los cristeros». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 371, § 993).

«[...] Después de la muerte del Lic. Gómez Loza, casi toda Guadalajara fue a verlo. Lo expusieron para escarmiento de todos en el Hospital Militar y ahí acudió muchísima gente. Hacíamos filas de dos en dos, cada quien pasaba por un lado de su caja, estaba todo moreteado de los golpes que le dieron, las gentes lo tocaban, ponían sus cristos en sus ropas, era una devoción impresionante el ver aquel cuerpo que había muerto por defender a su Cristo». (Summ., Proc. F, Test. VIII, p. 262, ad 21).

Sobre este argumento los testigos por unanimidad declararon con toda seguridad que el Lic. Miguel Gómez Loza fue muy perseguido y asesinado por odio a la fe.

b) Disposición de ánimo de la víctima.

Gómez Loza era plenamente consciente del peligro que representaba defender los valores cristianos y luchar por la justicia de un pueblo ultrajado en sus legítimos derechos por sus propios gobernantes.

«[...] El Beato sí sabía del peligro que corría su vida. Todo el que hace una cosa contra el Gobierno sabe a lo que se atiene». (Summ., Proc. H, Test. XVIII, p. 422, § 1125).

«Mi papá sabía que iba a perder la vida por andar de cristero y supongo que estaba dispuesto, dada su intención y deseo de seguir trabajando por Cristo y la causa de la religión hasta la muerte». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 371, § 992; ver también: Proc. H, Test. XIX, p. 426, § 1134).

«Los cristeros se escondieron en las barrancas. Anacleto daba órdenes en Guadalajara y daba aviso a Miguel. Miguel participaba consciente de que estaba en peligro su vida». (Summ., Proc. H, Test. V, p. 396, § 1058).

«[...] El Beato era consciente del peligro que corría su vida pero *"el valor no consiste en no tener miedo, sino en dominarlo"*, eran palabras de él». (Summ., Proc. H, Test. H, p. 379, § 1012).

«Ejerció la fortaleza en un grado superlativo. Aunque no haya manifestado expresamente el deseo del martirio, sin embargo sabía a lo que se arriesgaba. Yo juzgo que era equilibrado». (Summ., Proc. H, Test. XVIII, p. 423, § 1129).

Miguel luchó por la dignidad de las personas y defendió la fe arriesgando su propia vida. Una gran cualidad del Beato es que nunca se desanimó ni perdió la esperanza en el triunfo de la iglesia, tenía una fe a toda prueba.

Veamos algunos testimonios:

«[...] Se dedicó más bien a obras sociales fundando sindicatos católicos con los obreros. Con los campesinos trabajó en las semanas sociales, con los estudiantes organizó entre ellos círculos de estudio y en la organización de ACJM militó con todos los demás jóvenes». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 366, § 979).

«[...] Toda su actividad estaba en conseguir esa libertad, poniendo por delante la esperanza en Dios. Su riesgo lo corría, porque veía que había otros bienes superiores. Tan tenía esperanza que luchaba por las cosas de la fe en tiempos difíciles, ¡de persecución! Se entregaba a la lucha a pesar de las contrariedades, ponía su confianza en Dios. No supe que hubiera habido algo contra la virtud de la esperanza». (Summ., Proc. H, Test. II, pp. 380-381, § 1017).

«Era muy valiente, se enfrentaba a lo que fuera y con quien fuera en un impulso inmediato. "Llévense las ánforas y yo detengo a la gente" fue lo que dijo e hizo en una situación electoral en que se enfrentó, junto con sus compañeros,

a los contrarios que pretendían alterar los votos, hecho que le valió recibir una fuerte golpiza, como cuando cambió en la escuela parroquial el retrato de Juárez por el de la Virgen de Guadalupe, en Paredones, Jalisco». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 368, § 982).

«Tenía una fe ciega en el Sagrado Corazón y la ejerció heroicamente. [...] Él no pensaba más que en Dios y en él tenía puesta su esperanza que manifestó en su conducta». (Summ., Proc. H, Test. XVII, pp. 419-420, § 1119).

Todas las veces que estuvo en prisión aprovechó el tiempo para hacer apostolado, catequizaba a los presos, les enseñaba a rezar y les hablaba del amor de Dios ganándolos para la causa.

«Durante el tiempo que estuvo preso hizo labor de apostolado, haciendo a los presos amigos de Dios, rezaban el rosario, cantaban alabanzas». (Summ., Proc. H, Test. II, p. 379, § 1013; ver también: Proc. H, Test. III, p. 387, § 1032; Proc. H, Test. I, p. 370, § 990).

«[...] Sufrió con paciencia las penalidades, mostraba buen humor cuando estuvo en la cárcel, estaba pronto a actuar, estaba dispuesto a derramar su sangre por Cristo. De joven en su casa dijo: "¡Qué hermoso sería morir por el Señor, envuelto en la bandera nacional!"». (Summ., Proc. H, Test. V, p. 397, § 1063).

El Beato soportó con gran fortaleza las persecuciones y siempre conservó la alegría y la firmeza de ánimo, su ideal nunca se empañó. Los testigos aseguran que en varias ocasiones expresó su deseo de dar la vida por la libertad de la iglesia católica en México.

«[...] Su ideal era defender a la iglesia hasta dar la vida». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 367, § 981).

«[...] Soportó la persecución, conservó siempre el buen ánimo y estaba dispuesto a luchar hasta dar su vida en defensa de la causa de la iglesia. Estaba dispuesto a morir por Cristo Rey. Muy seguido invocaba a Cristo Rey». (Summ., Proc. H, Test. VI, p. 401, § 1075).

«En cuanto a la fortaleza. Practicó esta virtud ya que de lo contrario no hubiera podido aguantar todas las penalidades a las que lo sujetaron: molestias pequeñas pero de manera sistemática y él no las rehuyó. Aguantó hasta morir. Aguantó todas las penalidades que le infirieron. Yo nunca le vi flaquear sino más bien soportar todo con ánimo dando testimonio a los que convivían con él. Actuó voluntariamente, nadie lo obligaba». (Summ. Proc. H, Test. III, p. 389, § 1038).

«Tuvo la fortaleza física y espiritual para soportar cuantas injusticias le fueron cometidas. Tuvo fortaleza en las persecuciones que soportó. Su fortaleza estaba fundada en la confianza en Dios, ya que siempre se abandonó en sus manos. Su fortaleza abarcó todos los aspectos de su vida, su recurso era ser sostenido por su fe en Dios. [...] Con respecto a las persecuciones, las soportó con alegría y entereza. [...] Manifestó deseo de martirio, quería brindar su vida por la -causa. No mostró desaliento en estas circunstancias». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 373, § 999).

Por las declaraciones de algunos testigos podemos descubrir el motivo que impulsaba a Gómez Loza a perseverar firme en la lucha, no obstante el gran sacrificio que representaba renunciar a la comodidad de su casa, la cercanía de su familia, al prestigio de su profesión de abogado, etc.

«[...] En los momentos críticos manifestaba su fe anteponiendo siempre los intereses de la religión y de la iglesia católica a sus intereses particulares. "Siempre estuvo dispuesto a dar la vida por Cristo y su iglesia que defendió hasta el final". (Summ., Proc. H, Test. I, p. 372, § 996).

«[...] Era jefe civil de un movimiento. Él hablaba que teníamos que defender a la iglesia. ¿En qué iban a quedar nuestros hijos? ¿Quién iba a confesar a los que morían de viejos o de enfermedad? ¿Se necesitaban los sacerdotes! ¿Quién iba a cuidar de la educación cristiana de los jóvenes y quién iba a casarlos? Escribía cuando tenía que contestar una carta. No le faltaba gente que venía a visitarlo o a hablar con él. [...] Las pláticas eran: ¡consejos de catolicismo! Les encomendaba: "*¡infórmense donde hay algún chiquillo sin bautizar para que el padre lo bautice*". (Summ., Proc. H, Test. VI, p. 400, § 1070).

«El correo platicó que Miguel había reprendido a los cristeros: "*Acuérdense que nosotros nada más estamos por Dios y no por buscar otras cosas*". Después de esto lo mataron». (Summ., Proc. H, Test. V, p. 396, § 1059)

«Deseo que sea declarado santo, quería defender la causa de la religión. Quería que tuviéramos libertad de fe». (Summ., Proc. H, Test. X, p. 408, § 1092; ver también: Proc. H, Test. IX, p. 406, § 1088).

Otra cualidad del Beato es que nunca guardó rencor a nadie, a pesar de todo lo que pasó y tuvo que sufrir injustamente, siempre vivió reconciliado, sabía perdonar de corazón y era muy humilde.

Repetía mucho estas palabras: "*Perdónalos, Señor*" y nunca utilizó las armas ni participó en batallas bélicas.

«En cuanto al miedo, no conocía la palabra. Una frase que repetía mucho era: "*Perdónalos, Señor*". Él deseaba morir por Dios. Entonces todo mundo deseábamos hacerlo. Él decía y lo oí muchas veces: "*Deseo morir por esta causa*". Siempre fue optimista y entusiasta, nunca se le vio derrotado. Lo tomábamos como ejemplo. Mi papá me decía: "*Éste sí es ejemplo*". (Summ., Proc. H, Test. XVII, p. 420, § 1120).

«[...] Era humilde en su trato con los demás, respondiendo prontamente. Nunca tuvo nada de que avergonzarse, no buscó relevancia en honores y era sencillo en su trato». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 374, § 1000).

«Era humilde, le gustaba pasar desapercibido. Visitaba a obreros pobres. Ayudaba a su esposa en el trabajo de la casa, barría la calle. No era prepotente, era muy natural en su vida». (Summ., Proc. H, Test. XIX, p. 428, § 1141).

«[...] El Beato por defender los derechos de la iglesia trabajó y luchó con denuedo, pero no en el frente de batalla, él no tomó las armas para luchar en el frente, él coordinaba la defensa de la fe como gobernador civil del Estado de Jalisco». (Summ., Proc. H, Test. XX, p. 429, § 1146; ver también: Proc. H, Test. VI, p. 121, § 1072).

En vista al desarrollo de los acontecimientos citados y a la manera como el Beato afrontó cada momento, se puede afirmar que toda su vida fue una búsqueda constante de la voluntad de Dios, un sí continuado y sostenido día a día por la firmeza de su fe y la consecuencia lógica es que su último sí haya sido como fueron los cotidianos. La gracia del martirio no se improvisa.

Es de señalarse que los únicos testigos oculares del momento preciso de la muerte del Beato fueron los mismos soldados que lo mataron y de ellos se obtuvo años más tarde el siguiente testimonio confidencial:

«"Como no se defendía, pudieron pegarle hasta echarle un lazo y lo arrastraron hasta que lo creyeron muerto, rematándolo luego a tiros..."». (Summ., documento XXXI, p. 710).

Esta declaración nos parece la más digna de crédito, contra cualquier otra hipótesis, porque corresponde a la personalidad del Beato, ésa fue precisamente la forma como él actuó durante su

vida en las ocasiones de riesgo y de peligro, basten recordar las 59 aprehensiones, las innumerables amenazas, el destierro, las humillaciones y los golpes sufridos tantas veces sin defenderse y con una serenidad admirable, ya que nada ni nadie pudo doblegar su esperanza en el triunfo de la iglesia, esto por mencionar algo, pero en realidad toda su vida fue así Él solía repetir: "*Deseo morir por esta causa*" y "*Perdónalos, Señor*".

Miguel Gómez Loza fue un hombre completo que fundamentó en su fe y en su amor a Dios el motivo de su existir y sólo desde ese punto se puede comprender su trayectoria humana y espiritual y valorar en su justa dimensión la calidad de su martirio, pues "Como no se defendía, pudieron pegarle hasta echarle un lazo...", acción que implica la entrega espontánea y total de la víctima en manos de sus perseguidores, mientras intentaba poner a salvo la documentación que pudiera comprometer a la causa por la cual padecía persecución.

Por último citaremos una declaración que ilustra gráficamente el sentir general de la gente ante la muerte del Beato:

«Todos lo consideraron mártir, aun los soldados. Es muy difícil juzgar con los criterios actuales lo que sucedió. Tan fue considerado mártir que la gente llevó rosarios y pedían recuerdos de sus pertenencias como reliquias». (Summ., Proc. H, Test. XVII, p. 419, § 1118).

Como conclusión a este capítulo emerge una realidad simple y concreta que no deja lugar a zonas oscuras: la vida del Lic. Miguel Gómez Loza fue sacrificada por odio a la religión, por no haber renunciado a su propia fe y por defender la dignidad y los derechos del pueblo católico.

4. FAMA DE MARTIRIO DEL BEATO MIGUEL GÓMEZ LOZA.

Es sumamente positiva la opinión general que se tenía del Beato en vida, los testigos afirman que era muy virtuoso y lo señalaban como un hombre de Dios y modelo a seguir.

«La opinión que durante en vida se tenía de él es de fama de virtud, de hombre de bien, de hombre de Dios. [...] Era solicitado para dar consejos. Lo encontraban como un modelo a seguir. En el pueblo que vivían, las señoras les

decían a sus hijos: "Fíjate en Miguelito y sé como él"». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 374, § 1002).

«Practicó las virtudes cristianas en grado heroico. Era equilibrado. Siempre estaba de buen humor, con alegría. Era un hombre extraordinario, se distinguió por su fe. Los muchachos de la ACJM lo procuraban y le hacían muchas preguntas. Él los recibía muy bien, nunca trató mal a nadie, fue un hombre de Dios». (Summ., Proc. H, Test. XIX, p. 428, § 1142; ver también: Proc. H, Test. XVIII, p. 423, ad 41; Proc. H, Test. IV, p. 393, ad 41).

Además afirman que Miguel sobresalía por su fe, su fortaleza y su alegría y siempre se distinguió por su amor a Dios y su celo por difundir la doctrina social de la iglesia.

«Fue equilibrado, presto y alegre en el amor a Dios. Su preocupación era buscar el bien común, el bien de la iglesia, alegre y de buen ánimo. Todo lo practicó de esta manera y con constancia, toda su vida fue perseverante y firme. Estaba convencido de sus ideales». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 398, § 1065; ver también: Proc. H, Test. XVII, p. 420, § 1122).



«Sí practicó todas las virtudes cristianas. Era constante y alegre. De buen ánimo, era muy especial, se distinguía entre los demás. [...] La gente decía de él que era muy valiente, por defender las cosas de Dios no se detenía en nada y nadie lo detenía». (Summ., Proc. H, Test. II, p. 383, § 1024).

«[...] Se distinguió en su fe, en su amor a Dios. Su amor al prójimo en grado heroico, lo mismo que en su fortaleza ante las penalidades y persecuciones. Su alegría en medio de las dificultades. Era equilibrado en sus actos, ecuánime. Se distinguió por su fortaleza y confianza en la Providencia, su amor a la iglesia y al prójimo». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 374, § 1001).

Su muerte fue considerada como un triunfo para la causa y no obstante las restricciones y las amenazas del Gobierno el pueblo se volcó en masa a rendir el póstumo homenaje a su líder.

«Lo trajeron a Guadalajara al Hospital Militar, allí lo reconocieron, le avisaron a mi abuelita, lo recogieron y lo trasladaron a la casa, Liceo No. 514. Hubo mucha gente en la casa. [...] Sí fue mucha la concurrencia de fieles en las calles aledañas, ¡Había mucha gente! Fue sepultado en el panteón de Mezquitán, asistiendo muchísima gente, Guadalajara se volcó en el entierro!». (Summ., Proc. H, Test. II, p. 380, § 1015).

«Desde que su cadáver fue expuesto y durante dos días, pasaron multitudes y mojaban algodones de la sangre que brotaba. En su entierro y al sepelio asistieron unas cinco mil personas acompañándolo a pesar de la situación de persecución que estaba en apogeo». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 374, § 1003).

«Hubo mucha concurrencia de fieles al sepelio. Se sepultó en. El panteón de Mezquitán. Una familia de cierta prominencia social prestó el sepulcro, lo ofreció porque se sentían muy honrados en que fuera sepultado en su propiedad». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 388, ad 28).

Desde el primer momento el pueblo reconoció como martirial la muerte del Beato y de manera inmediata y espontánea lo comenzaron a llamar con el calificativo de mártir.

«Todos los que lo conocieron les llamaban "mártir" y se encomendaban a él. He visto gente que se arrodilla en el lugar en donde están depositados sus restos y esto desde que murió. El Sr. Arzobispo Orozco y Jiménez lo consideraba como mártir. En una visita que le hicimos

cuando yo era niña, me dijo sentándome en sus piernas: "Tu padre fue mártir"». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 374, § 1003).

«El pueblo siempre consideró que había [sido] muerto por el Gobierno. Siempre consideró que había dado su vida por Cristo, ya que estuvo siempre dispuesto a morir por Cristo y dar su vida por la causa. [...] Para mí fue un gran hombre. Para mí fue mártir». (Summ., Proc. H, Test. XVII, p. 421, § 11 23).

«Murió mártir porque murió por sus convicciones y de una manera violenta. yo juzgo que murió dando testimonio de la fe católica y de "Sus convicciones"». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 387, § 1033).

«Tuvo que haberle gustado andar en lo que andaba y no se podía esperar otra cosa en cuanto al desenlace de su vida. Tuvo que haber estado unido a Cristo día y noche. Todo mundo piensa que fue mártir y lo es, yo nunca lo he puesto en duda». (Summ., Proc. H, Test. XVIII, p. 423, § 1127).

«[...] Solamente puedo decir que defendió su fe, defendió los derechos de la iglesia y, por el sentir general, murió por amor a Cristo su Rey y a santa Mana de Guadalupe su amada madre». (Summ., Proc. H, Test. XX, p. 430, § 1148. 1)

Son muchos los testigos que declaran que la gente tocaba al cadáver del Beato rosarios, mojaban algodones en su sangre y recortaban pedazos de su ropa para conservarlos como reliquias. Así lo declaran los testigos:

«[...] A su entierro fue mucha gente. Cuando se estuvo velando, la gente estuvo recortando pedazos de su ropa, sobre todo los que tenían sangre, conservándolas como reliquias. Hubo mucha concurrencia de fieles». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 390, § 1042).

«Al saberse la noticia de su muerte acudió la gente a casa de mi hermana. A todo mundo le pudo. La gente lo tuvo como mártir. Hubo muchas personas que mostraron su afecto y cariño y rezaban por él, fue mucha la concurrencia. Mojaban algodones en la sangre que manaba de su cuerpo. Yo lo vi, querían un recuerdo, pedazos de su ropa, del traje de mezclilla. [...] Sé de algunos que se encomiendan a su intercesión». (Summ., Proc. H, Test. V, p. 398, § 1066).

«De Atotonilco fue trasladado a Guadalajara. Después de cuatro días de haber sido embalsamado todavía le brotaba sangre fresca de las

heridas que fue recogida por los que lo velaron en la casa, conservando esos algodones impregnados con sangre como reliquia». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 371, § 993).

«[...] Por lo que yo sé, el pueblo lo consideró un mártir de la fe, de hecho recogieron reliquias del Beato». (Summ., Proc. H, Test. XX, p. 430, § 1147).

«[...] La gente sí pedía objetos como reliquias y tocaban sus rosarios a la caja mortuoria». (Summ., Proc. H, Test. II, p. 383, § 1025).

Esta fama se ha mantenido viva y en la actualidad mucha gente visita el Santuario donde se encuentra su tumba para pedir la intercesión del Beato en las diferentes necesidades que padece. Además son varios los testigos que aseguran haber obtenido la gracia que solicitaron, animando más la difusión de su fama.

«[...] Hay personas que constantemente visitan el lugar donde están sus restos en el templo parroquial del Santuario de Guadalupe. Sé de un abogado conocido que dice: "Algunas personas que son abogados asisten a su sepulcro pidiendo ayuda para los casos más complicados". Esto él me lo platicó». (Summ., Proc. H, Test. I, p. 375, § 1003).

«[...] Su fama de martirio se va incrementando. Algunos visitan su sepulcro.

En el aniversario de su muerte participa mucho el pueblo». (Summ., Proc. H, Test. XIX, p. 428, § 1143).

«[...] En 1952, año en que nació mi primera hija, Rosario Jiménez Gómez Loza, le diagnosticaron hidrocefalia poco después de nacida. Yo le encomendé mi problema, ya que se trataba de la salud de mi hija y la acerqué al lugar donde estaban los restos del Beato y le pedí con toda confianza su ayuda e intercesión. Recibí ese favor que había pedido ya que en la misma semana mi hija se alivió totalmente» (Summ., Proc. H, Test. I, p. 375, § 1004).

«[...] Yo creo que Miguel Gómez Loza fue mártir, no, traicionó su fe. Era un hombre correcto, nunca le oí una mala palabra. Me gustaría que la iglesia lo canonizara. Yo le rezo para [pedir por] todos». (Summ., Proc. H, Test. XII, p. 410, § 1097).

En su honor se han organizado varias celebraciones, como homenajes literarios, donde se ha puesto de relieve la obra social que realizó el Lic. Miguel Gómez Loza. La Acción Católica ha conservado viva esta memoria

celebrando cada año con gran entusiasmo su aniversario con la participación de muchísimas personas.

«[...] Ha habido manifestaciones de veneración, aunque no veneración de culto público. Homenajes literarios donde se realza su obra social por la cual el pueblo le tiene una grata memoria. Desde [que éramos] niñas, la gente nos decía y ahora nos sigue diciendo que mi papá fue un mártir». (Summ., Proc. H, Test. II, p. 383, § 1025).

«En cuanto al aumento de la fama de martirio. Antes era más generalizado el conocimiento, es natural que los contemporáneos hayan sentido más la fama de martirio que ahora. En la Acción Católica se ha conservado esta fama, la tienen tan en cuenta que hasta están promoviendo su canonización». (Summ., Proc. H, Test. III, p. 390, § 1042).

«[...] Cuando se murió, la gente decía que era santo. La reacción del pueblo cuando murió era decir que era bueno. Yo he estado en algunas celebraciones tenidas en el templo parroquial del Santuario de Guadalupe en Guadalajara, había mucha participación de pueblo». (Summ., Proc. H, Test. IV, p. 393, § 1051).

«[...] Lo tenían por santo: había dejado su familia para defender los derechos de la gente; esto mismo se decía por la forma en que lo mataron. Decían que era un santo. Considero que esta fama de martirio no ha ido en aumento. Que hemos ido olvidando estos grandes testimonios de fidelidad a Cristo y a su iglesia. He sabido que hay quienes se han encomendado a su intercesión». (Summ., Proc. H, Test. XVIII, pp. 423-424, § 1130).

Sólo nos resta evidenciar que esta fama de ninguna manera ha quedado circunscrita sólo a la región en donde tuvo lugar el asesinato, ya que son muchos los libros editados y las publicaciones que lo comentan, (Cf. Summ., pp. 843-847 y 810-817), trascendiendo la fama de martirio más allá de las fronteras de México.

Los testigos llamados a declarar ante el Tribunal por unanimidad expresaron de diversas formas su vivo deseo de ver pronto en los altares al Beato Miguel Gómez Loza. (Cf. Summ., Proc. H, Test. V, p. 394, § 1052; Proc. H, Test. VI, p. 401, § 1075; Proc. H, Test. VII, p. 404, § 1083; Proc. H, Test. X, p. 408, § 1092; Proc. H, Test. XI, p. 409, § 1094; Proc. H, Test. XII, p. 410, § 1097; Proc. H, Test. XV, p. 414, § 1104; Proc. H, Test. XVI, p. 415, § 1108; Proc. H, Test. XVII, p. 417, § 1111; Proc. H, Test. XVIII, p. 421, § 1124; Proc. H, Test. XIX, p. 424, § 1131).

Mártires de San Joaquín:



3. BEATO LEONARDO PÉREZ LARIOS, Laico

La santidad es un don. Por el bautismo es sembrada gratuitamente como una pequeña semilla en cada bautizado, con la esperanza de que habrá de dar fruto a su tiempo. Entonces la santidad también es una vocación, un llamado de Dios, de ninguna manera una casualidad. En este orden de cosas, el ambiente familiar y eclesial es ordinariamente el terreno fértil que favorece el éxito de la semilla sembrada.

El martirio (el rostro más sublime, más heroico, más “gratuito” y más conmovedor de la santidad) tampoco es un caso fortuito o accidental, sino el coronamiento que Dios concede a toda una vida de ofrenda libre y consciente al Señor.

Teniendo presente cuanto hemos dicho, acerquémonos a la vida de un laico mártir de Cristo Rey, el Beato Leonardo Pérez Larios. Al lado de sus compañeros en el martirio, los padres Andrés Solá y Trinidad Rangel, la vida de Leonardo Pérez ciertamente “brilla con luz propia y personal”, como ha dicho uno de los biógrafos de los mártires de San Joaquín. No se trata de una luz espectacular, sino modesta, sencilla, pero real y constante, fervorosa e intensa; y es en lo ordinario de su resplandor y en la constancia de su brillo, donde radica el atractivo que genera ante quien da un vistazo a su personalidad,

y es entonces también que se escucha como un eco de aquellas palabras de Jesús a sus discípulos: “Ustedes son la luz del mundo” (Mt 5, 14).

La familia Pérez Larios

El año de 1867, el 30 de abril, la iglesia parroquial de Lagos de Moreno, adornada para matrimonio, fue el recinto donde unieron sus vidas con la bendición de Dios dos jóvenes: Isaac Pérez, de 27 años, y Tecla Larios, de 17. Él llegó acompañado de sus padres: Leonardo Pérez y Wenceslao Romo; ella del brazo de su madre Filomena López, pues su papá, Vicente Larios, ya había muerto. La ceremonia fue presidida por el padre Donaciano Larios.

Los Pérez Larios procrearon once hijos, cuatro de los cuales murieron chicos; los nombres de los once son los siguientes: María Virginia (nacida el 24 de julio de

1868 y bautizada el 27 del mismo); Enrique (nacido el 19 de enero y bautizado el 2 de febrero de 1870); María del Refugio (21 de septiembre de 1871, bautizada el día 27); Antonio (del 24 de julio de 1873 y bautizado cuatro días después); Francisco Javier (3 de diciembre de 1875, hecho hijo de Dios el 9 del mismo); Agustín (28 de febrero de 1878, bautismo el 2 de marzo); Manuel (nacido el 19 y bautizado el 26 de noviembre de 1880); nuestro beato Leonardo (nacido el 28 de



noviembre y bautizado el 9 de diciembre de 1883, sus padrinos fueron Toribio Azuela y Protasia G. de Azuela); el futuro hermano Alfonso (nacido el 13 de diciembre de 1886, bautizado el 25 de diciembre del mismo año); Rafaela, y María Guadalupe (27 de diciembre de 1889, 28 de enero de 1890).

En aquella familia se forjaron auténticos cristianos, prueba de ello es que uno, Leonardo, fue martirizado después de una vida ejemplar; otro, Alfonso, ingresó como hermano coadjutor con los Misioneros del Espíritu Santo y murió en olor de santidad; su causa de canonización, va muy avanzada.

Los Pérez Larios eran de clase media, tenían algunas propiedades y les permitía cierta holgura, al menos en relación a la enorme masa de pobres en los tiempos del porfiriato; sin embargo, la economía familiar se fue deteriorando; cuando murieron padre y madre de familia, los hermanos vivían ya del trabajo de Leonardo, al punto que debieron sufrir grandes penurias cuando éste fue martirizado.

De Lagos, los Pérez Larios se trasladaron a trabajar un rancho de su propiedad conocido como El Saucillo, ubicado entre Lagos y Encarnación de Díaz, a 10 km. de ésta última ciudad. En este lugar continuaron los niños su formación académica y cristiana, y recibieron Leonardo y su hermano Alfonso el sacramento de la confirmación el 22 de abril de 1891, durante una visita pastoral del Fray Buenaventura Portillo, obispo de Zacatecas.

Leonardo y sus hermanos participaban con devoción y constancia en la santa misa, se acercaban a la confesión y rezaban el rosario en casa. Desde su adolescencia y juventud Leonardo destacó por su piedad, como lo atestiguó su hermana Guadalupe: “En el rancho teníamos oratorio y recuerdo que en sus 19 años su gusto era celebrar las fiestas principalmente la de la Purísima Concepción y el mes de María”. La familia había adquirido una imagen de la Inmaculada Concepción por petición de Leonardo, quien gustaba de guiar el rosario y animarlo con cantos que aprendió en Encarnación.

La vida en León Guanajuato

Poco después la familia regresó a Lagos de Moreno. Ya desde 1904 Manuel vivía y trabajaba en León, Gto., próspera ciudad en los inicios del siglo XX; cuando falleció don Isaac en 1907, con él se fue el resto de la familia, al menos los que habían llegado a edad adulta (María del Refugio, Francisco Javier, Agustín, Leonardo, Alfonso y Guadalupe), teniendo presente que María del Refugio se casó, pero luego de enviudar sin haber tenido hijos, regresó al seno familiar; Francisco Javier, el único que dejó descendencia, formó su vida aparte.

Se ubicaron en una calle céntrica llamada Indio Triste (hoy Donato Guerra); a los ojos de los vecinos la familia parecía acomodada, con una casa amplia, casi señorial. Los hermanos Manuel, Leonardo y Alfonso trabajaban en los almacenes de ropa La Primavera, donde se ganaron la confianza de sus patrones. Leonardo pensó incluso en independizarse y estableció su propia tienda, pero no pudo prosperar y lo readmitieron en La Primavera, lo cual prueba la estima que le tenían sus patrones, como que él correspondió velando en sus enfermedades y hasta su muerte a don Juan Silbert, uno de sus patrones.

Pero no sólo se preocuparon por el aspecto económico; potenciaron con especial fervor su espiritualidad y nunca descuidaron la práctica de las virtudes cristianas; “era una familia excepcional por su piedad y buenas costumbres [...] Eran muy modestos y ejemplares, dedicados a su trabajo, a su familia y a la piedad. Una familia chapada a la antigua”.

Leonardo era un joven muy responsable en su trabajado, hombre muy limpio en su trato con las mujeres, nunca tomaba vino ni fumaba, se le veía siempre sonriente y amable con todos; era sencillo como un niño, nunca hablaba mal de nadie, para él todo era bueno. Veía con naturalidad las cuestiones del matrimonio, y pensó primeramente en casarse, pero los papás de su novia se opusieron terminantemente; él, reconociendo en esto un signo del Cielo, pensó en la vida religiosa, en concreto ingresar con los Misioneros del Espíritu Santo; pero

luego, recapacitando, creyó más oportuno animar a su hermano Alfonso, y él dedicarse al sustento de sus hermanas.

La piedad de Leonardo no conocía altibajos. Se apoyaba en retiros, horas santas y diversas prácticas; sobre todo se ayudó con una asociación piadosa, la Congregación de María Inmaculada, fundada por Roberto Ornelas y Francisco Zúñiga Vargas en 1904 con motivo del cincuenta aniversario del dogma de la Inmaculada Concepción; en ella se hacía un voto privado y temporal de castidad, una hora semanal de adoración al Santísimo, se rezaban vísperas, se cultivaban las vocaciones y se solemnizaban las festividades religiosas, sus miembros tomaban disciplina en común los viernes y salían juntos de paseo los domingos para conversar de temas formativos y merendaban en común; además, se hacía adoración nocturna cada dos o tres meses, y los días santos se vivían como retiro en común.

Leonardo era amigo cercano de dos buenos sacerdotes de la diócesis de León, el padre Oláez y el padre Miguel Enríquez, párroco de la Santísima, quien testificó de él que “en cuatro o cinco años anteriores a su muerte se había dedicado enteramente a las devociones de mi templo, siendo el alma de muchas cosas, pues yo me descargaba en él”. Además, ayudaba a seminaristas y varias congregaciones religiosas: Capuchinas, Siervas del Sagrado Corazón y de los pobres y a las Mínimas.

De él testificó su hermano Alfonso Pérez Larios: era “franco, sin malicia en cosa alguna [...] Nada de imprudencias, murmuraciones; era cumplido en todo, sin quejarse de las dificultades de la vida”. Y esto dijo María Ezquerria: “era un señor angelical, sin enojarse nunca por más que lo reprendiera su amo, por sus descuidos en el cajón de ropa ‘La Primavera’, siempre con la sonrisa en los labios. Su amo, Don Adolfo Fabre, descreído, dijo: ‘Si hay cielo, Leonardo lo tiene’”. Y así se expresó el señor J. Lozano: “Al señor Leonardo Pérez lo conocí como por tres o cuatro años, por razón de comercio, y durante 3 ó 4 meses antes de su aprehensión porque iba diariamente a mi casa a visitar al Santísimo”.

La persecución religiosa

Podríamos decir que en Leonardo no aparecen “actos heroicos en el ejercicio de las virtudes”; realizaba bien su trabajo de encargado de la venta al público, del control de las prendas que se entregaban a las costureras para la confección y del adorno de los escaparates; una personalidad agradable y limpia; un espíritu piadoso; un cuidado generoso de sus hermanos. Y se puede abundar diciendo que manifestaba su fe en la adoración nocturna al Santísimo Sacramento y en su suave devoción a la Virgen María; que ejerció la esperanza en sus muchas y prolongadas oraciones; que practicó la caridad con Dios en sus devociones sinceras y continuas, y con el prójimo en lo espiritual, cooperando con los sacerdotes en las obras del apostolado.

Pero lo que más impacta de la vida de Leonardo Pérez es su fidelidad en los momentos de persecución, cuando confesarse católico era un delito; justo entonces, el amor que profesaba a la Eucaristía y a la Virgen María aparecen en él como una necesidad, como una urgencia.

Los canónigos Manuel y J. Trinidad Alba tenían una hermana en León, Josefa, y con ella una sobrina, Jovita; vivían en la Avenida 20 de enero, número 7. Allí se escondía el padre Andrés Solá desde febrero de 1926, cuando Elías Calles decretó la expulsión de todos los sacerdotes extranjeros; el padre Solá era religioso claretiano de nacionalidad española. Allí tenía el padre su oratorio y en él organizaba una hora santa, con exposición letanías a los santos y rosario; también iba a los ranchos antes de la suspensión de culto; celebraba la santa misa dos veces por semana, y el resto en otros sitios; desde allí repartía las comuniones, allí bautizaba y casaba. Leonardo era de los que diariamente acudían al oratorio; “donde sabía que estuviera, eran tiempos de persecución, él procuraba visitar al Santísimo”.

La situación del oratorio sobre la 20 de Enero se agravó con la suspensión de culto, el 31 de julio de 1926. Así describía el padre Solá el cierre de cultos, en carta enviada a España al P. Rivera:

El día último de julio pasado comenzó a regir el decreto de referencia [la suspensión de culto público], y hubiera visto la semana última una multitud de gentes de toda clase y condición acercarse a recibir los auxilios de nuestra Madre la Iglesia... Hubo muchísimas conversiones; cambio de la moda, bastante inmodesta...; luto en todas las casas, como si hubiera muertos; las calles desiertas, el comercio paralizado...; peregrinaciones de niños, de rodillas, a los templos de la ciudad...; llorando a gritos: sobre todo el día último en que se dio la bendición al pueblo fiel, como despedida de Jesús a Méjico, fue una cosa que no puede contarse, sino que es para vista.

En esas penosas circunstancias para la Iglesia católica, algunos comenzaron a organizar el levantamiento cristero. El 3 de enero de 1927 fue una fecha que marcó profundamente a los católicos de León; ese día fueron ejecutados los que el pueblo llamó espontáneamente “mártires de León”: Ezequiel Gómez, José Valencia, Salvador Vargas y Nicolás Navarro, jóvenes de la ACJM. Leonardo, que era un pacifista convencido, aunque admiraba los soldados del ejército libertador, expresó que envidiaba a esos mártires, que hubiera querido ser uno de ellos.

EL MARTIRIO DEL BEATO LEONARDO PEREZ LARIOS.

Un principio clásico para probar la existencia del martirio es el siguiente: *martyrem non facit poena, sed causa*, es decir, que no se es mártir por la calidad o cantidad de sufrimientos, sino por la causa de los mismos; por lo que es necesario probar que la muerte fue infligida por el tirano in *odium fidei*, esto es, que el autor intelectual o material de la muerte se haya dejado llevar por su odio o rechazo de la fe o de las costumbres nacidas de la fe. Finalmente, es necesario que el mártir haya aceptado el martirio, lo que implica perdonar a su verdugo.

En el caso de los mártires de San Joaquín, las diferentes investigaciones han permitido comprobar el odio de los enemigos hacia la fe católica y hacia los beatos por su condición sacerdotal (real en el caso de los padres Andrés Solá y Trinidad Rangel, supuesta por los militares en el caso de Leonardo Pérez). La aceptación del mar-

tirio por parte de los tres –humilde, llena de fe y esperanza–, aparece claramente en el relato.

El 7 de febrero de 1927 había llegado a la casa de las señoritas Alba un sacerdote santo, muy humilde y en extremo callado: el padre Trinidad Rangel. Convivía y compartía los trabajos con el padre Solá hasta que el Vicario General lo envió a San Francisco del Rincón para atender durante una semana santa el lugar; después de esta fecha, permaneció algunos días en la misma población hasta que fue denunciado, e identificado por su actitud humilde; él no lo negó, y fue detenido el 22 de abril junto con el licenciado Diódoro G. Valdivia, Julio Orozco Muñoz y José Quesada Vélez, quienes posteriormente fueron trasladados a León.

Dos días más tarde, el 24 de abril, cuando el padre Andrés Solá fue informado de lo ocurrido, organizó una hora santa de 10:15 a 11:15 de la mañana por la liberación del compañero sacerdote. Leonardo continuó en adoración ante el Santísimo por una hora más. Por su parte, dos señoras, Encarnación Esquivel y Refugio Martín, le consultaron al padre Solá si veía conveniente que fueran a la Comandancia militar a interceder por la liberación del padre Rangel, y habiéndoles dicho que sí, ellas salieron a encontrarse con el general Daniel Sánchez; éste las maltrató y las despidió con amenazas, autorizando únicamente que le llevaran al preso lo necesario para comer y dormir.

Como el general mandó seguir las, y ellas fueron a la casa de las Alba, a las doce del día llegaron unos 10 soldados, que detuvieron a los que se encontraban en el lugar y a todos los que iban llegando, unos 50 en total, entre los cuales se encontraban los tres jóvenes que luego presenciaron la muerte de los mártires: José Santiago Romo Placencia (originario del El Tecuán, Lagos), Leodegario Marín y Salvador Oñate Rodríguez. Además, la casa fue incautado y las autoridades requerían rescate.

María Encarnación Esquivel, una de las señoras cuya imprudencia condujo a la detención de los mártires, dijo: “Lo primero que hicieron fue llevarnos al oratorio, y todavía estaba allí el señor

Leonardo. Luego le dijeron que era cura que iba a celebrar la misa. Lo esculcaron y le sacaron no más que su rosario, y luego nos sentaron en la sala a los tres y empezaron a recorrer todo”. Al llegar lo tomaron del brazo, él abrió los ojos, y como vestía de negro y estaba en recogimiento, creyeron que era sacerdote. Luego llegaron con el padre Solá, que tenía un baúl preparado por si lo expulsaban del país, “le volcaron el baúl, le revolieron los papeles y entre ellos le hallaron una fotografía dando una primera comunión. Ya ni modo de ocultar que era sacerdote”.

Los soldados siguieron revisando; sacaron ornamentos, vasos sagrados, sacras, manteles, libros, dinero de los sacramentos; el padre Solá, intuyendo lo que vendría, dijo: “Que avisen a mi casa... ¡Y el Santísimo...!”. Un día había escrito al padre Collell: “No recuerdo si le diría alguna vez a V.R. en el colegio que tenía gran deseo de ser mártir. ¡Quién sabe si ahora el Señor me concederá esta gracia! Si así fuera, que acepte mi sangre por el triunfo de la Iglesia Católica en Méjico”. Había llegado el momento.

Fueron llevado a prisión en coche, al Seminario leonés convertido en cárcel. Allí el general Sánchez se los dijo: “Los voy a fusilar por mochos, por fanáticos, para poner un escarmiento”. Con este objetivo en mente, acusó vía telegráfica a los tres futuros mártires ante el general Amaro, Ministro de Guerra, de ser los responsables del descarrilamiento del tren del general Amarillas en el kilómetro 492 de la vía ferroviaria México-Ciudad Juárez, ocurrido la noche anterior. Le informaba de tres “cabecillas” y tres “curiosos”. El general Amaro, por su parte, respondió con otro telegrama ordenando el fusilamiento de “los tres frailes” en el lugar de los hechos, y de escarmentar y liberar a los curiosos. Quedaba



claro, serían victimados por odio a la fe.

Mientras Manuel Pérez, el hermano de Leonardo, en vano intentaba liberarlo aclarándole al general que no era sacerdote, algunas mujeres llevaron algo de comer a los presos (el padre Rangel tenía dos días sin tomar alimento). Mientras comían llegó el general Daniel Sánchez; “¿Usted gusta?” le dijo el padre Solá; “No le pido nada, los aborrezco, codiciosos; no es usted digno de darle de comer a mi perro”, le respondió el militar.

Luego de un juicio tan informal como injusto, entre ocho y nueve de la noche los padres Solá y Rangel y el señor Leonardo Pérez, junto con Santiago Romo, Leodegario Marín y Salvador Oñate, fueron llevados a la estación de ferrocarril de León en un camión de la basura. De ahí partieron en un tren, rumbo a Lagos, custodiados por cinco soldados, y acompañados por unos 50 más que habían llegado de fuera. En el trayecto fueron tratados correctamente; los presos tuvieron oportunidad de platicar entre ellos, de rezar cada uno, y se confesaron todos.

El tren se detuvo en Lagos de Moreno poco antes de la media noche, y reanudó su marcha hacia las cuatro de la mañana con rumbo a Encarnación de Díaz, donde se hallaba el general Amarillas. En el camino, según José Santiago Romo: “Leonardo me dijo, cuando íbamos a llegar a la estación de Santa María: ‘Si nos sueltan aquí, ¿vamos a visitar a Nuestra Señora de San Juan?’

a lo que yo respondí que sí. Después al llegar a Encarnación me hizo la misma invitación para visitar al Señor de la Misericordia”. El padre Solá le pidió a Leodegario Marín que, si lo liberaban, trabajara en León con el cónsul para su liberación.

A Encarnación de Díaz llegaron alrededor de las seis de la

mañana. Aunque los presos no sabían qué destino les esperaba, convinieron en gritar “¡Viva Cristo Rey!” en caso de que los fueran a matar. Ya en la estación de “La Chona”, los trasladaron al tren del general José Amarillas, sentados en un vagón de carga, tres de un lado – los mártires– y tres del otro, frente a frente y con dos ametralladoras de por medio, era su último viaje antes de emprender el definitivo hacia el cielo. Iban en dirección a Lagos.

El tren, que aparentemente los regresaba en dirección a Lagos, se detuvo entre las estaciones de Los Salas y Mira, en el kilómetro 491, en el lugar donde había ocurrido el descarrilamiento. Apenas paró el tren, descendieron del mismo un oficial y diez soldados.

Bajaron primero a los dos sacerdotes y luego a Leonardo Pérez, quien preguntó al mayor que mandaba la escolta: “¿A mí también?”, se le contestó afirmativamente; “Yo no soy sacerdote” dijo Leonardo mientras temblaba; entonces el padre Solá lo animó: “Pero qué es eso hijo, sólo es un momento”, según Rita Arce, que lo escuchó de los ferrocarrileros. Era el miedo natural, espontáneo ante la proximidad de la muerte, que no significa rehusar el ofrecimiento de la propia vida.

Y entonces bajó con la sonrisa asomando en sus labios; el padre Rangel en absoluto silencio descendía. Los soldados condujeron a los tres beatos hacia el fondo de la hondonada, como a cincuenta metros, en diagonal, al lado del chapopote derramado por el descarrilamiento. Mientras caminaban, Leonardo se giró y le hizo una seña a Santiago Romo, que en ese instante se asomaba por la ventanilla; dentro del carro, los tres jóvenes prisioneros se pusieron a rogar intensamente por los que estaban siendo sacrificados.

Fue cosa de seis o siete minutos; al momento los soldados formaron cuadro y les dispararon por la espalda; el padre Solá y Leonardo cayeron en



el chapopote; en cambio, el padre Rangel se desplomó sobre la tierra y dio una vuelta poniéndose una mano sobre la cara; el padre Solá rodó hacia abajo, por dos veces hizo esfuerzo por levantarse, sin lograrlo; luego se oyeron los tres tiros de gracia. Antes de subir al tren, los soldados los despojaron del reloj, del dinero, del sombrero, y hasta de los zapatos y sacos de alguno; mientras subían al tren, “poniéndoselos se reían y se mofaban profiriendo palabras indecorosas”. El fusilamiento ocurrió el lunes 25 de abril de 1927 hacia las 9:05 de la mañana.

NOTA: En la diócesis de San Juan de los Lagos se ha tenido como santos y beatos de especial veneración para nosotros los que nacieron o fueron martirizados en este territorio, por eso aparecen los sacerdotes: Andrés Solá y José Trinidad Rangel.

La agonía del padre Andrés Solá

Leonardo Pérez y el padre Trinidad murieron inmediatamente, no así el padre Andrés. Petronilo Flores González, originario de Trujillos (San Juan), un trabajador ferroviario que junto con una cuadrilla andaba reparando la vía, contó que el padre Solá sobrevivió unas tres horas, y que repetía “Jesús mío, Jesús mío, por ti muero”.

Se les había ordenado a los siete que sepultaran a los ejecutados; cuando llegaron al lugar, oyeron hablar; Petronilo así lo contó:

fuí alugar donde ablavan y eran los 3 señores que avían afucilado que traían en el explorador y yo encontré 2 Señores Muertos y uno todavía no se moría y me abla a mí y medice olle tu que vas acer conmigo y le dije nada Señor y medice ves tu a esos 2 muertos que estan a un lado de mi uno es acerdote de Silao de la yglesia del perdon y yo soy Sacerdote Español de lion semos Sacerdotes 2 y muremos por Jesus y muremos por dios y en

seguida por que nos an entregado y Soy Sacerdote Español y estoy muy herido y muero por Jesus y en seguida me fuí y vino otro hombre y las mismas palabras que a mí me dio le dijo a lotro hombre y luego se fue el hombre y vino otro y lomismo le dijo y luego le dijo que tenia mucha sed que le trajera agua al llegar con la agua y muriendo luego.

El plato lo conservaron como reliquia. El padre Solá también pidió que los enterraran por separado; y que le avisaran a su familia (tenía, por cierto, otro hermano sacerdote, de nombre Eudaldo): “Dígale a mi madre que tiene un hijo mártir”, coinciden varios testigos. Otro de los trabajadores, originario de Lagos, el señor Francisco Reyes Huerta, ayudó a salir del chapopote al padre Solá, quien se aferraba a una ramita de huizache, arrastrándose para lograrlo; así murió.

Finalmente los sepultaron a medio día; sin zapatos, sin caja, sin nada, sobre la tierra del campo; y se retiraron, con el respeto debido a los mártires. Al saber de este sacrificio triple, el señor obispo de León, Emeterio Valverde Téllez, escribió desde Roma:

En ese campo de fe, el Señor está recogiendo flores y frutos de vida eterna. Rosas de martirio. Está podando su viña. Triunfará el Divino Rey. Enseguida de las ignominias del calvario, vendrán los esplendores de la resurrección. La veremos. A mí me lo ha dicho el Papa (Pío XI) y es un santo.

Y cuentan que la mamá del padre Rangel, al enterarse de los acontecimientos, dijo: “Dios me lo dio, Dios me lo quitó; estoy muy conforme con la voluntad de Dios”.

Los días y años sucesivos

Por intercesión de Juvenal Hernández que hablaba con el general mientras el tren llevaba los

presos, se habían liberado los tres jóvenes. Cuando éstos llegaron a León, conocido el martirio, se hizo en la ciudad una colecta para los gastos de recuperar cadáveres y trasladarlos a mejor lugar; lo de Leonardo lo pagó Manuel su hermano;

el domingo 1 de mayo, al mediodía, pudieron dejarlos ya en el panteón [...] estaban los cuerpos suaves no olían mal, y sí (estaban) algo desfigurados en las caras por los balazos que recibieron. Fue una inmensa romería al panteón; llevaban multitud de flores y objetos para tocarlos a los cuerpos.

Manuel Pérez, el hermano de Leonardo, gestionó para sepultarlos en Lagos; por coincidencia, cuando se dirigían a San Joaquín, iba también el general Amarillas, quien era conocido de Manuel y les dijo a él y a Rita Arce que le habría salvado la vida a Leonardo si hubiera sabido que no era cura, a los otros no porque eran curas y quebrantaban las leyes de culto. Luego les dio permiso para desenterrar, pero sólo a Leonardo, a los sacerdotes no, aunque sí los sacaron, con la ayuda de Aurelia Segovián y Benigno Jiménez, y otros (dos cristeros, entre ellos), y los llevaron a Lagos.

Contó Benigno Jiménez que aquel 1 de mayo, seis días después de sepultados, los encontraron descompuestos, pero los regaron con desinfectante, los envolvieron en sábanas y los pusieron en cajas; en la estación de Lagos los subieron a un carro de mulas; conforme avanzaban por la ciudad, la gente se les iba sumando, al punto que en el cementerio ya no cabía la multitud que los acompañaba:

unos llevaban flores, otros velas encendidas, otros rezaban y otros lloraban de amor y devoción. Fue esta la ocasión de descubrir las cajas para que los pudieran ver y tocar, como así lo



verificaron tocando en sus sagrados despojos rosarios y escapularios, cuando no varios de ellos se hicieron con sus reliquias de los vestidos de los mártires.

Los tres quedaron en la sección nueva del cementerio: Leonardo en la fosa 5247 (lo anotaron como “Manuel Pérez”); como a unos 15 metros quedaron juntos los dos sacerdotes: el padre Andrés Solá en la 5243, y el padre Trinidad Rangel en la 5248. Por desgracia, arbitrariamente anotaron mal los datos en los registros municipales.

La señora María Moreno de Ramírez, en Lagos cuidaba los sepulcros y recogía los exvotos. Los fieles acudían todos los lunes a rezar a las tumbas. En la casa de esta señora tenían un jarro con agua, en el que introducían un trocito del tronco con manchas negras, del que se asió el padre Solá para salir del chapopote.

Unos cuantos días después, el lugar del martirio fue fotografiado por Isidoro E. Chávez el 22 de julio de 1927, acompañando al padre claretiano Julián Collell; Chávez dibujó un esquema del sitio, luego pusieron piedras en los lugares de las tumbas “arrodillados, húmedos nuestros ojos, elevamos nuestras oraciones a Dios por las almas de aquellos tres dichosos hombres y procedimos a rodear aquellas fosas con piedras para evitar se fueran a borrar con el tiempo sus huellas”. Ese mismo año se escribió la primera historia del martirio, y comenzaron a juntarse datos para un proceso de canonización. Mientras tanto, en el país se seguían “fabricando” mártires, como el sindicalista y acejotaemero Florentino Álvarez, fusilado la madrugada del 10 de agosto de 1927 por el mismo que condenó a los mártires de San Joaquín, el general Daniel Sánchez.

En los años sucesivos circuló una novena compuesta por el padre Collell, en la que se lee:

Señor y Rey mío, Cristo Jesús [...] me propongo honraros a Vos [...] suplicándoos que después de haber aprendido a imitar las virtudes de que nos dieron tan vivos ejemplos aquí en la tierra, logre obtener, por su poderosa intercesión de que gozan ahí en el cielo, las gracias que necesito y vengo ahora mismo a pedirlos con toda fe, confianza y fervor.

Y una de las estrofas de la alabanza:

De la familia cristiana / unidos en una fe, / A todos tres os hermana / palma que agitarse ve [...] Ruge airada la tormenta, / doquier se persigue a Cristo; / mas nadie temblar ha visto / vuestro amor que se acrecienta. / Y es que semilla de grana / sembrada en vosotros fue. / A todos tres os hermana / palma que agitarse ve.

Algunos años después, los restos de cada uno fueron trasladados: los de Leonardo Pérez a la Santísima en León; los del padre Trinidad Rangel a Silao (28 de abril de 1932); los del padre Andrés Solá al Inmaculado, en León (26 de enero de 1943). A Leonardo lo llevaron a León casi sin el consentimiento del obispo (mayo de 1931); cuando lo sacaron de Lagos despedía un suave olor, su cuerpo estaba momificado, según atestiguó el padre Miguel Enríquez; lo pusieron en pedazos en una caja y se lo llevaron, pero no cuidaron recoger todos los huesitos ni la caja en que estaba. Cuando fueron trasladados sus restos, en la tumba del padre Solá había más de 300 exvotos y seis retabillos; muchos otros habían sido robados.

Con el tiempo, fue posible construir una capilla, entre 1953 y 1955, en el lugar donde fueron martirizados, y se comenzó a celebrar una misa el domingo más cercano al 25 de abril, fecha de su martirio. Así narra el periódico El Sol de León del 27 de abril de 1953 lo que había ocurrido el día anterior en San Joaquín:

Mientras la concurrencia a que nos hemos referido llegaba penosamente bajo los calcinantes rayos del sol del medio día, por la vía férrea llegaban vecinos de Salas y de Mira, familias de ferrocarrileros que presenciaron los hechos hace veintiséis años y que conservan una veneración muy grande por los católicos que regaron con su sangre aquellos lugares.

Luego añade que celebró el padre Vicente Negrete, que cuando era minorista fue a recoger los cuerpos de los fusilados; y que ayudó la misa el señor J. Santiago Romo, uno de los capturados y que presenció el sacrificio.

Ahora, después de varios años de espera, los vemos en los altares.

4. BEATO JOSÉ TRINIDAD RANGEL, presbítero

Nació en el rancho El Durazno en Dolores Hidalgo (Gto.) el 4 de junio de 1887, donde fue bautizado el 9 del mismo mes con el nombre de José Trinidad Manuel y confirmado el 25 de diciembre de 1888 por el obispo de Tulancingo, Agustín de Jesús Torres. Sus padres fueron José Eduvigis Rangel y María Higinia Montaña; eran campesinos de humilde condición, pero con cierta cultura; eran celadores del Sangrado Corazón; ellos mismos le impartieron a sus hijos la educación primaria, que despertó en José Trinidad una especial afición por la lectura y la plegaria.

Hizo su primera comunión a los 7 años; comulgaba con frecuencia, y cuando ya pudo ir solo a la población, iba a misa todos los domingos y se confesaba cada semana. Sintió la vocación sacerdotal a los 14 años, pero sus padres no pudieron apoyarlo porque eran pobres. Seis años más tarde, en mayo de 1907, se presentó junto con sus papás y con Rafael Rangel, también aspirante al sacerdocio, ante el obispo don Leopoldo Ruiz y Flores para pedirle que los admitiera de caridad en el Seminario o en el colegio de San Francisco del Rincón.

Cuando realizaron su examen, no fueron aceptados, pero después de algunos meses de prepararse, fueron admitidos en el ya dicho colegio, que poco después debió cerrar por falta de medios económicos. En febrero de 1909, con apoyo de un sacerdote, fue admitido como alumno gratuito y externo, y posteriormente interno, en el Seminario de León, para realizar los estudios humanísticos, de 1909 a 1911.

Allí mismo estudió filosofía y teología de 1912 a 1918. Cuando las fuerzas militares de

Carranza ocuparon el Seminario en 1914, el beato Trinidad Rangel marchó a San Antonio (Texas, EU) para continuar sus estudios. Volvió al año siguiente, una vez reabierto el Seminario.

Fue ordenado subdiácono el 16 de febrero de 1919, diácono el 23 del mismo mes, y presbítero el 13 de abril del mismo año de 1919, todo en la ciudad de León, por ministerio del obispo diocesano Emeterio Valverde.

Adscrito a la parroquia del Sagrario de León el 2 de mayo de 1919, pasó como vicario a Silao un mes más tarde, el 3 de junio. Fue vicario parroquial en El Zangarro de Marfil (Gto.) de mayo a diciembre de 1920, fecha en que pasó a Ibarra (Gto.), parroquia donde estuvo del 31 de diciembre de 1920 al 13 de febrero de 1922, cuando fue nombrado ecónomo de Jaripitío (Gto.). Siempre en su estado natal, pasó de la parroquia de Jaripitío a San Felipe (2 de abril de 1923), de nuevo a Ibarra (1 de junio de 1923) y a Silao (diciembre de 1924), para pasar al templo del Perdón en Silao en vísperas de la persecución religiosa, el 5 de marzo de 1926, cuando fueron expulsados los religiosos carmelitas que atendían ese templo.

El padre Rangel vivió pobremente, su ropa era sencilla pero muy limpia; deseaba tener siempre un sacerdote cerca para confesarse cada semana, aunque algunos de los testigos suponen que nunca perdió la inocencia bautismal; no le gustaba mandar, y prefería que lo pusieran bajo las órdenes de otro sacerdote. Era muy piadoso, celebraba la misa con fervor y pasaba largos momentos de oración ante el Santísimo, donde era común que se encontrara si disponía de tiempo.

El 7 de febrero de 1927 se refugió en la casa de las señoritas Alba, en León. "Para mí los deseos



de mis superiores son órdenes”, lo dijo cuando el Vicario General le habló de la conveniencia de ir a San Francisco del Rincón a renovar el Santísimo y celebrar la semana santa con las religiosas, para posteriormente permanecer indefinidamente en el lugar. El 11 de abril ya estaba en San Francisco del Rincón (Gto.); allí fue detenido el 22 de abril y trasladado a León. Dos días más tarde sería acusado, junto con el padre Solá y Leonardo Pérez, de haber descarrilado el tren del general Amarillas la noche del 23 al 24.

Fusilado y sepultado en el rancho San Joaquín el 25 de abril de 1927, al lado de la vía del ferrocarril México-Ciudad Juárez; sus restos fueron trasladados cinco días después a Lagos de Moreno el 1 de mayo, y a Silao el 28 de abril de 1932. Habiendo permanecido con sus fieles y poniéndose a disposición de sus superiores, mostró el amor a su vocación de servir a los fieles para gloria de Dios.



Antonia Molist, nació en Can Vilarrasa (municipio de Taradell, Barcelona, España) el 7 de octubre de 1895 y bautizado allí mismo al día siguiente. Sus padres se fueron a vivir cerca de la sede episcopal de Vich, también en Barcelona, y allí fue confirmado el beato Andrés Solá el 10 de mayo de 1896; en esta misma localidad recibió la primera comunión a los doce años, el 21 de abril de 1907.

Estudió la primaria en Sentforas, a donde se habían trasladado sus padres. Allí se mostró piadoso, su madre lo llevaba a confesarse y a misa cada semana. Un misionero

claretiano fue a predicar a Sentforas, y Andrés y su hermano Santiago sintieron la vocación sacerdotal; en 1908 Santiago entró con los claretianos de Vich; por su parte, Andrés lo siguió, iniciando sus estudios humanísticos el 27 de octubre de 1909; recibió el hábito en Cervera (Lérida) en 1913, donde hizo el noviciado; allí mismo hizo profesión religiosa el 15 de agosto de 1914. Sus estudios filosóficos los realizó en Cervera (1914-1917), y los teológicos en Cervera y Alagón (Zaragoza), donde los concluyó en 1922.

En Zaragoza recibió el subdiaconado (24 de septiembre de 1921) y el diaconado (10 de junio de 1922); este último año fue ordenado presbítero el 23 de septiembre en Segovia por ministerio del obispo diocesano, Manuel de Castro Alonso. Habiéndose preparado para el ministerio durante un año, juntó con cinco compañeros de su congregación se embarcó en el buque de vapor “Antonio López” y desembarcó en el puerto de Veracruz (Ver.) el 20 de agosto de 1923; habiendo llegado a la Ciudad de México, visitó el santuario de la Virgen de Guadalupe y puso su ministerio bajo su protección; inició su apostolado en Toluca el 31 del mismo, como profesor del



5. BEATO ANDRÉS SOLÁ MOLIST, presbítero

Tercero de once hermanos, el beato Andrés Luis José Solá, hijo de Buenaventura Solá y

Seminario menor, y predicó dos misiones en sendos pueblos. Desde el 18 de diciembre de 1924 trabajó en León (Gto.) como encargado del culto en la iglesia del Corazón de María y del catecismo; también estuvo como encargado de la parroquia de Axtla en San Luis Potosí; el ambiente político y social era difícil y hostil: “Para todo hay libertad menos para el bien”, escribirá.

Cuando el presidente de la República mexicana, Plutarco Elías Calles ordenó la expulsión de los sacerdotes extranjeros, junto con el padre Fernando Santesteban, el padre Solá prefirió confiar en la Providencia y quedarse con los fieles para celebrar la eucaristía y los demás sacramentos, catequizar y visitar a los pobres; así que en febrero de 1926 se refugió con las señoritas Josefina y Jovita Alba, en León; allí confesaba y llevaba hasta 300 comuniones a los enfermos; trabajaba con jurisdicción de vicario en toda la ciudad, pero debía entregar a los párrocos la mitad de los honorarios percibidos, por lo que en alguna ocasión fue acusado de avaro.

A fines de marzo de 1927 viajó a México, donde obtuvo el permiso expreso de su superior para volver a León; allí, un día antes de su detención, se le entregó una carta en la que se le avisaba que tenía orden de aprehensión: “¡Qué tanto miedo! A mí no me ha de pasar nada”; confiaba que únicamente lo expulsarían del país, puesto que en su calidad de extranjero no lo podían fusilar las autoridades mexicanas; de cualquier manera, estaba dispuesto al martirio, por eso dijo en la casa de Josefina Leal, cuando le pedían que se escondiera: “Si me apresan, que me apresen; y si me fusilan, que me fusilen”.



Habiéndose enterado de la detención del padre Rangel, el padre Solá organizó una hora santa; luego las señoras Encarnación Esquivel y Refugio Martín, fueron a pedir su liberación al general Sánchez, quien las maltrató y amenazó; sin percatarse de que eran seguidas por la policía secreta, imprudentemente volvieron a informar al padre Andrés de lo ocurrido, ocasionando la detención del sacerdote, de Leonardo Pérez y de las mujeres. Era el 24 de abril de 1927; fue fusilado al día siguiente en San Joaquín (municipio de Lagos de Moreno, Jal.); testificó durante su agonía que moría por Jesús. Sepultado provisionalmente en el lugar de su martirio, fue trasladado al cementerio de Lagos de Moreno el 1 de mayo de

1927, y trasladado a León el 26 de enero de 1943 al templo del Inmaculado Corazón de María.

El padre Solá desde niño fue hombre activo y sin miedos, tenía un buen carácter y no le costaba obedecer; en sus conversaciones gustaba hablar de su vocación misionera; tenía un carácter fuerte y adusto, pero tenía un corazón muy noble y agradecido.



Homilia

del Emmo. Sr. Cardenal Saraiva



EN LA MISA DE BEATIFICACIÓN DE ANACLETO GONZÁLEZ FLORES Y COMPAÑEROS MÁRTIRES («MÁRTIRES DE SAN JOAQUIN»)

1. Saludo, especialmente, a los eminentísimos señores cardenales, a los excelentísimos señores obispos, a las respetables autoridades, a los sacerdotes y fieles que son de las diócesis en donde estos mártires nacieron o derramaron su sangre. Además, dirijo mi saludo también a los familiares de estos nuevos beatos, y me uno a su acción de gracias.

«El Señor es mi pastor, nada me faltará» (Sal 22, 1). La Iglesia en este día proclama a Jesucristo como Rey del Universo. La imagen de rey-pastor que recoge el profeta Ezequiel, se identifica plenamente con Jesucristo, el buen Pastor que da la vida por sus ovejas (Jn 10, 11), quien consumada su misión, entregará el Reino a su Padre para que Dios sea todo en todas las cosas (Cf. 1 Cor 15, 24-28). Él es el Pastor y Rey de la humanidad que conduce a su rebaño hacia fuentes tranquilas, mostrando especial solicitud por aquellas ovejas heridas y extraviadas.

Además, Cristo es Rey, pues Él es el «primogénito de toda la creación, porque en Él fueron creadas todas las cosas... Él es el principio... pues Dios tuvo a bien hacer residir en Él toda la

plenitud y reconciliar por Él y para Él todas las cosas» (Col 1, 15.17-20), tal como lo afirma el apóstol San Pablo.

2. Esta Solemnidad de Cristo Rey tiene un significado muy especial para el pueblo mexicano. El Papa Pío XI, al finalizar el Año santo de 1925, proclamó esta fiesta para la Iglesia Universal. Pocos meses después, iniciaría en estas tierras la persecución contra la fe católica, y bajo el grito de ¡Viva Cristo Rey! morirían muchos hijos de la Iglesia, reconocidos como mártires, de los cuales 13 hoy han sido beatificados.



Los mártires son los testigos privilegiados de la realeza de Cristo. En ellos había una conciencia clara de que el reinado de amor de Cristo debía ser instaurado, aun a costa de su propia vida. Igualmente, la fe de los mártires es una fe probada, como atestigua la sangre que por ella han derramado (San Agustín, Sermón 329). Ellos, junto con todos los santos, son los benditos que han de tomar posesión del Reino preparado para ellos, desde la creación del mundo (Cf. Mt 25, 34), como escuchamos en el Evangelio apenas proclamado.

3. Además, esta fiesta adquiere en este día un significado particular. Hoy la Iglesia de México contempla, con singular alegría, la fe y la fortaleza de estos 13 varones, quienes en el reconocimiento del reinado de Cristo ofrecieron sus vidas de una manera heroica entre los años de 1927 y 1928. En situaciones adversas y en diferentes Iglesias particulares, estos hijos fieles de la Iglesia dieron un testimonio loable de los compromisos adquiridos el día de su bautismo, logrando ser capaces de derramar su sangre por amor a Cristo y a su Iglesia, que era injustamente perseguida.

De entre estos 13 nuevos beatos, es significativo que diez fueron laicos, originarios de los estados de Jalisco, Michoacán y Guanajuato. La mayor parte de estos laicos eran casados y formaron familias cristianas; los demás, si bien no fueron casados, eran miembros de familias cristianas piadosas y de recias costumbres.

Asimismo, este nuevo grupo de mártires cuenta con tres sacerdotes, que murieron por desempeñar heroicamente su ministerio sacerdotal y misional, como fue el caso del misionero claretiano español, Andrés Solá Molist, C.M.F., quien murió, después de una larga y penosa agonía, junto con el Padre José Trinidad Rangel y el laico Leonardo Pérez Larios, en las tierras del estado de Guanajuato. De igual manera y en circunstancias similares, el sacerdote veracruzano, Ángel Daría Acosta, quien no escatimó sus mejores esfuerzos para ejercer su ministerio sacerdotal en un clima adverso y de persecución, y recibió el martirio. A ejemplo de Jesucristo, el Buen Pastor, estos sacerdotes, junto con los 22 sacerdotes mexicanos diocesanos canonizados en Roma durante el Gran Jubileo de la Encarnación del Año 2000, por el Papa Juan Pablo II, son un modelo y ejemplo de caridad y celo pastoral heroicos, principalmente para todos los sacerdotes mexicanos.

4. La lista de estos beatos está encabezada por Anacleto González Flores, quien derramó su sangre junto con los hermanos Jorge y Ramón Vargas González, al igual con Luis Padilla Gómez, en esta ciudad. Bajo el grito «¡Yo muero, pero Dios no muere!». «¡Viva Cristo Rey!».

Anacleto González Flores entregaba su vida al Creador después de una vida de intensa piedad y de un fecundo y audaz apostolado. Durante su vida, después de recibir una sólida formación humana y cristiana, se dedicó a luchar por los derechos de los más desprotegidos. Conocedor fiel de la Doctrina Social de la Iglesia buscó, a la luz del Evangelio, defender los derechos elementales de los cristianos, en una época de persecución.

Dentro de los derechos que más defendió Anacleto González y sus compañeros mártires, se encontraba el de la libertad religiosa; derecho que se desprende de la misma dignidad humana. Como señala el Concilio Vaticano II, «esta libertad consiste en que todos los hombres han de estar inmunes de coacción, tanto por parte de individuos como de grupos sociales y de cualquier potestad humana, y esto de tal manera que, en materia religiosa, ni se obligue a nadie a obrar contra su conciencia, ni se le impida que actúe conforme a ella en privado y en público, solo o asociado con otros, dentro de los límites debidos» (Dignitatis Humanae, 2).

Movidos por un profundo amor a Jesucristo y al prójimo, estos nuevos beatos defendieron pacíficamente este derecho, aun con su propia sangre. Ellos, lejos de avivar los enfrentamientos sangrientos, buscaron la vía pacífica y conciliadora que les reconociera este y otros derechos fundamentales, que habían sido negados a los católicos mexicanos.

Por el contrario, Anacleto González y compañeros mártires, buscaron ser, en la medida de sus posibilidades, agentes de perdón y factores de unidad en una época en que el pueblo se encontraba dividido.

5. Convencidos de que «la vida es Cristo, y la muerte una ganancia» (Flp 1, 21) nuestros mártires alimentaron ese deseo por la frecuente participación y adoración de la Sagrada Eucaristía. Efectivamente, la profunda devoción eucarística es uno de los rasgos comunes de estos 13 mártires. Todos ellos, sacerdotes y laicos, mostraron un singular amor a Jesucristo en la Eucaristía. Es de especial mención que tres de los nuevos bea-

tos, los hermanos Ezequiel y Salvador Huerta Gutiérrez, al igual que Luis Magaña Servén, fueron miembros de la Asociación Nocturna del Santísimo Sacramento; Asociación de larga tradición en el pueblo mexicano. De la oración frecuente y ferviente delante del Santísimo Sacramento, estos hermanos nuestros obtuvieron la fortaleza sobrenatural de soportar cristianamente el martirio, llegando, incluso, a perdonar a sus mismos verdugos.

La intensa vida eucarística de estos beatos debe ser para nosotros un ejemplo y aliento para acrecentar, cada vez más nuestra propia vida eucarística. A pocos días de haber concluido el Año de la Eucaristía, y a un año de la gozosa celebración del XLVIII Congreso Eucarístico Internacional, llevado a cabo en esta querida ciudad de Guadalajara, pedimos la intercesión de estos fieles hijos de la Iglesia para que nos ayuden a acrecentar el respeto, la activa participación y la digna recepción de Jesucristo presente en la Eucaristía. A ellos les pedimos, además, la gracia de ser humildes adoradores del Santísimo Sacramento, tal ellos lo fueron. Que el ejemplo de su vida de entrega hasta el martirio, sea para nosotros un modelo privilegiado de auténtica espiritualidad y de profunda vida eucarística.

6. Por su valentía y corta edad, merece una especial mención el adolescente José Sánchez del Río, originario de Sahuayo, Michoacán, quien a la edad de 14 años, supo dar un testimonio valeroso de Jesucristo. Fue un ejemplar hijo de familia, que se distinguió por su obediencia, piedad y espíritu de servicio. Desde los comienzos de la persecución en él se despertó el deseo de ser mártir de Cristo. Era tal su convicción de querer derramar su sangre por Cristo, que admiraba a quienes lo conocían. Pudo recibir la palma del martirio, después de ser torturado y de dirigir a sus padres estas últimas palabras: «nos veremos en el cielo. «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!».

El joven beato José Sánchez del Río nos debe animar a todos, principalmente a ustedes jóvenes, para ser capaces de dar testimonio de Cristo en nuestra vida diaria. Queridos jóvenes, probable-

mente Cristo no les pida el derramamiento de su sangre, pero sí les pide, desde ahora, dar testimonio de la verdad en sus vidas (Cf. Jn 18, 37); en medio de un ambiente de indiferencia a los valores trascendentales y de un materialismo y hedonismo que busca sofocar las conciencias. Cristo espera, además, su apertura para poder recibir y acoger un proyecto vocacional por Él preparado. Sólo Él tiene, para cada uno de ustedes, las respuestas a los interrogantes de sus vidas; y los invita a seguirlo en la vida matrimonial, sacerdotal o religiosa.

7. «Vengan benditos de mi Padre, tomen posesión del Reino preparado para ustedes desde la creación del mundo» (Mt 25, 34).

Nuestros mártires deben ser también para nosotros un modelo de amor incondicional a Dios y al prójimo. El ejemplo de su vida e intercesión deben ayudarnos a vivir generosamente nuestra vida, de cara a los demás, recordándonos siempre de las palabras de Jesús: «Cuando lo hicieron con el más insignificante de mis hermanos, conmigo lo hicieron» (Mt 25, 50).

La caridad que estamos llamados a vivir, el mandamiento nuevo (Jn 13, 34), supera todo límite impuesto por una lógica humana y egoísta. Se trata de una caridad que se traduce en unidad, respeto, servicio, ayuda eficaz y efectiva al necesitado; de una caridad vivida, muchas veces, de manera heroica, dentro de la misma familia y fuera de ella; de una caridad que, a ejemplo de Cristo y de sus mártires, está siempre dispuesta a perdonar.

Asimismo, nuestros nuevos beatos también merecen el reconocimiento de haber sido hijos fidelísimos de la Iglesia Católica y de la persona del Romano Pontífice. Les pedimos, también para nosotros, una fidelidad heroica a la Iglesia y a la persona y enseñanzas del Romano Pontífice, pues ellos son para nosotros Una legítima expresión de la frase que tanto gustaba repetir al Papa Juan Pablo II: «¡México, siempre fiel!».

«Todos los tiempos son de martirio» —advier- te San Agustín de Hipona (Sermón 6)— pues, «todos los que quieren vivir piadosamente en

Cristo Jesús, padecerán persecución» (2 Tim 3, 12). Queridos hermanos: vivir plenamente nuestra entrega fiel y de todos los días a Cristo, y por amor Él a todos los hombres, implica muchos sacrificios y renunciaciones. No obstante, Cristo estará siempre dispuesto a darnos la fortaleza necesaria para poder servirlo y amarlo en nuestros hermanos, principalmente en los más desvalidos y necesitados de nuestro amor, comprensión y perdón.

8. Finalmente, estos 13 hijos fieles de la Iglesia, tenían otro rasgo en común. Además de su intensa vida eucarística, se distinguieron por su filial devoción a la Madre de Dios, en su advocación de Santa María de Guadalupe. La

mayoría de ellos, como los otros santos mártires mexicanos ya canonizados, murieron con su nombre en los labios. A ella le pedimos su maternal protección, muy especialmente por todo el pueblo mexicano, al igual que por todo el continente, para que el entusiasmo se conserve y acreciente.

Junto a ella, la Madre de la Nueva Evangelización, damos gracias al Padre por estos nuevos beatos. De la misma manera, demos gracias por la Iglesia de México, que no deja de dar frutos de santidad. Que Cristo Rey, el buen Pastor, reine en cada uno y en todos nuestros corazones. ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Santa María de Guadalupe! Amén.

Mártires de España

LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA EN ESPAÑA



El 28 de octubre de 2007 fueron beatificados 498 mártires que dieron su vida por Cristo durante la persecución religiosa de los años treinta del siglo XX en España; entre ellos se encuentran dos mexicanos: fray Reginaldo Hernández Ramírez, dominico nacido en San Miguel el Alto el 7 de enero de 1909, y martirizado en Madrid el 13 de agosto de 1936; y José María Escoto Ruiz, carmelita calzado, nacido en la comunidad de Aguacaliente, municipio de Atotonilco el Alto, 10 de agosto de 1878, y asesinado en Cervera el 29 de julio de 1936.

La persecución religiosa en España y la guerra civil española son realidades entrelazadas, pero diversas. En el periodo entre las dos guerras mundiales, países como

España, Italia y Francia estaban interiormente polarizados en dos ideologías predominantes, una liberal (demócratas) y otra comunista (izquierdas o populares); buena parte de los intelectuales, fascinados por el «socialismo científico» de la Unión Soviética, y las masas obreras y campesinas, deseosos de justicia social, veían en el comunismo la alternativa de un mejor futuro. De ahí que el Partido Comunista lograra una fuerte presencia en esos países. Por su parte, el catolicismo tradicional luchaba por abrirse un sitio entre liberalismo y comunismo.

En 1931, estas dos corrientes se unieron en España, sin jamás fundirse, y desataron la persecución religiosa desde el gobierno y desde sus grupos de apoyo. Ese año Manuel Azaña, jefe del gobierno



republicano, declaraba: «España ha dejado de ser católica»; en consecuencia separó la Iglesia del Estado, retiró el subsidio estatal a las obras del clero, introdujo la educación laica, el matrimonio civil y el divorcio, disolvió la Compañía de Jesús e incautó sus bienes; simultáneamente la Iglesia fue impunemente atacada; así, en 1934 cayeron los primeros «mártires de Turón», ya canonizados, y las víctimas de la Revolución comunista de Asturias. Cuando el Frente Popular venció por estrecho margen en las elecciones del 16 de febrero de 1936, fueron incendiadas más de trescientas iglesias, hubo ataques con bombas y saqueos; la oleada de disturbios callejeros trajeron decenas de muertos y asaltos a iglesias, una creciente tensión social y un anticlericalismo permitidos y alentados por el gobierno republicano.

Esta fuerte tensión contra la Iglesia se manifestó con mayor fuerza cuando el 17 de julio de 1936 estalló la guerra civil entre el gobierno republicano y las fuerzas nacionales; entonces lo previsible ocurrió: los católicos mayoritariamente tomaron partido con las fuerzas franquistas. Y grupos marxistas bien armados se lanzaron contra los templos y monasterios, para detener sacerdotes, religiosos o religiosas y luego asesinarlos, principalmente en las zonas controladas por los republicanos (sobre todo en el país vasco, Cataluña, Madrid, Valencia, Aragón). Al final de la guerra 12 obispos y un administrador apostólico habían sido asesinados, al igual que 4,184 sacerdotes, 2,365 religiosos, 263 monjas y unos tres mil católicos practicantes (sobre todo de la Acción Católica Española y de la Adoración Nocturna); se habían quemado miles de conventos y unas 20 mil iglesias habían sido destruidas, incluidas varias catedrales y numerosos archivos.

Cataluña fue quizá la provincia más castigada de España; allí fueron martirizados los obispos Irurita, Barcelona; Huix, Lérida y al auxiliar de Tarragona. En Lérida mataron al 65,8% del clero diocesano (270 sacerdotes de 410); en Tortosa el 61,9% (316 de 510); en Tarragona el 32,4% (131 de 404); en Vich el 27,1% (177 de 652); en

Barcelona el 22,3% (279 de 1.251); en Gerona el 20% (194 de 932); en Urgel el 20,1% (109 de 540) y en Solsona el 13,4% (60 de 445). El Cardenal Vidal, arzobispo de Tarragona, salvó la vida de milagro y salió del país. El total de asesinatos de ministros ordenados y de religiosos cometidos por el Frente Popular en Madrid fue de 1,158 (incluidas 11 religiosas); en Barcelona 1,215; en Valencia 75; en Lérida 366; en Tarragona, 259.

Nada extraño, pues, que en su carta pastoral colectiva del 11 de julio de 1937 los obispos españoles explicaran su apoyo a los nacionales: «La Iglesia, a pesar de su espíritu de paz [...], no podía ser indiferente en la lucha [...] No había en España ningún otro medio para reconquistar la justicia y la paz y los bienes que de ella derivan que el Movimiento Nacional». El cardenal Goma, arzobispo de Toledo, sostenía que era una «lucha de los sin Dios contra la verdadera España, contra la religión católica»; y la llamaba «cruzada nacional», lucha compartida por el ejército, el movimiento nacional y la Iglesia. La guerra era vista como la pugna apocalíptica entre comunismo ateo y civilización cristiana, o bien entre tiranía y libertad popular. Sin embargo, para entonces ya habían sido asesinados hasta 6,500 sacerdotes, religiosos y laicos.

Tres cuartas partes del total de mártires de toda la historia de la Iglesia son mártires del siglo XX; nunca la Iglesia ha sido tan perseguida como en la época contemporánea; en el mundo católico sin duda alguna España es el país de los mártires, allí se dio la mayor de las persecuciones que haya sufrido jamás la Iglesia Católica en dos mil años de historia.

Estos hombres y mujeres, tan pobres como sus propios asesinos, no tenían nada que ver con la guerra ni empuñaron las armas; a pesar de torturas o promesas de liberación, de sus bocas sólo pudieron sacar un «¡Viva Cristo Rey!», nunca un «¡Viva Franco!». Eran hombres buscados por ser sacerdotes, frailes, monjas, o seglares cristianos. Murieron porque los milicianos y brigadistas republicanos pretendían borrar la fe y toda huella religiosa. Ellos son la prueba de lo que en el 2004 dijera el cardenal Joseph Ratzinger: «El laicismo

está poniendo en peligro la libertad religiosa [en cambio] la laicidad justa es la libertad de religión, el Estado no impone una religión, sino que deja espacio libre a las religiones con una responsabilidad hacia la sociedad civil, y por tanto, permite a estas religiones que sean factores en la construcción de la vida social.

Pero volvamos a los rasgos de la gran persecución. En ella participaron los milicianos, grupos civiles que se organizaron en un ejército que llevaba entre sus combatientes a grupos de distintas edades, ocupaciones e incluso diferentes ideologías; entre los perseguidores estaban también los brigadistas, cuerpos de voluntarios provenientes de 54 países, sobre todo de Francia, Inglaterra, Italia y Estados Unidos. Sus prácticas persecutorias eran diversas. Dado que religiosos y sacerdotes habían dejado sus hábitos y vestiduras talares para disimular su personalidad, los milicianos escrutaban el aspecto eclesiástico para detenerlos y asesinarlos.

Los perseguidores cometieron sacrilegios y profanaciones de diversa índole: los milicianos se revestían con ornamentos sagrados, remedaban actos litúrgicos (misas, bodas, funerales), vestían imágenes de Señor como miliciano armado, pisoteaban hostias consagradas o las comían entre burlas y blasfemias, profanaban tumbas, usaban vasos sagrados para afeitarse o beber. Las iglesias y conventos fueron destinados como «checas», cárceles, casas de vicio, cuerdas, bodegas, garages, almacenes, cinematógrafos, salones para mítines.

Destruyeron altares, retablos e imágenes; en los altares colocaban imágenes de Stalin o Manuel Azaña; dinamitaron el monumento al Sagrado Corazón de Jesús (7 agosto 1936), quemaban imágenes, objetos sagrados y documentos de los archivos de iglesias y abadías, colecciones de pinturas, murales de la catedral de San Isidro en Madrid, al igual que el Palacio episcopal. Obras de El Escorial fueron robadas (Van der Veyden, el Greco, Velázquez, Tiziano, Tintoretto y Ribera, dos mil quinientos manuscritos preciadísimos por su significado y valor. La iglesia de Jaén, la catedral de Sigüenza; Toledo fue despojada de su

tesoro artístico; todo el patrimonio artístico-religioso de Ciudad Real fue destruido; la catedral de Vich fue incendiada y saqueada, una custodia del siglo XV fue fundida y convertida en chatarra.

En el país vasco, todos los altares, imágenes y objetos de culto fueron destruidos, el culto absolutamente suspendido, templos incendiados, campanas y candelabros fundidos para la guerra, hubo prohibición absoluta de poseer imágenes y objetos de culto entre los particulares, y redadas para incautarlas.

Prácticamente no había opositores o sospechosos de serlo que se libraran de la represión; grupos armados iban a buscar a la gente a sus casas o cárceles, y los llevaban a cualquier carretera o cementerio para ejecutarlos; al menos 50,000 personas fueron víctimas de este método llamado «paseo». Al final, España perdió en la guerra más de medio millón de personas, entre soldados, civiles muertos en los bombardeos, sin contar las víctimas del hambre. Cuando vencieron los nacionales el 1 de abril de 1939, el país quedaba profundamente herido, empobrecido material e intelectualmente y aislado del mundo, que por su parte, se preparaba para repetir la historia macabra de la guerra mundial. ¿Hasta cuándo incluiremos en el idioma del corazón humano la palabra paz y reconciliación?

6. BEATO REGINALDO HERNÁNDEZ, Op Presbitero

Reginaldo Hernández entró como uno de los 42 compañeros de la causa de Buenaventura García Paredes, de la arquidiócesis de Madrid. Su nombre de pila era Luciano, que cambió por el de Reginaldo al entrar en la vida religiosa.

Luciano nació a las 7 de la mañana del 7 de enero de 1909 en Calle de la Esperanza 57, en San Miguel. Fue bautizado al día siguiente y confirmado en julio del mismo año por el señor obispo J. Jesús Ortiz. El padre de Luciano era Aniceto Hernández Gutiérrez, quien contrajo matrimonio primero con Paula Muñoz Reinoso en 1894; con ella procreó cuatro hijos: Rosendo Hernández Muñoz, José de Jesús, Rafaela y Juana. Habiendo muerto Paula en 1903, Aniceto contrajo segundas

nupcias con Vicenta Ramírez Centeno; con ella procreó once hijos; ella murió de fiebre el 6 de julio de 1919, y Aniceto en 1933. Los hijos fueron J. Jesús, Ma. Beatriz, J. Guadalupe, M. Wenceslao, Luciano, Antonia, Margarito, Cristina, Petra, Aristeo y de nuevo Petra; de estos once hijos, sólo seis llegaron a edad adulta. Cuando murió la madre de Luciano, éste contaba con 10 años; por eso la señora Chuy Gómez Guzmán se dedicó a criarlos.

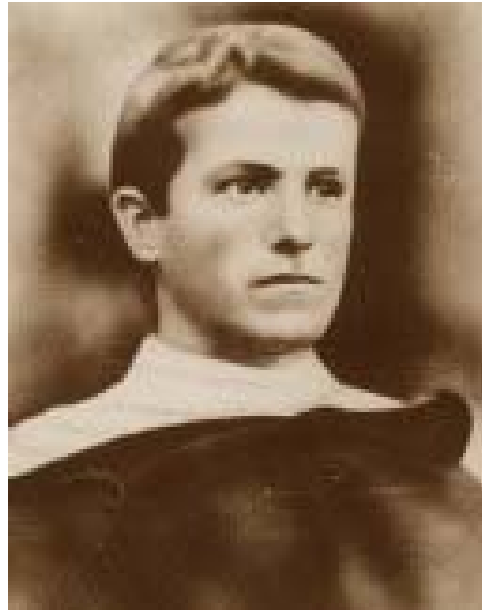
Luciano estudió en la escuela parroquial y en la escuela oficial de San Miguel. De ahí pasó a San Juan de los Lagos, al llamado «Colegio Apostólico», equivalente a seminario auxiliar; dos años después pasó a Guadalajara. Pero a finales de 1924, el gobernador de Jalisco J. Guadalupe Zuno confiscó el seminario de Guadalajara; los seminaristas, por órdenes de sus superiores, se retiraron a sus casas.

Para ese tiempo, Luciano ya había conocido al gran predicador y misionero, el padre Mariano Navarro, que había pasado del clero diocesano a la Orden de Santo Domingo. Así, cuando volvió a su casa, decidió hacerse dominico. Como los dominicos no tenían noviciado en México, Luciano debía salir a España; dado que su familia no tenía los recursos suficientes para costear el viaje, Luciano se dio a la tarea de reunirlos con rifas de imágenes que él elaboraba. Él debió vencer la resistencia natural de su familia, y la suya propia, pues le ofrecieron costearle el estudio de Leyes, y más de alguna joven lo pretendía.

Justo en el momento en que podía ingresar en la orden dominicana, el presidente Calles decretaba la expulsión de los sacerdotes extranjeros, en los primeros meses de 1926. Se embarcó rumbo a España junto con los religiosos expulsados, y llegó a estudiar en el convento de San Juan Bautista de Corias, en Asturias. Por fin, el 16 de agosto de ese mismo año de 1926, vestía el hábito

dominicano, adoptando el nombre de Reginaldo. Mientras en México se desataba la persecución callista, hasta España llegaban las noticias de heroicos martirios, y Reginaldo continuamente expresaba su deseo de morir por Cristo Rey.

En el convento de San Esteban, en Salamanca, estudió la teología. Fue ordenado sacerdote en Ávila, por el obispo local, don Enrique Pla y Daniel, el 10 de junio de 1933. Era un sacerdote verdaderamente ejemplar, afable, cariñoso, caritativo, dedicado al estudio y al apostolado con los jóvenes; cumplía con facilidad las reglas, a todo le daba un aire sobrenatural



Escribía con entusiasmo en diversas revistas de los estudiantes, gustaba de los idiomas, dibujaba y pintaba cuadros muy estimables. Así que sus superiores lo enviaron a Santo Domingo del Real, en Madrid, para estudiar Derecho en la Universidad Central. Al mismo tiempo

publicaba el La Familia (editorial Dédalo, 1935) y preparaba La guerra y la paz.

El 18 de julio de 1936 hubo un levantamiento rojo en Madrid; los objetivos principales eran los religiosos y los militares. Los religiosos compañeros de Reginaldo se dispersaron y escondieron con los particulares; Reginaldo, por su condición de estudiante mexicano, creía estar a salvo; aún así, comentó que estaba dispuesto a morir como los sacerdotes en México. Dado que no lo recibieron en la embajada de México, se refugió en la casa de la familia Reyna.

El 13 de agosto se presentó en la casa de los Reyna un grupo de unos veinte milicianos gritando «¡Mueran los curas y frailes!»; Reginaldo ordenó que abrieran la puerta y dijo «Yo soy el religioso mexicano a quien buscáis»; entonces, entre insultos y golpes, se lo llevaron en un coche, mientras que en otro secuestraban a un miembro de la familia Reyna, que era capitán de infantería. Esa noche se corrió el rumor que habían asesina-

do a Reginaldo, como con todo religioso, sacerdote o católico militante que caía en sus manos. Por algo España conoció en cuatro años, alrededor de diez mil mártires.

7. BEATO JOSÉ MARÍA ESCOTO RUIZ, O. Carm. Religioso

José María Escoto Ruiz nació en la comunidad de Aguacaliente, municipio de Atotonilco el Alto, 10 de agosto de 1878; fue asesinado en Cervera el 29 de julio de 1936. Su nombre de pira era Gabriel; así fue asentado en el libro de bautismos al día siguiente, y en el del registro civil. Sus padrinos de bautismo fueron Ignacio Ruiz y María Isabel Ruiz. Sus papás eran Aniceto Escoto Herrera y María Ruiz Pérez.

Los papás de Gabriel eran Anastacio Escoto Herrera y María Ruiz Pérez. Tuvieron doce hijos. Los dos primeros nacieron en Aguacaliente, y todos los demás en Atotonilco, con excepción del octavo (Gabriel), que también nació en Aguacaliente. Los nombres de los hijos de Anastacio Escoto y María Ruiz son los siguientes: María, María Beatriz del Carmen, Ramón, María Celia, Miguel, José María, Pascual, Gabriel (el beato, no confundir con su hermano mayor), Manuel, Federico y Ramón (homónimo del tercer hijo).

Los padrinos de bautismo de Gabriel fueron Ignacio Ruiz y María Isabel Ruiz; fue bautizado a los dos días de nacido. Fue confirmado junto con su hermano Pascual el 8 de febrero de 1882. Su madre María Ruiz murió del parto de Ramón, el 16 de febrero de 1884; así que Gabriel quedó huérfano a los cinco años y medio; su padre Anastacio murió el 31 de julio de 1900.

Gabriel hizo sus estudios en Atotonilco, donde su padre tenía un comercio. Gabriel trabajó con él, y cuando su padre murió, vivió sucesivamente

con tres hermanas casadas. En el año 1900 se fue a vivir a la Ciudad de México, y luego a otros puntos del país. Poco después estuvo trabajando en San Louis Missouri, e incluso vivió cinco años en Argentina. Regresó a los Estados Unidos, a Chicago; allá se estableció y estudió inglés, mientras trabajaba en la casa comercial Montgomery. Fue la Montgomery quien lo envió como su agente comercial a Guadalajara; vivía con una de sus hermanas. Luego partió hacia México con su hermana Beatriz; Gabriel daba clases de inglés y escribía en el periódico «El Demócrata».

Regresó a Guadalajara, donde conoció a la señorita Rosa Orozco, y se enamoró de ella. Rosa no quiso casarse antes de que él hiciera ejercicios espirituales con los jesuitas. Gabriel asistió con el padre Castro, la gracia de Dios tocó en el fondo de un hombre que, a sus 48 años había dejado de frecuentar los sacramentos en sus largas estancias fuera del país, si bien nunca perdió la fe en Cristo ni la devoción a la Virgen María.

Contrajo matrimonio el 30 de julio de 1926, justo un día antes de la suspensión de cultos en todo el país. Precisamente cuando la persecución religiosa estaba llegando a su

apogeo, Gabriel se fue acercando cada vez más a Cristo; poco a poco fue intensificando su vida de piedad, hasta llegar a ser hombre de comunión diaria; a los dos esposos se les veía rezando largas horas en el templo, y practicando otros actos de piedad. Seguramente Gabriel se estremeció con el boicot tapatío, con el levantamiento armado en Los Altos, con los martirios Anacleto y compañeros en abril de 1927, con los crímenes de guerra de los federales y los enormes sufrimientos de la población civil en el occidente del país; fue testigo también de la reapertura de cultos y de los posteriores ataques oficiales a la libertad religiosa.



En 1934, ocho años después de casados y no teniendo hijos, decidieron los esposos Escoto Orozco abrazar la vida religiosa; él quería hacerse jesuita y ella religiosa de la Visitación (salesas), ya que en Durango (España) tenía tres hermanas en esa congregación. Informados de que necesitaban el indulto apostólico (un privilegio concedido por el Santo Padre), decidieron viajar a Roma para obtenerlo. En la ciudad eterna Gabriel expuso su situación en la Curia generalicia jesuítica; desconsolado por lo que él interpretó como una negativa, se dirigió a la Curia carmelitana, donde habló con un sacerdote español, el P. Xiberta. Aconsejados por él, se dirigieron a Barcelona (España); allí los atendieron y el 4 de marzo de 1935 se abrió en la Curia diocesana el proceso del indulto apostólico. Rosa entró con las salesas, y el 19 de marzo de 1935, a sus casi 57 años, Gabriel, como postulante carmelitano, tomaba el hábito y el nombre de José María.

De Tárrega (provincia de Lérida) pasó a Olot el mismo mes de marzo; allí José María, que continuaba siendo muy piadoso y puntual, pidió permiso al padre prior para hacer una hora extra de adoración ante el sagrario. Siete meses después regresó a Tárrega, donde vistió el 14 de octubre el hábito de novicio; José María estaba contento, se le miraba siempre amable y sonriente, colaborando con humildad en los servicios de la casa, como lavar platos o barrer; su paz sólo la turbó el saber que Rosa Orozco no se encontraba a gusto con las salesas; ella decidió pasar al monasterio carmelita de Vic, en Barcelona a principios de enero de 1936; así los dos fueron del Carmelo.

Se proyectaba la profesión religiosa de José María para el 15 de octubre del mismo año de 1936, pero la persecución y la muerte le pidieron su máxima profesión apenas un año y cuatro meses después de entrar en la comunidad carmelita. El 21 de julio de 1936 todos los religiosos, ante el peligro de sus vidas, debieron dejar el convento de Tárrega. Junto con fray Pedro-Tomás María Coldecarrera se refugió en la casa de

Cecilia Suria en la calle de San José; al día siguiente se reunieron con fray Juan María Puigmitjá y fray Eliseo María Fondecava, en la casa de los Secanell-Gendre, por San José 20. Uno de esos días regresaron por algunas de sus pertenencias al convento. Finalmente, el 28 de julio por la tarde, cuando se dirigían por separado y disfrazados al tren para huir, fueron uno a uno detenidos y llevados a Cervera, una población cercana que actualmente cuenta con unos ocho mil habitantes y que entonces tenía 4,500; cerca de esa población fue fusilado junto con sus compañeros de comunidad el 29 de julio, mientras gritaba «¡Viva Cristo Rey!», como los mártires mexicanos durante la cristiada.

José María Escoto Ruiz murió junto con otros 16 compañeros; su causa fue encabezada por el padre Ángel María Prat Hostench. El 26 de junio de 2006 fueron declarados venerables, y fueron beatificados el 28 de octubre de 2007 en Roma, haciendo un total de 498 mártires de 23 causas distintas.



El pasado 28 de octubre, alrededor de cincuenta mil personas participaron en San Pedro en Roma en la beatificación más numerosa de la historia, ya que 498 mártires de la persecución religiosa de los años treinta del siglo XX en España eran elevados al honor de los altares; entre ellos se encuentra un cubano, dos mexicanos y dos franceses. Se celebrará anualmente su fiesta el 6 de noviembre, por mandato papal.

Agradecimiento a Dios por la Beatificación



OBISPADO DE
SAN JUAN DE LOS LAGOS
APARTADO NUM. 1
SAN JUAN DE LOS LAGOS, JAL. 47000

**ASUNTO: SE INVITA AL AGRADECIMIENTO A DIOS
Y AL FERVOR CRISTIANO CON OCASION
DE UNA GRATA NOTICIA.**

(Circular No. 6/07)

A LA FAMILIA DIOCESANA

Como es del conocimiento de una parte considerable de ustedes, el día 28 de Octubre del año en curso, serán beatificados en Roma 498 siervos de Dios que dieron su vida por Cristo, durante la persecución religiosa ocurrida en España en los años treinta del siglo XX. Entre ellos, se encuentran dos mexicanos, ambos originarios de nuestra Diócesis de San Juan de los Lagos: JOSE MARIA ESCOTO RUIZ, carmelita de la antigua observancia, nacido en la comunidad de Aguacaliente, municipio de Atotonilco el Alto, actual parroquia de Margaritas, el 10 de Agosto de 1878, y asesinado en Cervera el 28 de Julio de 1936, y REGINALDO HERNANDEZ RAMIREZ, dominico nacido en San Miguel el Alto, Jal., el 07 de Enero de 1909, y martirizado en Madrid, España, el 13 de Agosto de 1936.

José María Escoto Ruiz vivió su infancia y juventud en Atotonilco el Alto, su parroquia madre; luego, emigró a trabajar a los Estados Unidos de América y, posteriormente, a Argentina, para regresar, después, a su patria y fungir en calidad de maestro y periodista en la ciudad de México, D.F. y, también, en Guadalajara, Jal. Contrajo matrimonio con *Rosa Orozco* el día inmediato anterior a la suspensión de cultos, o sea, el 30 de Julio de 1926. Hombre devoto y dedicado a la oración, junto con su esposa, optó por abrazar la vida religiosa, motivo por el cual, se embarcaron los dos hacia el viejo continente para solicitar del Papa el indulto apostólico en orden a poder ingresar en algún instituto religioso. Él fue recibido en el convento de Tárrega, el día 19 de Marzo de 1935.

Se proyectaba su profesión religiosa para el 13 de Octubre del año 1936, pero la persecución y la muerte le pidieron su máxima profesión, apenas un año y cuatro meses después de ingresar en la comunidad carmelita. Cuando se disponía, junto con sus hermanos, a buscar un lugar más seguro en medio de la persecución, fue capturado en Cervera y fusilado con sus 16 compañeros de comunidad, el día 29 de Julio, mientras gritaba: «¡Viva Cristo Rey!».

Reginaldo Hernández Ramírez, por su parte, estudió en el llamado «Colegio Apostólico» de San Juan de los Lagos, de donde pasó al Seminario Conciliar de Guadalajara, mismo que se vió él precisado a abandonar, a finales de 1924, cuando el gobierno de Jalisco confiscó el edificio. Admirador del Pbro. *Mariano Navarro* quien había pasado del clero diocesano a la Orden de Santo Domingo, decidió ingresar en la Orden del Rosario y salió para España en 1926; allá estudió en Asturias, Salamanca y Madrid y fue ordenado sacerdote en Avila, el día 10 de Junio de 1933. Dejó siempre un ejemplo de dedicación al estudio y de trato afable y caritativo. Mientras se encontraba oculto en una casa particular, llegaron los milicianos a buscarlo y él les salió al encuentro con esta frase: «yo soy el religioso mexicano a quien ustedes están buscando». Murió junto con otros 37 dominicos y 4 religiosos de la Compañía de María.

Que la intercesión y el testimonio de amor a Cristo y a sus carismas de los siervos de Dios arriba nombrados, aviven en todos nosotros la fe, y nos impulsen a comprometernos en un itinerario de conversión que nos ayude a ser discípulos-misioneros de la verdad, de la caridad fraterna y de la esperanza cristiana, y que el compromiso de ellos en el radicalismo evangélico, invite a todos a asumir, de acuerdo con la vocación de cada uno, las exigencias propias de los seguidores de Jesucristo.

Invito a todos a orar para que el evento de gracia que estamos para celebrar, sea aprovechado por todos, y muy especialmente, por los fieles de las poblaciones de origen de los siervos de Dios que nos ocupan y por los religiosos y órdenes terceras residentes en nuestra Diócesis.

San Juan de los Lagos, Jal. 01 de Octubre de 2007



*F. Salazar V.
par.*

Pbro. Felipe SALAZAR VILLAGRANA
Administrador diocesano

Mons. Jorge Elías CHAVEZ G.,
Secretario Canciller.

La Beatificación más grande de la historia



Ciudad del Vaticano.-Cincuenta mil peregrinos participaron, el pasado domingo en la Plaza de San Pedro de El Vaticano, en la Beatificación más numerosa de la historia, protagonizada por 498 mártires asesinados durante la persecución religiosa que tuvo lugar en España, durante la década de los años treinta del siglo pasado. «El mensaje de los mártires es un mensaje de fe y de amor», afirmó en la homilía el Cardenal José Saraiva Martins, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, representante del Papa, en una radiante mañana de sol.

A diferencia de la nueva práctica introducida por Benedicto XVI, que subraya el carácter local de la beatificación, esta ceremonia tuvo lugar en El Vaticano como lugar de encuentro de las quince diócesis implicadas en el proceso, sedes

de las 23 causas. Por otra parte, los mártires proceden de casi todo el territorio español, así como de Cuba, Francia y México (en la Plaza de San Pedro había varios centenares de peregrinos mexicanos).

Varios centenares de los peregrinos presentes eran familiares de los mártires. La delegación oficial española estaba encabezada por el ministro de Asuntos Exteriores, Miguel Ángel Moratinos, acompañado, entre otros, por representantes de siete comunidades autónomas. Después de que el Cardenal Antonio María Rouco Valera, Arzobispo de Madrid, arquidiócesis a la que pertenece el mayor número de mártires, pidiera al Papa su inscripción en el número de los beatos, el Cardenal Saraiva Martins dio lectura a la Carta Apostólica de Beatificación dada por Benedicto XVI. (Zenit)

Bodas de Oro del Cardenal Juan Sandoval



El 27 de octubre de 1957 fue ordenado sacerdote el actual arzobispo de Guadalajara, el cardenal Juan Sandoval Íñiguez. Por tal motivo, la arquidiócesis tapatía organizó el año jubilar sacerdotal, en el que se inscribieron diversos eventos como la Jornada anual para la Vida Consagrada (3 de febrero), su 74º cumpleaños (28 de marzo), la Renovación de las promesas sacerdotales en la misa crismal (5 abril), las ordenaciones sacerdotales (10 de junio), IX Congreso Nacional Juvenil Misionero (26-29 julio), Celebración especial de Procesión de los cristos, Eucaristía y concierto (14 octubre), y Eucaristía y festejo (27 de octubre).



Juan Sandoval Íñiguez nació en Yahualica, en los altos de Jalisco, territorio de la diócesis de San Juan de los Lagos, el 28 de marzo de 1933. Entró a los 12 años al seminario de Guadalajara el 11 de noviembre de 1945; en 1952 partió a Roma, donde concluyó sus estudios y obtuvo licenciatura en Filosofía y doctorado en Teología Dogmática en la Pontificia Universidad Gregoriana en 1961; cuatro años antes había sido ordenado sacerdote.

A su regreso a México fungió como director espiritual y profesor en el seminario menor de Guadalajara, de 1961 a 1965. Fue también prefecto de filósofos y profesor en las facultades de filosofía y teología. Desde el curso 1971-1972 fue nombrado Vicerrector con oficio de Rector del Seminario Conciliar de Guadalajara.

El 8 de marzo de 1988 el Santo Padre Juan Pablo II lo nombró obispo coadjutor de Ciudad Juárez; allá fue consagrado el 30 de abril del

mismo año; 1992, el 11 de junio asumió la función de obispo diocesano de la misma diócesis. Tras la muerte del cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo, fue nombrado arzobispo de Guadalajara el 21 de abril de 1994, tomando posesión el 19 de mayo del mismo año. Cinco meses después, el 30 de octubre, fue creado cardenal; la ceremonia tuvo lugar el 26 de noviembre.

Participó en el VIII Asamblea del Sínodo sobre La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales en 1990 y en la IV CONGELAC (Santo Domingo, 1992); fue Relator General del Sínodo de América (Roma, 1997); fue presidente del XLVIII Congreso Eucarístico Internacional (Guadalajara, 2004); participó en el Sínodo de los obispos sobre la Eucaristía (Roma, 2005); participó en la V CONGELAC (Aparecida, 2006). Forma parte del Consejo de Administración de los bienes de la Santa Sede, de la Fundación Populorum Progressio, del Pontificio Consejo para la Cultura, en la Pontificia Comisión para América Latina, en el Consejo Post sinodal del Sínodo de América, y de las congregaciones para la Vida Consagrada y de la Educación Católica.

A lo largo de su ministerio ha ordenado más de 400 presbíteros, algo que jamás imaginó cuando decidió, apoyado en la vida cristiana de su familia y en el ejemplo de su párroco, el señor cura Íñiguez. Pero antes debió pasar la dura crisis del Seminario de Guadalajara de 1965 a 1975; en esos años de cuestionamiento y desorientación, el Seminario llegó a tener 646 seminaristas en 1975; diez años después, eran 1433 los seminaristas diocesanos de Guadalajara.

Mons. Francisco Robles Ortega



En el consistorio del 24 de noviembre, fue creado cardenal el arzobispo de Monterrey, Mons. Francisco Robles Ortega, quien nació en Mascota, Jalisco el 2 de marzo de 1949. Fue el tercero de los 16 hijos nacidos en el hogar cristiano, formado por los señores Francisco Robles Arreola y Teresa Ortega de Robles. Realizó sus estudios de Humanidades en el Seminario Menor de Autlán; de Filosofía en el Seminario de Guadalajara y de Teología en el Seminario de Zamora.

Fue ordenado presbítero el 20 de julio de 1976 para la Diócesis de Autlán.

Después de su ordenación sacerdotal, en Roma donde obtuvo la Licenciatura en Teología Dogmática en la Pontificia Universidad Gregoriana (1976-1979). Fue vicario parroquial, formador en el Seminario de Autlán (profesor, prefecto de estudios y de disciplina, director espiritual y finalmente Rector. También participó en diversas comisiones diocesanas, como el Colegio de Consultores, Consejo Presbiteral, formación permanente del clero, y finalmente fue Vicario General de su diócesis (1985-1991).

El 30 de abril de 1991 fue nombrado obispo auxiliar de Toluca, y consagrado el 5 de junio del mismo año. Posteriormente fue obispo titular de la misma diócesis. Participó en el Sínodo de los



Obispos para América, celebrada en el Vaticano del 16 de noviembre al 12 de diciembre de 1997. El 25 de enero del 2003 S. S. Juan Pablo II lo nombró XI Arzobispo de Monterrey, al aceptar la renuncia del Eminentísimo Señor Cardenal Don Adolfo A. Suárez Rivera.

Saludo

Envío un saludo a toda la Iglesia de México, a la vez que les invito a que en este nombramiento que recae sobre mi humilde persona veamos un regalo de Dios para los Católicos, para los creyentes, los que son miembros de la Iglesia y que a la vez es una distinción del Papa Benedicto XVI y un llamado a vivir con más compromiso, con más responsabilidad nuestra vocación cristiana.

LOS MARTIRES

EN EL DOCUMENTO DE APARECIDA

- 140.** Identificarse con Jesucristo es también compartir su destino: «Donde yo esté estará también el que me sirve» (*Jn 12, 26*). El cristiano corre la misma suerte del Señor, incluso hasta la cruz: «Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga» (*Mc 8,34*). Nos alienta el testimonio de tantos misioneros y mártires de ayer y de hoy en nuestros Pueblos que han llegado a compartir la cruz de Cristo hasta la entrega de su vida.
- 275.** Nuestras comunidades llevan el sello de los apóstoles y, además, reconocen el testimonio cristiano de tantos hombres y mujeres que esparcieron en nuestra geografía las semillas del Evangelio, viviendo valientemente su fe, incluso derramando su sangre como mártires. Su ejemplo de vida y santidad constituye un regalo precioso para el camino creyente de los latinoamericanos y, a la vez, un estímulo para imitar sus virtudes en las nuevas expresiones culturales de la historia. Con la pasión de su amor a Jesucristo, han sido miembros activos y misioneros en su comunidad eclesial. Con valentía, han perseverado en la promoción de los derechos de las personas, fueron agudos en el discernimiento crítico de la realidad a la luz de la enseñanza social de la Iglesia y creíbles por el testimonio coherente de sus vidas. Los cristianos de hoy recogemos su herencia y nos sentimos llamados a continuar con renovado ardor apostólico y misionero el estilo evangélico de vida que nos han transmitido.